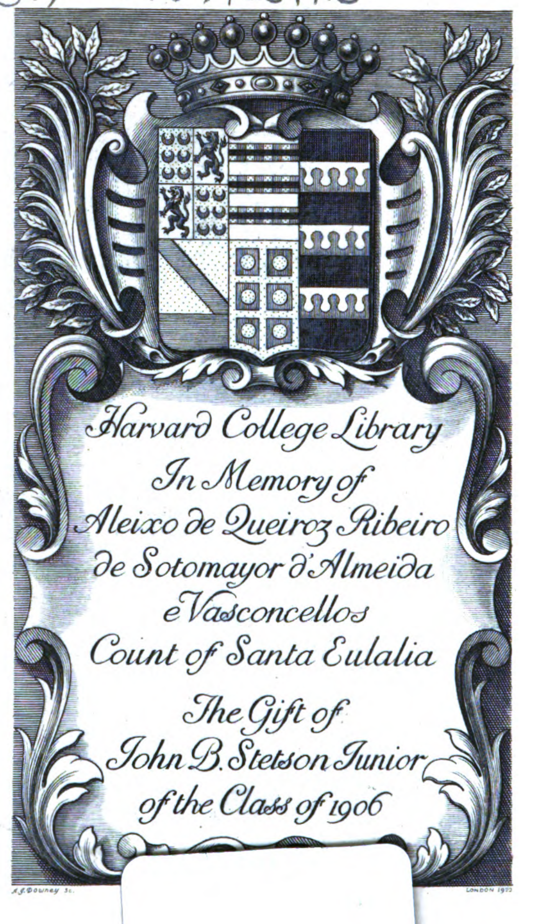

WIDENER
HN JR86 E


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

Semana literaria del "Comercio."

JILMA

O

CONTINUACION

DE

LOS PIZARROS.

BOGOTÁ—1859.

JILMA

O

CONTINUACION

DE

LOS PIZARROS.

NOVELA ORIJINAL

POR

FELIPE PEREZ.

BOGOTA.

Imprenta de Ovalles i C.ª

1858.

JILMA.

CAPITULO I.

COMO SE FUNDA UN GOBIERNO.

Grande era la muchedumbre de jente que estuvo todo el domingo 26 de junio de 1541 en la plaza de Lima, frente por frente del palacio de su Gobernador.

Pintábase el asombro en sus rostros curiosos, i nadie se atrevía a proferir una palabra siquiera. Qué acontecía pues?

Lo que acontecía era que los de Chile acababan de asesinar al marques Francisco Pizarro, i todo el mundo callaba ante semejante temeridad.

Mas ¿qué decir ni qué intentar, si el héroe de aquel acontecimiento sombrío, Diego de Almagro, el jóven, era paseado en triunfo por las calles de la ciudad casi por todos los militares de Lima, i hubiera bastado solo alzar un poco la voz para caer muerto de una estocada o de un arcabuzaso?

Por otra parte, el pueblo no veía en el asesinato del marques mas que un acontecimiento natural, aunque algo retardado, pues todos los caballeros de la conquista habian muerto de la misma manera.

Nadie pues se levantó para protestar contra hecho semejante, i cuando la comitiva que, con Almagro a la cabeza, lo proclamaba jefe del imperio, llegó a la plaza principal, todo el mundo unió sus víctores a los de los soldados i a los de Rada, jefe i director de aquella partida de sangre.

Así pasó el dia. Durante la noche hubo iluminaciónes i orjías, i el sol siguiente no volvió sobre la ciudad sino para presenciar escándalos i muertes.

La segunda víctima de los conspiradores fué Antonio Picado, célebre secretario del marques, que, acusado de guardar los tesoros de este, fué puesto en tormento por los de Chile para que denunciara su paradero. Picado no sabia nada, o no quiso decir, i la horca fué el resultado de su silencio.

Sucedíase a esto el espanto mas grande en toda la ciudad, i no hubo vecino que no se apresurase a rendir homenaje al poder naciente, cuyo pedestal no parecía ser sino de cadáveres.

Como hemos dicho en otra parte, los de Chile estaban en la mayor miseria cuando resolvieron llevar adelante su idea de matar al marques i de alzarse con el Perú; dueños ahora de la capital, fué su primer paso el poner en prisiones a todos los parciales de los Pizarros, despojándoles de sus repartimientos, armas i caballos, en lo que diéronse tal arte i tal prisa, que a los pocos dias, no mas, ya la corte del nuevo Gobernador era la mas lucida del imperio.

Al hambre i a la desnudez pasadas sucedíanse ahora el lujo i la abundancia mas esquisitos, i por la capa aquella de los trece caballeros de Rada, tenía ahora trece capas cada uno. Usaban armas costosísimas, i sus caballos i sus plumas eran de los mejores del levante.

Almagro se embriagaba de gozo al contemplarse señor i soberano de un imperio tan vasto i poderoso como el de los incas, i su sonrisa era de doble orgullo i altivez al pensar que, cuando mas, frisaria entónces en los veinte i dos años de edad!

Empero, una gran desgracia vino a turbar la hermosa serenidad de estos pensamientos, i fué esta desgracia la

muerte casi repentina del caballero Juan de Rada, Nestor de los de Chile, i consejero poderoso del jóven rei.

Rada terminaba víctima de los años i de los últimos tristes achaques de su vida; pero nada era comparable al vacío hondo que dejába entre sus partidarios, acostumbrados a verse guiar por él a los peligros i a la gloria.

El dolor de los primeros dias fué un dolor abrumante, pero bien pronto sacólos Almagro de su abatimiento diciéndoles:

— No parece sino que hubiera sido yo el muerto. Ánimo, señores, que yo tambien conozco mi deber.

Seis dias despues levantó bandera para el Cuzco seguido de cien caballos i trescientos infantes.

El héroe-niño sabia mui bien calzarse las espuelas i ceñirse la espada.

La muerte de Rada dejaba al lado de Almagro un hueco poderoso que todos los oficiales quisieron llenar. Ese hueco, decian ellos, es el de la privanza del jefe; ocuparlo es poseer el imperio.

Ellos se equivocaban sin duda, pues, no obstante su juventud, Almagro valía mas que todos sus oficiales juntos, i su estrella lo estaba poniendo en camino de ser un Escipion o un Annibal.

Con todo, entre los que aspiraban a la privanza no tardaron en hacerse notables Cristóbal de Sotelo i García de Alvarado. Sotelo era capitan en la batalla de Salinas, tristemente desgraciada para el padre del héroe; Alvarado, por su parte, habia sido en otro tiempo teniente de Trujillo, en América.

Tal vez por mero capricho, o tal vez porque las prendas personales de Sotelo fuesen mejores que las de García, Almagro dió en distinguirlo desde el principio, i lo mandó al Cuzco en descubierta para que le preparase

la opinion de la ciudad, e hiciera de su bando a todos los hombres de armas que encontrara a su paso.

Favoreció la suerte a Sotelo, i redujo la ciudad fácilmente, teniendo a la llegada de Almagro grande acopio de armas, dinero i vestidos. Tal suceso no pudo ménos de herir el orgullo de García, i esto hasta tal punto, que una mañana, estando en la plaza principal rodeado de varios amigos, se cambiaron algunas palabras de descontento, i García se fué sobre Sotelo i le atravesó el pecho con su daga.

Los circunstantes echaron mano a las espadas i todo hacía temer una conflagracion espantosa, cuando apareció Almagro en medio del tumulto, i con su voz i sus consejos logró calmarlo todo.

La insolencia de García creció en público con este suceso, mas en privado no dejaba de traerlo cuidadoso el ceño de su jóven capitan i sus palabras de resfrio i alejamiento.

Pasáronse así algunos dias, i las cosas iban para García de mal en peor, hasta que teniendo una conferencia con sus amigos, convino en que lo mas urjente era matar al hijo del mariscal, i proclamarse él Gobernador del Perú.

El plan era arriesgado, pero obrándo con algo de actividad todo se conciliaba

Dispúsose, en consecuencia, un banquete suntuoso en casa de García, al cual se convidó a Almagro con muchas instancias i súplicas, protestándole que el objeto del obsequiante no era otro que el de confesar su culpa i pedirle público perdon.

Almagro dijo simplemente que asistiría, i pasóse a esperar con ánsia el dia fijado para la comida.

Al fin llegó este, i todos los convidados concurrieron puntuales a la casa de García, escepto Almagro, quien se hizo esperar hasta pasadas las dos. Viendo que no

venía, mandóle García un atento recado, recordándole su promesa, i diciéndole que solo faltaba él para servir la comida. Contestó a esto Almagro que estaba indispuesto, i que no podía concurrir.

Viendo García por el suelo su plan, salió en persona con algunos amigos i se dirijió al palacio del jóven. Encontrólo efectivamente recostado en la cama, pero puesta la cota i ceñidas al cinto espada i daga.

— Levántese, vuesa señoria, dijo el privado, que no ha de ser grave la indisposicion, i nosotros tendremos a grande honor su compañía.

— Bien, dijo Almagro levantándose, i pidió su capa para seguirlo.

Los acompañantes de García, dando la cosa por hecha, empezaron a salir de la pieza, mas avanzándose en aquel punto Pedro de Oñete, oficial de Almagro, dió de mano a la puerta que era de golpe, i la cerró diciendo a García:

— Sed preso, señor.

— Preso no, sino muerto, dijo en aquel punto el hijo del mariscal, i echando mano por la espada se la dejó clavada en el corazon.

Atumultuóse la jente del Cuzco con tal noticia, i todos fueron al pié de palacio a gritar venganza; pero el jóven Almagro no era hombre a quien pudiesen avasallar las voces de una multitud ignorante i salvaje. Salió, pues, al balcon llevando en la mano la espada aún ensangrentada con que habia dado muerte a García, i alzándola en alto esclamó:

— Esta es, españoles, el arma que ha ejecutado la muerte que tanto reprobais. Pero sabed que García era asesino i traidor: habia matado a Sotelo i conspiraba contra mí. En adelante ese, i no otro, será el premio de sus imitadores.

En seguida se entró a su habitacion, i los amotinados se retiraron de la plaza vacilantes i abochornados.

Tal fué el primer acto de Gobierno del jóven usurpador. El pueblo lo encontró valiente, i lo respetó. Eso era lo bastante por el momento.

CAPITULO II.

EL ORO I LA FUERZA.

Como hemos dicho atras, Almagro no tenía mas que veintidos años i se encontraba completamente solo. Su padre había muerto a manos de Hernando Pizarro, i su madre era apénas una pobre mujer, que tenía un gran corazon para quererlo, pero una cabeza mui pequeña para aconsejarlo.

I amigos? por lo que es amigos tampoco los tenia Almagro. Aquella no era una edad propia para cultivar relaciones amistosas, i los aventureros americanos sabian poco de Píladas i Oréstes, Castor i Pólux.

Qué debía hacer pues tan jóven, dueño de un país tan vasto como el Perú, i rodeado de soldados feroces i amenazantes? Nada mas que ser fuerte, i Almagro lo fué hasta la temeridad.

Con Rada i Sotelo habría podido hacer mucho, el valor de ámbos i el consejo del primero eran cosas de mucho precio en las circunstancias en que él se hallaba; pero de lo que no era posible, Almagro no hablaba siquiera.

Concentróse pues, i resuelto a marchar siempre adelante en el camino de su prosperidad, aumentó sus guerreros e hizo esfuerzos por ponerse en un pié respetable de defensa.

Faltábanle, empero, dos cosas indispensables: oro i ajentes.

En cuanto al oro, imajinó un empréstito jeneral; i en cuanto a los ajentes, a fuerza de pensar i pensar, vino al fin a acordarse de cierto sujeto mui aprópósito para los negocios, i que vivía por entónces, triste i solo, en uno de los mas apartados barrios del Cuzco.

El recuerdo de este hombre hizo estremecer a Almagro de alegría.

Mandó pues en su busca.

Impacientábase ya el jóven con la tardanza del personaje, cuando se notó un ruido lijero en la antecámara, i un hombre alto, pálido i cano pasó adelante.

—Con que al fin? preguntó el virei lleno de dulce satisfaccion.

—Perdonad, dijo el desconocido, pero me ha costado trabajo el convencerme de que ciertamente me mandaseis llamar.

—I por qué?

—Porque creí que mi nombre fuese ya una cosa olvidada en el Perú.

—Todo lo contrario; habeis desempeñado en el drama de la conquista uno de esos papeles que no se olvidan jamas.

—Lo creeis así, i os doi las gracias, señor.

—Pero ahora sí lo creereis sin trabajo, repuso el jóven con una de esas sonrisas fascinadoras, peculiares solo de Luis XIV o Richelieu.

El solicitado nada contestó.

—Pero sentaos, agregó Almagro despues de un poco de silencio, durante el cual no habia sabido cómo esplicarse el de mal agüero de su interlocutor.

Este obedeció con un aire de familiaridad tal, que probaba bien que no era la vez primera que se encontraba en la presencia de los grandes.

El hijo del mariscal continuó de pié, i al rato no mas se puso a pasear por el salon como hombre que no

sabe por donde empezar, pero que tiene que luchar i vencer.

El visitante llevaba entretanto su mirada triste en torno de la estancia, como si recuerdos lejanos viniesen a despertar en su mente mil i mil ideas melancólicas.

— Sufris, señor ? díjole al fin el usurpador, estais mui pálido....decidme qué os molesta ?

— Nada, señor. Acabo simplemente de tener un recuerdo. Estamos en la estancia en que el difunto marques Francisco Pizarro dió audiencia pública a Manco, el postrero de los incas, i a su esposa Azucena; i pienso en que toda esa juventud i esa hermosura que se hallaron aquí reunidas, han desaparecido ya, i para siempre. Figuraos, señor, continúo el desconocido cada vez mas inmutado i sombrío; figuraos que aquí estaban ese dia el marques, Juan i Gonzalo Pizarro, vuestro padre, que entró al fin de la ceremonia, Orgóñez, Huallpa, Lerma i tantos otros, así españoles como peruanos, de quienes no queda ya sino una vaga memoria sobre la tierra !

Almagro nada observó, i la conferencia quedó interrumpida por algunos segundos.

Desde los acontecimientos de que hablaba el solicitado, hasta entónces solo habian pasado unos seis años, i él, que era en esa época (1536) un fuerte i gallardo soldado, tenía ahora todo el aspecto de un sexajenario. Se habia enflaquecido un tanto, i su nariz griega i su corte de cara cervantino i caballeresco, resaltando sobre su gola de encajes de Europa, le daba el aspecto de uno de esos cuadros antiguos en que los pintores de la escuela flamenca nos dan el retrato de Cárlos V o de su hijo don Juan.

— I bien, señor, dijo Almagro el primero, apartemos de nosotros esos recuerdos ciertamente mas que dolorosos, i hablemos de las cosas del dia.

— Perdonadme, señor, pero retirado a la vida privada hace tanto tiempo, mal podria seguiros en el laberinto de unos sucesos que no conozco, o que, por lo ménos, conozco mal porque los conozco de oidas.

— Perdonadme, observó el jóven, pero creo descubrir en vos cierta repugnancia a que seamos amigos.

— Mal pudiera abrigar esa repugnancia, señor, cuando casi puede decirse que os ví nacer, i cuando os he tenido en mis brazos en ocasiones diversas.

— Entónces por qué ese despego i ese apartamiento?

— Eso no es con vos solo, señor. Próximo a bajar al sepulcro, el mundo no es para mí mas que un desierto.

— Sí, pero en los desiertos suelen encontrarse tambien palmeras hermosas i fuentes tranquilas que nos hacen sonreir.

— Es que yo no tengo ya fuerzas ni para eso.

— No, lo que no teneis es voluntad.

— Fuerza o voluntad, el efecto es el mismo.

— Quiere decir que me he engañado en mis esperanzas?

— Qué esperanzas, señor? preguntó el desconocido haciéndose el sandio, aunque leía en el alma del jóven como pudiera en un libro abierto.

— Las de haceros entrar en mi servicio. La tradicion se hace mil lenguas de vos respecto a los grandes servicios que prestásteis al difunto marques.

— Mal podeis creer en eso, señor, repuso el desconocido con acento amarguísimo, cuando el marques me apartó de su lado mucho ántes de su muerte, entregando mi nombre a la deshonra i mi cuerpo a la necesidad.

— Eso probaría cuando mas la ingratitud de los hombres.

— Pueda que sí, pero en tal caso no seria nada cuerdo de mi parte provocarla de nuevo.

— Pero es que hoi las circunstancias no son las mismas.

— Eso oigo decir todos los dias i por donde quiera que voi, pero es el hecho que todos los dias se repiten las mismas escenas i los mismos escándalos.

— Bien, dejémoslo ahí, i decidme francamente si quereis entrar en mi servicio, o no.

— El jóven capitan olvida seguramente que nunca fuí de los de su bando.

— Es que yo no he tenido bando jamas.

— Bien....quiere decir que vuestro padre.

— Señor, hoi se abre una nueva era para el Perú, i esa era nada tiene que ver con las disensiones pasadas.

— Perdonadme, señor, pero yo pertenezco todo al pasado.

— Sereis mi segundo.

— Buscad un hombre mas jóven, mas leal i mas entendido que yo.

— No parece sino que estuviérais peleado con el jénero humano.

— Ni peleado ni amistado, señor.

— Rehusais?

— Rehuso.

— Pensadlo bien, no sea que os pese luego.

— A mí ya no me pesa nada, señor.

— Es que el que os brinde mi cariño no quiere decir que os escude de mi cólera.

— Señor, respeto el uno como la otra; pero si es verdad que me estimais, dejadme en el retiro de mi habitacion.

— Ah! comprendo ahora, esclamó el jóven con una sonrisa de horror, rehusais porque creeis mi causa demasiado perdida....

— A decir verdad, nada he pensado sobre ella; pero

si lo hubiera hecho, creo que no la encontraria perdída, sino injusta.

—Decid lo que querais, dijo Almagro poniéndose sério, i terminemos ya esta entrevista inútil.

El desconocido se paró.

—Paz o guerra, señor? volvió a preguntar el jóven como con un resto de esperanza.

—Ni paz ni guerra: absoluta neutralidad.

—Os esplicais como de potencia a potencia, observó Almagro picado hasta la vanidad.

—Oh! no, nunca, señor; me he espresado entónces mal: os decía que no valgo ya para nada.

—Parece que nos hemos entendido.

—Creo haber tenido ese honor.

—Empero, concededme un último favor, dijo el jóven haciendo un último esfuerzo tambien.

—Decid?

—Si me negais vuestra amistad política, concededme al ménos la privada.

—Oh! señor, eso es favorecerme demasiado.

—Es decir.... ,

—Es decir que os la concedo con todo mi corazon.

—Bien, dadme al punto una prueba.

—Exijidla.

—Si no me engaño, dijísteis ahòra poco que estábais pobre.

—No me opongo.

—Hacedme pues la gracia de aceptar una pension del tesoro.

—Me es completamente inútil, señor.

—Siempre el orgullo....articuló Almagro con suprema galantería.

—Perdonad, pero hoi, léjos de ser pobre, poseo dos millones en numerario.

—Dos millones?

— Fuera de algunas joyas.

Es claro que si Almagro no hubiera sabido con quien se las estaba viendo, hubiera prorrumpido en un desahogo de hilaridad; díjole pues:

— Sois entónces poderoso.

— Para espresarme en el lenguaje del mundo, he tenido la fortuna de heredar a un hermano sacerdote, que murió hace ocho dias; él es quien me ha dejado esa suma enorme.

— No sabia que hubiese muerto ningun eclesiástico.

— No fué aquí, señor, sino en las misiones; su nombre era frai *Modesto*, de la órden de predicadores.

— I habia reunido dos millones de pesos?

— No, él de suyo no tenia nada, i esa fortuna era mas bien un secreto que una adquisicion.

En seguida se separaron. El millonario salió de palacio cabizbajo i sin voltear la vista a un lado ni a otro; no parecía sino que la presencia de aquellos lugares lo atormentaba profundamente. Almagro por su parte se acercó a un balcon para verlo salir, i cuando ya lo perdió de vista esclamó:

— Ai! i cómo ha cambiado Candia! podríase jurar que era otro hombre!....con todo es indispensable que yo me haga a él....él es el único que puede salvarme.... él es el oro i la fuerza!

CAPITULO III.

LOS ÉSTASIS DE CANDIA.

Candia, pues ciertamente no era otro el que acababa de salir de la casa del usurpador, fuese directamente a la suya, sin tocar con ninguna persona de las muchas que poblaban el tránsito.

Cuando llegó a ella tiró su capa i su sombrero sobre una mesa, i se puso a pasear de largo a largo de la sala.

Parábase inquieto de cuando, en cuando i enjugándose el rostro que lo tenía ajitado, decía:

—No, es imposible. He jurado no volver a servir a los hombres, i debo cumplir mi juramento....Por otra parte, el jóven me interesa, i quién sabe lo que hiciéramos juntos....pero no: estoi ya viejo, descansemos.

En seguida llamó.

—Qué mandais, señor? dijo Perico presentándose.

—Tráeme vino, i no recibas a ninguno de los que solicitaren por mí.

Perico salió, pero fué para volver en el instante con una bota de superior manchego.

El vaso en que acostumbraba Candia a beber estaba sobre la mesa, por lo que Perico no tuvo mas que retirarse dando un prolongado suspiro.

—Vamos, Perico, i por qué suspiras? preguntóle Candia casi con paternal interes.

—Señor, porque no me gusta que bebais vino.

—Qué no te gusta! i por qué?

—Porque es señal de que estais triste.

—Triste? no, Perico; yo no estoi triste nunca, dijo Candia con una voz ahogada casi por las lágrimas.

Perico meneó la cabeza con incredulidad; despues dijo:

—Por qué bebeis, pues?

—Porque algo he de hacer.

—Otras veces os entreteneis en leer, o en escribir, ¿por qué no haceis hoi lo mismo?

—Porque ya me cansan esos ejercicios.

—Montad, pues, a caballo, salid al campo, pasead.

—Perico, es probable que en adelante siga tus consejos; por hoi me es imposible.

—Señor, si supierais todas las cosas que decis cuando tomais vino....oh! estoi seguro que no lo tomaríais mas.

—Veamos, i qué digo?

Perico, en vez de contestar, se puso colorado.

—Vamos, insistió Candia, quiero que me digas algunas cosas de las que tanto parecen escandalizarte.

—Oh! no digo yo eso.

—Pero yo lo adivino; acabemos.

—Pues, señor, hablais de la córte.

—Ah! comprendo esclamó Candia, riendo a mas no poder; la córte siempre lo escandaliza a uno, esté o no borracho.

—Pero es que yo no digo que el señor se ponga borracho, observó Perico todo azorado.

—No, tú no has dicho eso, pero yo lo sé.

—Señor....

—Deja eso, Perico, i sigue. Bien ¿i qué es lo que digo de la córte?

—En primer lugar, hablais del rei.

—I en segundo?

—De una tal doña Sol, su favorita.

—Como favorita? preguntó Candia haciéndose el tonto, no veis que el rei es casado?

—Ya veis que yo tengo razon en que no tomeis vino....

—Sigue, Perico, que nadie hace caso de los ébrios.

—Es que....

—Sí, estamos entendidos: tú no has dicho que yo me pongo ébrio, pero yo sé que sí me pongo, i esto basta al asunto.

—Tambien mezclais en vuestros soliloquios al difunto marques Pizarro.

—I no mas?

—I al padre del jóven Gobernador.

—I?

—I a esa señora que suele venir aquí de cuando en cuando con el rostro velado, i que está aquí actualmente.

— A ella tambien?
— Sí, señor.
— I qué digo de ella?
— Ah! por lo que es de ella, siempre bien.
— Es decir que de los otros no?
— A veces no, señor.
— Vamos! i de quién otro hablo bien?
— Del inca Manco: decis que es un bravo militar.
— I no mas?
— Del caballero Gonzalo Pizarro.
— Como que estoi viendo que no soi tan maldiciente como piensas.
— Señor, yo no he dicho eso.
— Cierto que no lo has dicho. I de quiénes hablo mal?
— Del marques.
— No, Perico, yo nunca hablo mal del marques! esclamó Candia indignado porque tal cosa fuese cierta.
— Perdonad, pero os he oido decir que era....
— Qué?
— Un ingrato.
— I no mas?
— Tambien soleis decir....
— Qué es lo que tambien suelo decir?
— Que lo perdió la soberbia, pues que si vos hubiérais estado con él a la mesa el 20 de junio de 1541, no lo habrían muerto como a una bestia feroz.
— I esas te parecen cosas malas?
— Pues....
— Bien, por ahora déjame, que ya trataré de correjirme en lo sucesivo.
Perico se alejó.
— Vaya! dijo Candia luego que se encontró solo, ignoraba que me hubiese vuelto tan conversador como

dice ese infeliz de Perico; pero ello es verdad que de mi pobre hermano Alí no he dicho nada....

En seguida echó doble vuelta a la llave de la entrada para que nadie pudiera oirlo si era cierto que hablaba, i acercándose a la mesa, cojió la bota, llenó su vaso hasta el borde i se lo bebió de un solo trago.

Tomó luego su capa negra de campaña i se envolvió en ella diciendo:

— Vamos a soñar.

I Candia soñaba en efecto. Al primer vaso de vino sucedíase otro i otro, hasta que quedaba sumido en la mas completa beodez.

— Mas, las borracheras de Candia eran unas borracheras sublimes si podemos espresarnos así. Con ellas le volvian su juventud i sus fuerzas, i todo el panorama brillante de su vida, desde su resolucion de seguir a Pizarro en la conquista del Perú hasta su caida en Mala, pasaba por delante de sus ojos como una vision de flores o de estrellas. Su romántica busca de Florazul en los bosques i pampas de Panamá; su heroica persecucion a Manjarres, a quien habia estado a punto de matar sin sospechar siquiera que fuese su hermano; sus grandes golpes en Toledo; su lucha con el leon de Túmbez; su entrevista con doña Isabel, la esposa de Cárlos V, &c., &c., todos estos cuadros o episodios maravillosos de su historia, confundidos o terjiversados por los vapores del vino, formaban los éstasis repetidos del hombre que parecia no vivir sino de ellos i para ellos.

Era como un jeneral que se duerme con el recuerdo de sus batallas.

Por otra parte, Candia no tenia ambicion, ni para qué tenerla casi a los cincuenta años, i despues de haber rejido a su capricho los destinos del primer imperio de América?

I era durante sus momentos de vino i de recuerdos que el hábil consejero hablaba todas esas cosas que tan gran cuidado metian a Perico, a quien sin duda perseguia el síno de tener amos que delirasen, como habia delirado el padre Luque con el oro de los peruanos, i como deliraba ahora el viejo militar con toda una jeneracion de nombres i un tropel de hechos.

Sin el vino, Candia se hubiera vuelto loco un mes despues de su caida, no precisamente por el puesto que perdia, sino porque era mucho lo que habia hecho por Pizarro para esperar un pago semejante. El *levantino*, como lo llamaban, era hombre de grandísima esperiencia, pero nunca llegó a imajinarse que sus relaciones con el marques parasen en lo que pararon....

La noticia de la muerte de Almagro habíala recibido ya Candia en su retiro. Allí mismo recibió la del marques; pero ni una palabra ni un jesto siquiera habia servido de manifestacion a su alegría o a su dolor. Preso por el Gobernador durante algunos meses despues de su desgracia, habia arrastrado sus cadenas con estoicismo asombroso.

Pizarro comprendió un dia, aunque tarde, que habia obrado brutalmente con él, i volvió a brindarle su amistad i sus favores.

— Gracias, señor, habíale contestado Candia, separándosele luego para siempre.

Su corazon se habia roto pues al afecto, como su espada a la victoria.

CAPITULO IV.

EL RETIRO.

Si hemos de decir verdad, la casa de Candia en el Cuzco era una mancion deliciosa. Pensando en retirarse algun dia del servicio, habia buscado a Perico, el escelente



criado del obispo de Túmbez, a quien habia conocido en Panamá, i le habia dicho:

—Toma, Perico; ahí en esa bolsa hai mil i tantos ducados, escoje en la ciudad la casa que mas te acomode, con tal que no sea de las del centro, i hazla reparar a estilo de España. Puede que yo vaya a habitarla un dia, pero de no, pro te haga.

El pobre de Perico, que jamas habia visto tan gran cantidad de dinero, espresó a Candia del mejor modo que pudo su agradecimiento, i despues se puso a recorrer el Cuzco de norte a sur i de oriente a occidente, a fin de encontrar una casa digna de su amo. Hallóla pronto sin dificultad mayor, pues acababa de pasar el mortal sitio de la ciudad, i dos terceras partes de las casas estaban abandonadas. Sus dueños habian muerto o huido, que todo era o venia a ser uno.

La casa hallada por Perico tenia la forma caprichosa de un exágono, i estaba situada en el centro de unos solares por entónces desiertos, pero amenos i regados por dos arroyos de las sierras vecinas.

Indudablemente dicha casa habia sido un templo del sol en tiempos mas afortunados para los peruanos; pero el ajente de Candia no se curó de eso, i tomando posesion de ella en nombre del rei de España e Indias, estuvo trazando en su mente el medio mas apropósito para sacar todo el partido posible del albergue que la suerte le destinaba.

Perico habia sido sirviente de Luque diez años, es verdad, i diez años completos, sin faltar un dia, una hora ni un minuto; pero su imajinacion no habia alcanzado a esterilizarse del todo. Pensó pues que su nuevo amo tardaria dos, tres i hasta cuatro años en venir a habitar su propiedad, i que ese tiempo seria suficiente para rodear los solares de frondosas i agrestes arboledas, por entre cuyo follaje se divisase apénas la casita de piedra amarilla i

tallada que iba a reparar, como un nido de amores en el fondo de un bosque salvaje.

Imajinó en seguida cubrir el techo del templo abandonado con una azotea semejante a las que habia visto en las casas de Panamá, ancha i rodeada de balaustres, a fin de poder divisar desde su cima la ciudad, el monte i la campiña. Pensó despues en dar a los arroyos nuevas i mas graciosas direcciones, de suerte que, pasando por frente de cada uno de los lados del exágono, pudiesen prestarse para levantar una pila i humedecer los senadores que debia plantear con su mano.

Imajinados los cuadros del jardin, i escojidos sus árboles i sus flores, Perico pensó mas detenidamente en la disposicion de las habitaciones de la casa, pues el templo se componia solo de una sala o *gualpon*, como la llaman los indios. No era Perico un arquitecto que digamos, pero bastóle echar una mirada en el interior de la casa para convencerse de que trazando un círculo en el medio i tirando radios a los ángulos del exágono, tendria una estancia central, que seria la del amo, i seis mas, laterales e independientes, de las cuales tomaria dos para los quehaceres domésticos, i dejaria cuatro por si al levantino le daba el negro humor de casarse, o le venian amigos que hospedar.

Todas estas i otras muchas ideas que no determinamos por no ser prolijos, pasaron en ménos de un segundo por la cabeza de Perico, habiendo llegado a ser tan grande su exaltacion que ese mismo dia comenzó los trabajos ayudado de una veintena de peruanos, sus amigos, i entre los que habia arquitectos i horticultores de primer órden.

La obra adelantó bastante en los primeros meses, mas apénas se habian planteado los árboles, héchose las fuentes i medio arregládose la casa, cuando una tarde, entre ter-

cia i nona, se presentó Candia en los imperfectos umbrales de su última mansion.

Su caballo era rucio i estaba flaco como el del héroe de la Mancha; traía los arreos rotos i sucios, i el cuento de la lanza enlodado. Era pues indudable que su señoría acababa de hacer un largo aunque no sabemos si penoso viaje.

El primero que salió a su encuentro fué el dilijente Perico, quien mostró toda la sorpresa que le causaba la llegada de su amo, con la siguiente esclamacion, arrancada por el trastorno de todos sus planes:

— Tan pronto!

— No es tanto, respondió Candia desmontándose del bridon i pensando en sus meses de cautividad.

Recostó en seguida su lanza contra la pared, quitóse el yelmo, i empezó, con ayuda de Perico, la tarea trabajosa de su desarme. Tras del yelmo siguió la coraza, las espuelas i demas piezas que hacian entónces de los guerreros no unos hombres, sino unos monstruos de hierro.

Notables, por otra parte, eran los cuidados de Perico por recojer las piezas de la armadura de su señor, i el desprecio i aburrimiento con que este las iba tirando léjos de sí con riesgo de abollarlas.

Terminada la operacion, Candia mismo desensilló su cabalgadura i dándole una palmada cariñosa en las ancas, la echó ácia el primer surco de legumbres que habia, no diremos sembrado, sino fecundado Perico con el calor de sus entrañas. Ai! i que dolor no sintió cuando el caballo levantando uno a uno sus cuartos cansados, ramoneó las primeras que encontró al paso, i se estercoleó en el resto al ir a abrevar en la fuente mas hermosa de las seis que rodeaban el palacio de sus ilusiones. Su mirada lánguida i agonizante se clavó espantada en la faz de Candia, como para decir: *¿lo permitis?* pero Candia apénas se

dignó repararlo entretenido ya en la contemplacion de su bello retiro.

Candia no estaba ménos flaco que su caballo, i su hermosa barba cayendo descuidada sobre su pecho, ajitado por mil sentimientos diversos, i ostentando una que otra cana, como los primeros hielos del invierno, probaba bien que sus últimos años no habian sido mui dulces que digamos, i que ya su planta habia entrado en ese corto i rápido sendero que de la virilidad guia derecho al sepulcro.

El guerrero estaba mui cansado o mui preocupado sin duda, porque por el espacio de muchos dias sus arreos continuaron tirados en el mismo sitio donde los dejó el primer dia, i no hizo mas caso de su espada que el que habia hecho de su caballo i su morrion.

—Dejadme alzar todo esto, señor, habíale dicho Perico mas de una vez.

—Déjalo ahí, habíale contestado Candia; ahí está bien para lo que ha de servir eso en adelante.

Así pasaron hasta dos meses, pero despues Candia empezó a aburrirse, i no encontró mas recurso que seguir los consejos de Perico i dirijir él mismo las obras emprendidas.

A los mil ducados del primer presupuesto siguiéronse otros mil i otros mil, hasta que la casa vino a quedar convertida en un palacio, pero un espléndido palacio, donde, sin que prevaleciese ningun órden de arquitectura, se observaban todos los órdenes, gótico i griego, en mezcla caprichosa i encantadora.

Candia no era rico, pero no le faltaban veinte o treinta mil ducados en buen oro español, i siendo solo como lo era en el mundo, podia mui bien gastarlos todos en su especial regalo.

Antes de un año estuvo la mansion de *el Retiro* con-

cluida del todo, i Candia pudo obsequiar en ella a varios de sus mejores amigos.

Los árboles crecieron pronto, arregláronse las fuentes, produjeron las hortalizas, los naranjos, los limoneros, la palma i las flores; i ya no se podia entrar el Retiro sin gozar con el arrullo de los pájaros, el triscar de los huanucos, el jemir de las aguas, corriendo entre céspedes i cañaverales, i ese cerco de verdura eterna que rodeaba el antiguo templo como un marco de esmeraldas i perlas.

Calles enteras de floripondios entretejidos de enredaderas azules, mústios cipreses, capulíes descarnados de hoja, pero abundantes en fruta, cisnes blancos i negros, pavos silvestres, i palomas de cuello de nieve i patitas rosadas, cuyo nido de pajas batia el viento en lo mas hondo i fresco del follaje de las alamedas, todo llenaba en el Retiro el corazon de un supremo encanto, i convidaba a pasar en él los años de una existencia siempre corta para gozar de toda sus delicias. El gusto esquisito de su dueño no parecia sino que todos los dias inventaba alguna sorpresa mas para halagar a sus amigos, i ya era un senador ocultando en su seno una Vénus afrodita, tallada en rico mármol de Páros, ya una náyade, cuya cabeza de ánjel coronada de algas i espadaña se dejaba ver al traves de las espumas de un arroyo secreto.

Agréguese a esto una jauría selecta i algunos alcones diestramente preparados para la caza de aves, hermosos caballos i lindas armas, i no podrá ménos de observarse, que si Candia habia tenido una juventud ajitada i batalladora, gozaba, en cambio, de una vejez capaz de ser envidiada por el mismo Aristipo.

Sinembargo, era de notarse que entre los que mas frecuentaban el Retiro, que por cierto no eran tantos que pasasen de una docena, era de contarse un viejo sacerdote de cabellos blancos i barba venerable, quien tenia todo el

aire de un santo por su ademan de recojimiento i por sus palabras de paz.

Este justo varon, a quien llamaban el *padre Modesto*, i por quien mostrában el mayor respeto los amigos de Candia, no era otro que Alí, el domador, cuyos últimos años consagrados al amor del prójimo i a la penitencia, le habian granjeado una popularidad cristiana i ejemplar.

El antiguo pirata, azote del Mediterráneo, solo vivia con Dios i para Dios..

Pasaba frai Modesto seis de los siete dias de la semana con Candia, hablándole de la virtud i de la gloria eterna, i el dia restante lo empleaba en los cuidados de su grei, que era uno de los pueblos comarcanos.

I era durante aquellas ausencias que el impenitente Candia reunia como a hurtadillas a Ruíz, a Molina i a diez mas de sus antiguos camaradas, ya demasiado viejos para andar en disputas i bandos, i solo amigos del buen vino, el ocio i la charla sobre sus pasadas hazañas.

Reuníase el domingo despues de misa a la salida de la iglesia de santo Domingo, i llevando a Candia en el centro, se encaminaban al Retiro, donde el dilijente Perico les servia un escelente almuerzo a la española.

Pasaban el dia entre los dados, la caza i los recuerdos, i a la caida del sol regresaban a sus casas pidiéndole mui sinceramente a Dios que volviera todos los dias domingos, o, por lo ménos, que se llevase a frai Modesto al seno de los justos, a fin de entrar ellos al Retiro para no abandonarlo jamas.

CAPITULO V.

LA HERENCIA DE LUQUE.

Oyó Dios al fin a los guerreros, i un domingo ántes de partir frai Modesto para su pueblo tuvo con Candia la siguiente conferencia:



—Hermano, mi fin está próximo i tengo que confiarte un secreto.

Candia se estremeció de piés a cabeza: los secretos de Alí eran por lo jeneral terribles.

—No, no te asustes, dijo el venerable sacerdote, pues no voi a revelarte un crímen sino simplemente un hecho inocente.

—Ya escucho, hermano.

—Oyeme pues. Te he dicho varias veces que fueron tan lúgubres los pensamientos que tuve i tan horrorosas las horas que pasé en la roca del vijía en que me hiciste naufragar cuando salvaste a Florazul, que mis ojos no pudieron ménos que voltearse a Dios i mi corazon abrirse a la fe como se abre una flor a los rayos del dia. El espectáculo que me rodeaba era mas que imponente, i las tristes amarguras de mi alma eran ya tantas, que flaqueó mi falso valor, temblé ante la soledad, que no es mas que la faz de Dios, i pidiéndole por la vez primera la vida para hacerme bueno i orar, Dios me oyó i me sacó de enmedio de las olas i de los monstruos para hacer de mí un sacerdote modelo i un hombre ejemplar. Ya se divisaban los rayos de la aurora en el horizonte del océano, i yo estaba resignado a morir, cuando las olas, subiendo hasta mí como impelidas por una fuerza superior, me arrebataron en su torbellino de espumas, para ir a arrojarme a la playa como un depósito del cielo confiado a su furor....

Cuando volví en mí, estaba debajo de unas palmas i a orillas de una fuente somera, a donde concurrian las aves i los tigres de la isla a abrevar durante los recios calores del medio dia. Apartábame yo entónces de la fuente cuanto me era posible, i trepando a algunos de los árboles mas grandes que hallaba, esploraba el pais con la vista a fin de orientarme i averiguar el paradero de Pizarro i el tuyo. Por muchos dias seguidos entristecióme la vista del humo del campamento español; alzóse al fin este, i yo pude

volver a Puná, desde donde me fué fácil pasar a Panamá en busca de un sacerdote cristiano a quien hacer la confesion de mis pecados.

El primero a quien me dirijí fué al padre Luque, obispo de Túmbez, i el varon de mas acrisolada piedad segun el decir de las jentes.

Ya en otras ocasiones te he dicho cuál fué el estado en que lo encontré, i cómo murió en mi presencia, no como un santo sino como un malvado.

Bien puedes figurarte, Candia, hasta dónde subiria de punto mi desesperacion i mi asombro, cuando ví que yo, pirata i asesino de profesion, temblaba con el simple vajido de la muerte; i él, sacerdote i obispo, se olvidaba de Dios en un momento tan angustioso, para invocar a Satanas en su ausilio!

Empero, ya sobre esta contradiccion chocante hemos reflecciónado muchas veces; i el punto está agotado. Hoi es mi objeto otro i mui distinto: Luque era millonario.

—Millonario dices? interrumpió Candia asombrado.

—Sí, hermano mio, Luque al morir dejó mas de dos millones en oro i pedrería.

—Pero a quién?

—Ese es el secreto de que te hablaba ahora poco, i que te voi a confiar. Luque no pudo dejar a nadie esa suma enorme, porque se hubiera muerto a la simple idea de dar a otro lo que era suyo.

—Pues entónces?

—Lo dejó confiado a las entrañas de la tierra.

—I tú cómo pudiste averiguarlo?

—Porque lo ví morir sobre los palmos de tierra que ocultaban su tesoro.

—Será posible!

—Oh! sí mui posible.

—I tú has sabido durante todo este tiempo donde están

esos millones i no los has sacado ni díchole a nadie que los poseias ?

—No, que sí se lo he dicho a alguien.

—A quién ?

—A Diego de Almagro.

—El hijo ?

—No; al padre, i eso cinco minutos ántes de espirar.

—I él qué te dijo ?

—Me suplicó con instancia que se los diera.

—I para qué ?

—Para vengarse de los Pizarros.

—I tú qué le dijiste ?

—Que no ; que pensara en su cercana muerte, i que se mostrara tan fuerte como yo, quien, poseyéndolos, los despreciaba porque la felicidad terrena no dependia ciertamente del oro.

—I él qué te observó ?

—Que no pensaba de acuerdo conmigo.

—I entónces....?

—Nada, puesto que al fin lo vencí con mi palabra i con mi ejemplo.

—I despues de él....?

—A nadie mas he dicho nada sobre el particular.

—De suerte que los millones....?

—Existen donde mismo los dejó Luque, porque Almagro se llevó el secreto al cadalso.

—Dos millones en oro i pedrería! repitió Candia varias veces, parándose del asiento i dando algunos pasos de ajitacion por la estancia.

Frai modesto lo miró con lástima profunda ; luego le dijo:

—Hombre, Candia, lo mismo es que esos dos millones sean de oro i diamantes, que de guijarros i arena.

—I por qué ?

—Porque el oro es la corrupcion, i yo no los daré a nadie jamas.

—Deja, hermano, que te diga que llevas tu rijidez cristiana hasta la exajeracion.

—Puede que sí, pero ese es mi pensamiento hace muchos años.

—Entónces ¿para qué vienes a despertar en mi cabeza mil adormidos proyectos de elevacion i de gloria, que no podré realizar jamas, porque jamas seré dueño de esa suma?

—Tan solo porque quiero poner a prueba la fortaleza de tu corazon.

—Entónces dejémoslo ahí, hermano, porque al respecto de poseer mucho oro me declaro el mas débil de todos los hombres.

—Ya lo habia imajinado yo, mas dime ¿para qué deseas tú la riqueza? Ya no eres jóven, i por lo que hace al mundo, tú mismo me has dicho una i mil veces que nada temes ni deseas.

—Sí, pero....

—Pero qué?

—Eso era porque no creia que pudiese poseer dos millones.

—Es decir que si los hubieras poseido habrias pensado de otro modo.

—Así es la verdad.

—Estás equivocado, hermano Candia; nada harias con esa suma ni otra mayor. Tu corazon está profundamente disgustado, i cuando está así el corazon del hombre, ni el oro, ni el valor, ni la gloria, nada inspira, nada levanta ni engrandece. Lo que tú sientes hoi en el alma es esa especie de muerte moral que precede a la muerte física, i que se llama el *desengaño.*

Candia ciertamente no tuvo nada que responder a la profunda observacion de su hermano.

—Parece que te rindes? preguntó Alí despues de un rato de silencio.

—Casi, hermano; porque a la verdad ¿qué iria yo a hacer con dos millones en el corazon de la salvaje América.... ? si al ménos tuviera hijos.....

—Qué! no los tienes, hermano; me habian dicho todo lo contrario.

—Pues no te han dicho la verdad.

—I esa hermosa mujer que suele venir aquí trayendo un hermoso niño por la mano?

—Ah! Alí, no digas eso ni por chanza; yo he respetado siempre a esa mujer como se puede respetar una madre.

—Quién es entónces?

—Es doña Ines Huallas.

—Viuda?

—Sí, señor, viuda; pero no me preguntes mas de ella porque su existencia en el Cuzco es un secreto.

—I el niño que la acompaña siempre?

—Es su hijo, cuya cabeza está amenazada de muerte.

—Bien, dijo frai Modesto respetando los escrúpulos de Candia, veo que hai en el mundo secretos mas valiosos que el de la existencia de dos millones de pesos, puesto que yo te confío ese, i tú no puedes confiarme el tuyo. Ya ves pues lo poco que vale el oro.

Media hora despues soldado i fraile se despedian en la puerta del Retiro para no verse mas. El primero debia morir dentro de pocos dias como mueren los héroes: en el seno de un reñido combate; i el segundo dentro de algunas horas como el justo, en medio de su grei relijiosa i con el nombre del Salvador en los labios.

Dios debia al fin perdonarlo llamándolo a sí.

CAPITULO VI.

UNA VIEJA AMIGA.

El dolor de Candia en los primeros dias fué un dolor mui grande, pero alguien se acordó de él para venir a consolarlo: ese alguien fué doña Ines Huallas.

Era esta una señora de cerca de treinta años, bien hecha, pálida i de facciones casi perfectas. Sus ojos, sobre todo, eran bellísimos, i sus manos pequeñas i rosadas. Andaba con tal aire de continencia i gravedad i vestía de luto con tal rijidez, que nadie podia verla sin interesarse por ella. Acompañábala ordinariamente un niño de cortos años, hermoso i bien formado i con traje de caballero español.

Doña Ines entraba a la casa de Candia como a su propia casa, i aun es fama que tenia en ella una mansion secreta donde solia pasar temporadas enteras. Las malas lenguas, que nunca faltan, decian que doña Ines era la querida de Candia, i que el niño que la acompañaba siempre era hijo de los dos; pero es la verdad que así debia de ser porque ellos no lo negaban, sino ántes bien hacian gala de decirlo donde podian.

Sinembargo, nosotros que a fuer de novelistas podemos penetrar como las brujas i los duendes a todas partes, vamos a penetrar con el lector en el Retiro, i esto ántes de almuerzo, a fin de sorprender a sus moradores i arrancarles todos sus secretos.

Entremos pues.

El dia está opaco i triste, las fuentes parecen turbias, no hai rocio en los prados ni en las flores, i los árboles están tristes i quietos porque las brisas no han bajado aún de la montaña a mecer sus copas ni a susurrar entre sus troncos.

Los caballos con la cabeza inclinada i la cola abatida esperan soñolientos el primer pienso que debe traerles

Perico; los perros duermen en los corredores i pasadizos, i las palomas i demas aves domésticas apénas se alejan de los sitios donde han pasado la noche en busca de una paja mas para su nido o un grano para su desayuno.

Doña Ines i su hijo hacía tres dias que habían entrado en el Retiro, i ni uno ni otro habian vuelto a salir para nada. La servidumbre misma de Candia ignoraba tal secreto, i solo Perico era partícipe de él.

Candia e Ines acostaban al niño dadas las seis i despues se entretenian hasta las diez en jugar a los nàipes; cuando no jugaban, leía Candia alguna fábula o historia, que solia distraerlos mas que el juego, i en seguida se retiraban cada uno a su habitacion.

—Señora mia, decia Candia al despedirse en la puerta del cuarto de su amiga, que paseis una noche feliz.

—I vos tambien, amigo Candia, le respondia Ines haciéndole una ceremoniosa cortesía.

Candia se alejaba en seguida, pero nó se ponía el chambergo hasta una distancia respetable; Ines por su parte entraba en su aposento, iba a descubrir el rostro de su hijo, sobre cuya frente imprimía uno de esos besos de madre que la pluma del novelista no alcanza a describir, contemplábalo largo rato en silencio, i luego se retiraba murmurando:

—Ai! mi pobre Francisco, i cuánto te pareces a tu padre el marques.

La mañana de que venimos hablando salió Candia de su habitacion vestido ya de todo a todo, i dirijiéndose a la de doña Ines, llamó a la puerta con marcado respeto.

—Entrad, Candia, dijo la voz de Ines desde adentro.

Candia pasó adelante.

Entreteníase doña Ines en peinar los largos cabellos de su hijo i aderezarle sus vestidos.

—Sentaos, don Pedro, dijo Ines, despues de recibir mis buenos dias.

—Dios os los conceda felices, dijo Candia sentándose a una distancia respetuosa de la madre de Francisco.

—I por qué faltásteis anoche al juego, señor don Pedro? Me he informado con Perico, i he sabido que fuísteis a la ciudad, i que de vuelta os encerrásteis en vuestro cuarto sin querer ver a nadie. Ocurre alguna novedad?

—Eso es precisamente lo que voi a tener el honor de informaros si quereis dar un paseo conmigo por el jardin. El dia está algo destemplado, pero acaso sea el último, i no quisiera que me negáseis ese favor.

—Cómo el último, Candia?....partís entónces?

—Sí, señora, parto para la guerra.

—Para la guerra decís?

—Sí, i a mi edad, si es fácil ir, no es fácil volver de la campaña.

—¿Pero de dónde os ha venido esa resolucion, que contraría todos vuestros planes i que me quita hasta la mas lijera esperanza de salvar a mi hijo?

—Señora, esa resolucion no me pertenece.

—Pues a quién?

—Al nuevo mandatario, Almagro el jóven.

—I por qué no rehusais.

—Porque ya he rehusado, i ha sido en balde.

—Pobre de mí entónces! esclamó doña Ines deshaciéndose en lágrimas.

—No, no temais nada, que aún es tiempo i puedo salvaros.

—Pero si es mejor que no os aparteis de mí.

—Señora, afortunadamente no comprendeis las terribles necesidades de la política. Las disputas entre Pizarros i Almagros han llegado hasta la corte española, i esta acaba de enviar al caballero Vaca de Castro, del consejo de Su Majestad, quien ha entrado por el norte i se adelanta a grandes marchas sobre el Cuzco en busca de la cabeza

del jóven virei. Este lo sabe todo i se prepara para recibirlo a fuego i sangre.

—Eso mas, Candia! con que tendremos nuevas guerras i nuevos desastres?

—Por lo que es eso, doña Ines, la guerra no se acabará en el Perú sino con el último indio i el último español.

—Decíais que el nuevo virei está resuelto a recibir a Vaca de Castro a fuego i sangre?

—No le queda mas partido despues de lo que ha hecho en el país.

—I qué?

—Pues bien, estando resuelto a resistir hasta el último trance, ha echado por la calle de enmedio como dicen las jentes, i anoche, mui cerca de las tres de la madrugada, he recibido este pliego.

Candia sacó un pliego de su jubon i leyó:

"*Señor capitan Pedro de Candia, del servicio de Nuestra Majestad.*

"*Os hacemos saber que ha sido nuestra voluntad nombraros capitan jeneral de nuestra artillería, i que os esperamos mañana a las diez del dia para que tomeis posesion de vuestro destino. Hemos pesado detenidamente las razones que de palabra nos alegásteis el otro dia para no servir bajo nuestras banderas, i las hemos hallado insuficientes; sed fiel pues a nuestro llamamiento, o de lo contrario os haremos tratar con todo el rigor de las leyes.*

"*Palacio de la Gobernacion, en el Cuzco, a* 25 *de agosto de* 1542.

"*El Gobernador i Capitan Jeneral*

DIEGO DE ALMAGRO."

—Bien ¿i qué pensais hacer? preguntó doña Ines toda azorada.

—Señora, obedecer.

—Qué escucho! vos obedecer a un Almagro?

—No es a un Almagro a quien obedezco, es a la fuerza de un Almagro.

—Teneis razon, observó doña Ines toda trémula de dolor.

—Ya veis pues que es preciso separarnos.

—Sí, preciso, preciso, murmuró, la pobre mujer mirando a su hijo con angustia mortal.

—Empero, no temais nada, que aún nos quedan medios de salvarlo, dijo Candia comprendiendo i calmando a la vez los sinsabores de su amiga.

—Qué medios? decid.

—El huir en el acto del país; el pasar a España i ponerlo bajo la proteccion de la Corona.

—Huir, Candia! abandonar mi patria i la tumba de Pizarro!

—O entregar su hijo a los sacrificadores.

—Decís bien; pero quién me conducirá al otro lado de los mares.

—Perico, mi fiel criado.

—Pues en el acto; marchemos; me parece que ya bienen a arrebatármelo!

—Quién habla de arrebatarme de vuestro lado, querida madre mia? preguntó Francisco dando un brinco i echando mano de su estoque de cañas. Al hijo del virei Pizarro nadie podrá tocar nunca ni los cabellos!

—Oh! hijo mio, esclamó llena de justo orgullo la pobre madre, te reconozco en ese rasgo, digno heredero de la sangre de los Capacs.

Candia se acordó del marques i volvió a otra parte el rostro para enjugarse una lágrima; en seguida dijo:

—Díces bien, mi valiente marques; pero anda, busca a Perico, i díle que me aliste mi viejo caballo de campaña; yo tengo que hablar con tu madre a solas, i puedes juntártenos en el jardin dentro de algunos momentos.



Francisco salió al desempeño de su comision, e Ines tomó el brazo de Candia para ir a las calles de árboles a respirar el aire puro de la mañana, de que tanto necesitaba.

El dia continuaba triste i sombrío. Un viento fuerte, que soplaba del valle, habia amontonado grandes masas de nubes siniestras sobre la cumbre de los Andes, i dentro de breves instantes debia desgajarse una tempestad. Las fuentes, combatidas del aire, llevaban sus aguas en diferentes direcciones, perdian las flores sus pétalos hermosos, i gajos enteros de arbustos i sauces caian al suelo partidos por el huracan.

—No, no vamos mas allá, dijo Ines deteniendo a Candia; la naturaleza está enojada....no parece sino que la maldicion de Dios cae poco a poco sobre esta mansion infeliz....Mirad: los pájaros huyen, los cabritos se esconden, las flores se despedazan, i todo anuncia ruina i desolacion.

—Oh! sí, dijo Candia con acento tristísimo, es un presajio de la muerte! Pero oidme lo que tengo que deciros.

—Escucho.

—Salid hoi mismo con Perico para Panamá. Os ireis a habitar allí la antigua casa del padre Luque, i me esperareis en ella uno, dos, i hasta tres meses. Si pasado este plazo no hubiere ido, i ya se hubiere acabado la guerra....orad por mí, porque ya todo habrá acabado para los dos.

—Candia, me traspasais el corazon!

—Tomad este papel, continuó el guerrero haciendo como que no veía las lágrimas gruesas como gotas de agua que caían de las mejillas de doña Ines sobre la calle de arena en que estaban parados; tomad este papel, en él está contenida mi última voluntad. Luego que sepais mi muerte, abridlo i leedlo. Perico os dirá lo demas.

Isabel recibió el pliego que Candia le daba, i no tuvo valor para mas; en seguida se desmayó.

—Capitan, dijo en aquel punto Francisco, vuestro caballo espera ensillado a la salida del Retiro.

—Adios, Candia, murmuró Ines; hasta de aquí a tres meses en Panamá, casa de Luque....

—O hasta de aquí a diez años en el cielo, interrumpió el hermano de Alí.

En seguida se alejó sin despedirse ni de la madre ni del hijo; i no fué sino hasta que cruzó la calle de árboles que lo alejaba para siempre de su amiga, que volteó para mirarla por última vez esclamando:

—Adios, Florazul; quieran los cielos conservar a vuestro hijo!

CAPITULO VII.

LA ENTREVISTA.

Daban las diez de ese mismo dia en la campana de la iglesia catedral del Cuzco, cuando un guerrero, montado en un hermoso caballo i cubierto de todas armas, se detuvo delante del palacio del niño-rei, i echó pié a tierra en medio de un centenar de oficiales españoles que lo observaban con curiosidad.

—El Gobernador? preguntó el jinete.

—Arriba, respondió el oficial que montaba guardia.

El desconocido pasó adelante.

El ruido de su caballo sobre las baldosas de la plaza habia hecho levantar un poco las cortinas de una de las ventanas mas apartadas del frente del palacio, i asomar la cabeza a una persona que hacia media hora acechaba ahí, i quien la retiró al punto diciendo:

—Ah! por fin es él.

La cabeza de esta persona era una linda cabeza de veinte años, i estaba cubierta con un rico sombrero de raso sembrado de piedras.

Dos minutos despues dos hombres igualmente corteses

se cambiaban un saludo de afecto en el salon principal del palacio del Cuzco.

Esos dos hombres eran Almagro i Candia.

—Perdonad, dijo el mas jóven, pero me era del todo indispensable teneros aquí. Vaca de Castro ha adelantado mucho en estos dias, i saldré a batirlo dentro de dos.

—Nada tengo que perdonar, señor Gobernador, respondió el recien llegado inclinándose: habeis hecho uso del derecho que da la fuerza, i aquí me teneis.

—La fuerza, no, Candia, repuso el jóven con amabilidad i ternura; decid mas bien, que abuso de la amistad.

—Ya en otras ocasiones he tenido la pena de deciros, señor, que no puedo ser vuestro amigo.

—Es una rara obstinacion.

—Señor, he escarmentado bastante en el servicio de los hombres, para querer emprender carrera de nuevo. Si me estimais positivamente, dejadme volver a mi Retiro. Solo al lado de mis arroyos i de mis árboles, goza mi corazon de algunos momentos de felicidad.

—No, Candia, no digais eso, la felicidad no puede estar nunca en el retiro ni en la meditacion. La felicidad está en la gloria, en la pólvora de los combates, en los azares del mando, en los peligros i en el poder.

—Hubo un tiempo en que pensé de la mismas manera.

—I ya no?

—I ya no, señor; todo eso de que hablais no es mas que un vértigo de vuestra imajinacion militar. La gloria, si me permitís que os dé mi parecer, no es mas que una especie de abismo sin fondo, sembrado de colores i de rayos de luz para el ojo aturdido del que lo contempla desde la orilla; pero desgraciado del que se lanze en pos de esos colores i de esa luz!

—Lo pensais así?

—No es solamente que lo pienso, sino que es así. Mirad, no hace diez años que vuestro padre, el mariscal Al-

magro, era uno de los primeros hombres de la conquista; su paso dejaba por donde quiera huellas de fuerza i de valor. Ninguno mas voluptuoso que él en las ciudades, como tampoco ninguno mas admirable que él en la campaña. Era uno de esos hombres homéricos, creados por los poetas i que dan ellos solos alimento a una Iliada o a una Odisea; i, sinembargo, qué fué de él? Vos lo sabeis bien, señor; miró el abismo de que os he habladc ántes; le sobrevino el espanto i el vértigo, i descendió a su fondo para morir en el rincon de una cárcel oscura, junto a un monton de paja del desierto, i sin mas amigo que un fraile a su testera.

Pizarro, Pizarro mismo, señor ¿cómo acabó su vida? Acuchillado por la faccion de Rada en la mitad del dia, i sin tener su cadáver quien lo recojiese ni le lavase las heridas....! Permitidme que os lo repita, señor, la gloria es una maga engañadora, seguirla es correr a la muerte, es embriagarse con el dolor.

—Pero no podreis negarme, que, respecto de mi padre i de Pizarro, obraron circunstancias desgraciadas i estraordinarias.

—Las mismas, señor, que obran siempre en la suerte de los príncipes; de cada cien de ellos, noventa i nueve acaban mal siempre para la historia i para la felicidad. Vos mismo, señor, estais jugando entre el trono i el cadalso. Es un juego fatal.

—Veo, Candia, que la edad os ha hecho filósofo i pongo punto aquí a esta conversacion. Si todos pensaran como vos, pronto tendriamos convertido el mundo en una ermita.

—I si todos pensaran como vos, señor, la tierra seria el teatro de una batalla perenne.

—Bien, hablemos de nuestros asuntos.

—Os escucho, señor.

—Vaca de Castro, nombrado por el emperador Cárlos

juez de lo sucedido en el Perú, avanza contra mí desde las mas distantes rejiones del norte, levantando a su paso todas las poblaciones indias i españolas, desde el payanes i el quillacinga, hasta los charcas i limeños. Bien, pues, es necesario que yo salga a su encuentro, i que lo venza i lo estermine; nada necesita tanto de una victoria como un poder naciente.

—I bien?

—Espero que hoi mismo os pongais, Candia, a la cabeza de mi artillería i lo dispongais todo para que salgamos a campaña.

—Ya os he dicho, señor, que no me es posible aceptar encargo alguno: si me forzais, seré soldado, pero no jefe.

—Es decir que teneis miedo a Vaca de Castro, aseveró Almagro con acento de burla.

—No, señor, el que ha encanecido como yo entre el humo de los combates, no tiene miedo a nada ni a nadie. Es que para mí ya terminó todo en el mundo.

—Ménos la obligacion de servir a vuestros superiores, repuso con enfado el hijo del mariscal.

—Si lo creis así, ménos la obligacion de servir a mis superiores, repitió Candia con un acento de reconcentracion profunda.

Almagro llamó en seguida a uno de sus oficiales de mas confianza; este se presentó al instante, i recibió la órden de poner al capitan Candia en posesion de los cuerpos de la artillería.

Despidióse el levantino de Almagro, i al despedirse le dijo con espresion inalterable i sombría:

—No olvideis, señor, que voi violentado.

Diego le volteó la espalda diciendo:

—No teneis que recordarme quién de los dos es el que manda aquí.

Candia atravesó precedido del oficial español todos los largos corredores de la casa del virei, llenos a la sazon de

soldados, armas i trofeos, i todos se preguntaban a su paso quién era aquel guerrero tan gallardo i tan respetable, en cuya faz se leian los gloriosos peligros de cien combates, i en cuya actitud severa se denunciaba el caballero del siglo XVI con todos los perfiles i rasgos propios de esa edad de héroes; pero ninguno acertaba a responder, porque la mayor parte de las tropas del jóven Almagro se componia de jente nueva i recien llegada al Perú en busca del oro de los incas.

—Es un enviado de Castilla, decian los unos.

—No, que es uno de los antiguos jefes de Pizarro, replicaban los otros.

En estas perplejidades se pasó parte del dia hasta que al fin se difundió la noticia verdadera de que el recien llegado era Pedro de Candia, antiguo servidor del marques i una de las primeras figuras de la conquista.

Como casi ninguno lo conocia personalmente, hablóse de él por cerca de tres dias como del primer paladin de España, i todo el mundo se reputaba invencible bajo el mando de aquel hombre estraordinario, casi fabuloso, que debia guiarlos a la victoria.

Sinembargo, en el corazon desengañado de Candia pasaban las cosas de mui distinta manera.

CAPITULO VIII.

LAS LLANURAS DE CHUPAS.

Despues de algunos dias el jóven virei pasó revista a sus tropas en la plaza de la ciudad, i esta presentaba un total de setecientos guerreros, todos mui lucidos, i compartidos así: doscientos arcabuzeros, doscientos cincuenta entre piqueros i alabarderos, i doscientos i cincuenta caballos; la artillería de primera calidad, i los indios auxiliares innumerables.

Vaca de Castro habia ido de Popayan a Quito, i de Qui-

to a Lima con la velocidad del relámpago; no le faltaba ya sino el último cuarto de la jornada, i Almagro resolvió salir a su encuentro para derrotarlo.

El comisionado español contaba con el prestijio que da siempre la legalidad i con las grandes prendas de su talento personal; por su parte el usurpador tenía uno de los ejércitos mejores que se habian visto en América. El combate iba a ser, pues, digno de los dos.

Sinembargo, Vaca probó hacer la paz, i Almagro le respondió con la guerra. Vaca envió parlamentarios con doble carácter al campo enemigo, i Diego descubrió i ahorcó a esos parlamentarios.

El uno queria el triunfo por medio de la negociacion falsa i los recursos mañosos; el otro lo queria noble i valeroso sobre los campos de batalla.

Vaca, apesar de su mucho valor, era un cortesano del siglo XVI; Almagro era un soldado de los tiempos heroicos.

No podía ser de otra manera, i los dos ejércitos rivales, encarnizados como todo ejército de discordias civiles, avanzaron sobre las tremendas llanuras de Chupas.

El licenciado Vaca de Castro puso su jente en escuadron, i en el órden siguiente: a mano derecha la infantería junto con el estandarte real, que iba a cargo de Alonso de Alvarado; i a mano izquierda las cuatro compañías de a caballo, que mandaban los bizarros Pedro Alvarez Holguin, Gómez de Alvarado, Garcilaso de la Vega (padre) i Pedro Anzures.

El fuego debia empezarlo Nuño de Castro con sus escelentes arcabuzeros, haciendo una falsa salida, i el licenciado permaneceria a retaguardia con treinta de a caballo, escojidos entre sus filas, i con los cuales debía apoyar todos los movimientos arriesgados de su jente.

Almagro no llegó al campo hasta dos horas ántes de la puesta del sol, circunstancia que hizo esclamar al comisionado de la Corona;

—Si yo fuese Josué para detener el sol, no desconfiaría de la victoria.

Almagro por su parte dispuso su jente sobre el tope de una eminencia vecina, colocando la artillería entre los infantes i los caballos, i esperando los avances de los de Castro para ametrallarlos sin piedad.

Comprendió el licenciado lo falso de su posicion militar i lo ventajoso de la de Almagro, i estuvo a pique de diferir el combate hasta el próximo dia; mas, opúsose a ello Francisco de Carvajal, guerrero eminente i glorificado con los hechos de armas de Ravena, Pavía, saco de Roma por Borbon, toma de Méjico por Cortes, i mil mas que habian hecho de él él decano de los batalladores de su siglo i la primera lanza de la conquista. Vaca cedió i mandó avanzar con toda la solemnidad del momento.

El jóven Almagro hizo jugar su artillería con un éxito aterrador, i los soldados de Castro retrocedieron espantados ante el ondeo marcial de las blancas banderas de su jente.

El estruendo era horrible, i Almagro, a la cabeza de sus soldados mas atrevidos, montado sobre un caballo blanco como la nieve, cuyas narices arrojaban fuego, i vestido de oro i sedería como el convidado mas espléndido de aquel festin de pólvora i de sangre, el mas sublime de todos los festines del hombre, realizaba los sueños de su niñez, i se embriagaba con el humo i los encantos del combate, como pudiera embriagarse con el aliento de aromas de la vírjen de sus amores. Era una voluptuosidad nueva e indescribible la que se derramaba por todas sus venas; i por gozar de ella un segundo no mas, bien pudieran darse cien años de vida i mil horas de felicidad. Ese era el momento supremo de la vida del héroe adolescente; gozarlo, era agotarse, i su mision de epopeya i laureles estaba concluida!

Era tan nutrido el fuego de los de Almagro sobre las jentes del consejero de Su Majestad, que este conoció bien

presto que corría un peligro mui grande si continuaba acercándose de frente al contrario; por lo que, i siguiendo siempre los consejos de Carvajal, efectuó un movimiento de circunvalacion, que vino a colocarlo contra el flanco mas débil de los de Almagro, i a protejerlo de las balas enemigas,gracias a las colinas que interceptaban el camino.

Sobre este flanco, que era el izquierdo, estaban tendidos en cuadro inmenso los indios auxiliares, al mando de Paullo, hermano de Manco; pero bastaron a Carvajal unas pocas descargas de arcabuzería para ponerlos fuera de combate.

Terminado el rodeo de los collados, las tropas de Vaca de Castro vinieron a encontrarse cara a cara con las del virei, i la batalla se empeñó de una manera jeneral. Sinembargo, la artillería, que estaba a las órdenes de Candia, empezó a dirijir los tiros por alto, de suerte que no hacian daño alguno a los soldados enemigos. Notólo al punto Diego, que como un buen jeneral estaba en todo, i metiendo espuelas a su caballo atravesó a Candia de una lanzada i le dejó muerto en el acto.

Candia no era culpable hasta el estremo de estar haciendo traicion directa a Almagro, pero, cruzado de brazos, i sin arma alguna, dejaba a los artilleros que cometiesen mil torpezas seguidas. De pié i sereno junto a los falconetes, rato hacía que esperaba una bala contraria, para él mui amiga, que lo privase de la vida; pero la muerte le habia respetado largo tiempo i lo respetaba todavía. Cuando vió a Diego que se lanzaba sobre él i comprendió su intencion, una sonrisa de desprecio i lástima ajitó sus labios por última vez, i se resignó a su destino, cuando aún podia luchar i vencer.

Tal fué el último momento del héroe.

Muerto Candia, Diego trepó sobre uno de los cañones, i poniendo su poderoso pié en la boca a fin de bajarlos hasta el frente del enemigo, hizo que le prendieran fue-

go quedándose encima, como para dar aquella leccion de acierto i serenidad a sus artilleros. El tiro de Almagro fué terrible, pues echó por tierra unos doce soldados de la caballería enemiga.

Este primer suceso, volvió las esperanzas al jóven, i, bajo sus órdenes inmediatas, la artillería hizo por una hora mas estragos horribles.

La noche avanzaba sombría i el desaliento empezaba a cundir en las tropas de Castro, por lo que Carvajal resolvió apelar a ese último recurso de toda batalla desesperada: una carga de caballería. Sonaron pues las trompetas, i todos los caballeros del rei, dando el grito de carga i maltratando los hijares de sus brutos, se lanzaron contra los de Diego con valor inaudito.

Este creyó desdoroso para su sangre permanecer quieto, i esperar el ataque a la defensiva, i poniéndose al frente de los suyos, bajó del collado al llano con la velocidad de un torrente. El choque primero fué mortal; no quedó una lanza servible, i pocos fueron los caballos que no cayeron de ancas o rodaron por el suelo bañados en sangre. Mandó Carvajal a su jente que hiriera solo a los caballos dejando ilesos a los jinetes, i en ménos de un segundo fué tal el tumulto de los de Almagro, que apénas atinaban a mantenerse sobre las sillas, perdiendo estribos i lanza.

Deshecha así la arrogante caballería de Diego, faltaba aún destruir la artillería, que, correjida con la muerte de Candia, abria anchísimos claros en los peones del consejero, i no los dejaba entrar para nada en pelea; pero esta empresa era un juego para Carvajal. Quitóse en efecto el yelmo i la coraza, ámbas piezas de magnífico acero milanes, a pretesto de que lo embarazaban demasiado, i quedándose solo con su partesana i su coleto de algodon, se entró terriblemente por entre las columnas de fuego i humo de los cañones, i pulverizando a los artilleros, se adueñó de las piezas.

Holguin, que, como se recordará, mandaba la izquierda de los realistas, habia muerto desde el principio de la accion, atravesado por dos balas de arcabuz.

—Lástima de túnica, decian los soldados de Almagro, reparando en la rica vestidura de terciopelo blanco que aquel desgraciado jefe habíase puesto sobre su armadura; está hecha trizas i toda ensangrentada.

El valiente jefe no les merecía un suspiro siquiera.

La noche habia entrado hacia rato i la oscuridad era cada vez mas profunda; sinembargo, el combate no habia perdido por esto su intensidad primera, i por aquí i por allí se oian el rudo chocar de las espadas en los combates singulares, las maldiciones i gritos de los heridos, el ronco i breve sonido de las trompetas, el bufar de los caballos espirantes, i todo ese rumor sordo i satánico que hace de un campo de batalla la miniatura de un infierno.

Piquetes de caballería andaban arriba i abajo gritando i lanceando a todos cuantos encontraban. Vaca de Castro preguntaba por Almagro, i este por Vaca de Castro.–Nosotros fuimos los asesinos de Pizarro; venid i matadnos, gritaban unos en su desesperacion.–Maldito sea el consejero, decian otros, i todos contribuian a formar un ruido sordo i terrible como el lejano bramido del mar pasado el ímpetu de una tempestad.

A las nueve ya no se oia ni se veia nada, aunque los restos de los dos ejércitos no dejaron de molestarse bastante toda la noche con frecuentes descargas de fusilería i toques de corneta.

A la mañana siguiente encontróse Vaca de Castro dueño del campo i de todas las banderas de Almagro. Empero, de este no se sabia nada. Habia muerto? no, porque no se encontraba su cadáver por ninguna parte. Lo mas probable era que hubiera huido.

Recojiéronse los cuerpos de los oficiales de distincion muertos en aquella jornada fratricida, i fueron remitidos

a Guamanga, poblacion vecina, para que se les diese sepultura sagrada. Caváronse en seguida dos grandes fosos, i en ellos fueron echados sin distincion de bandos los quinientos o seiscientos hombres que perecieron durante las cuatro horas de refriega. Candia cayó en este número, i nadie hubo que prestara al verdadero héroe de la conquista los últimos socorros que la caridad no niega nunca a los hombres. Se le enterró con todos los demas, i ni una cruz ni una inscripcion quedó de señal sobre su tumba, fria i sola como lo es todo en el desierto.

Atahuallpa siquiera habia tenido una loca que llorase sobre su cadáver.

Pizarro habia sido aderezado con su traje de muerto por dos antiguos criados de su casa.

Solo Candia no tenia un amigo ni un pariente en aquella hora solemnísima, en que tanto se necesita de los cuidados de una madre o de las finezas de un compañero. Sinembargo, Candia habia muerto como le correspondia: sobre el campo de batalla. Su tumba era la tumba comun de los valientes. Eso era ser soldado hasta el fin.

CAPITULO IX.

LA EJECUCION.

Vaca de Castro, despues de cumplir con el último deber de un jeneral victorioso, dando sepultura a los muertos i haciendo recojer los heridos, se retiró a Guamanga, donde nombró una comision presidida por el licenciado Gama para abrir causa a los prisioneros. La justicia española no andaba mui despacio en esos tiempos, i en ménos de una semana fueron descuartizados en aquel lugar cerca de ciento de los caballeros mas notables de Almagro.

Entretanto este, que habia huido durante la noche del combate, despues de haber buscado la muerte en

mil peligros, estaba prisionero en el Cuzco, a donde habia llegado con solo tres amigos, i donde habia sido aprisionado por las mismas autoridades que habia instituido a su salida para la campaña.

Hai ciudades que no tienen otro papel en la historia que aprestarse continuamente para recibir a su vencedor, i Cuzco, la opulenta i desgraciada Cuzco, tuvo que ponerse de gala para recibir al consejero del Emperador, como tantas otras veces lo habia hecho para recibir a los jenerales de Atahuallpa, Pizarro i los Almagros. El licenciado Castro entró en la capital a la cabeza de sus tercios victoriosos con la mayor pompa i ostentacion. Las autoridades de la ciudad se adelantaron a rendir homenaje al afortunado vencedor, i le obsequiaron el jóven vencido como el don mayor que pudieran hacerle por entonces. Una vez dueño el de Castro de su enemigo, urjió a sus compañeros para que se decidiera de su suerte en el acto, i aquel mismo dia se reunió un consejo de guerra para resolver tan delicado negocio.

Opinaban unos por el perdon i otros por el castigo. Hacíanlo los primeros en gracia a la juventud del prisionero, a su valor indómito i sus prendas infinitas; i los segundos alegaban su muerte como una terrible necesidad para la pacificacion del Perú i en desagravio espléndido de la Corona.

No hubo remedio, i la muerte del hijo del mariscal quedó resuelta mandando los jueces levantar un cadalso en el paraje mismo de la plaza en que debió ser ajusticiado su padre.

El destino de todos los conquistadores en el Perú era caer los unos en pos de los otros, ya sobre las gradas del cadalso, ya al golpe de la espada asesina; sinembargo, Almagro el jóven fué el que cayó mas heroicamente i quien mas sacrificios costó a las banderas reales. Tal vez la batalla de Chupas no tiene paralelo en la historia pe-

ruana; se peleó en ella como no se habia peleado jamas; i es fama que tanto el licenciado Vaca de Castro como su contrario Diego de Almagro, tuvieron gran trabajo despues del combate para quitarse las armaduras: tanta así era la sangre que los cubría!

Aún eran las tres de la madrugada, i el de Castro, montado sobre su hermoso i noble caballo de pelea, no sabia si la victoria era suya o ajena. El fuego duraba en diferentes direcciones, i la oscuridad era tan intensa que no se veía nada a dos varas de distancia. Los bivacs no pudieron encenderse a causa de la nieve, i la mayor parte de los capitanes mas esforzados de uno i otro bando, contra quienes habian sido impotentes las balas i el acero, perecieron de frio i del dolor de sus heridas, despojados por los indios de Paullo, que, deseosos de vengar antiguos i tremendos agravios, se aprovecharon de la confusion del campo para consumar todo jénero de venganzas. Pasan de doscientas, segun los cronistas, las víctimas sacrificadas a sus antiguas iras, sin distincion de realistas ni antirealistas; i por mucho tiempo despues encontráronse en los caminos multitud de cadáveres de españoles atravesados con flechas o destruidos a golpes.

Como mil i quinientos hombres, por todo, habian presentado pelea en las memorables llanuras de Chupas, i de ellos, mil quedaron fuera de combate; la carnicería pues habia sido fatal. Batalla fué esta, dice Garcilaso, en la que pelearon todas las fuertes lanzas de la conquista, i a la que no faltó uno solo de los capitanes españoles que habia en la tierra, ora por el rei, ora por el usurpador. El furor de los bandos llegó a tal estremo, que hubo soldado de los realistas que matase hasta once de los vencidos, en descuento, decia, de once mil pesos que los de Almagro le habian robado en tiempos anteriores; i los cadáveres de Bilbao, Arbalancha, Hinojeros i Carrillo,

que durante la refriega se habian proclamado a voz en cuello matadores del marques Francisco Pizarro, como para enardecer mas el furor de los de Castro, fueron descuartizados despues de la victoria, i colgados por partes, i a voz de pregon, en los árboles de los caminos públicos, i en los monumentos de escarnio levantados al efecto con piedras o céspedes.

Sentenciado Almagro a la horca desde mucho ántes de la batalla, no fué mas de llegar Vaca de Castro al Cuzco i disponer todo para la ejecucion.

Construyóse un cadalso en la misma parte de la plaza en que se habia levantado el de su padre, i convocóse a todos los vecinos para que presenciasen la justicia que se iba a hacer en la persona del niño traidor.

Levantóse el sombrío aparato de la muerte hasta una altura tal que pudiese dominar toda la muchedumbre, i dióse aviso a los indios para que coronasen con su presencia los collados i cerranías que dominan el Cuzco. En seguida sacóse al reo entre dos filas de soldados, entre los cuales habia muchos de los que en la semana anterior habian formado parte de su ejército, i quienes no habian tenido mas que cambiar la insignia blanca de los Almagros, por la encarnada de los realistas, para conservar su grado i su vida.

Esto acontecía pocos dias despues del 16 de setiembre de 1542, i Diego de Almagro tendria entónces a lo sumo veintidos años de edad. Su rápida caida, empero, no habia producido en él un gran trastorno ni una pena mui grave: habia caido como caen siempre los hombres grandes, i eso no es caer, sino coronar la carrera.

Como hemos dicho, Almagro tendria entónces unos veintidos años. Su faz estaba un tanto pálida, pero esa palidez no provenia del temor de la muerte, sino de las vijilias anteriores a la campaña; su hermosa cabellera flotando sobre sus hombros como la cola caudal de un pájaro

salvaje, daba a su rostro una espresion de adolescencia i de amor, que desmentia la suerte infeliz de aquel batallador de cuatro lustros, rei i víctima a un mismo tiempo. Sus grandes ojos negros, lánguidos como dos soles apagados, desafiaban aún las miradas curiosas de la multitud, en tanto que una mal reprimida sonrisa de compasion sarcástica ajitaba sus labios.

—Por qué os reis, señor? díjole el fraile que lo auxiliaba; el momento no puede ser mas solemne en verdad.

—Padre, no me rio del momento.

—Pues de qué?

—De esta multitud estúpida i cobarde que me rodea, i que va a dejarme sacrificar. Mirad, todos lloran de verme tan desgraciado, todos me tienen una lástima profunda; i, sinembargo, nadie hace nada por salvarme.

—Ni deben hacerlo, observó el fraile escandalizado del pensamiento de Almagro; la lei i la relijion les prohiben intentar nada contra la justicia.

—No tembleis, padre mio, por lo que digo, repuso vivamente el reo; no veis que el pié del cadalso no es un sitio aprópodito para hacer conspiraciones? Yo no voi a dirijirme al pueblo para pedirle que me salve, nada de eso: los hombres como yo son mui pocos en el mundo para que la humanidad alcance a comprenderlos fácilmente.

—Siempre el orgullo, observó el fraile a media voz.

—I ¿qué otra cosa quereis que diga de esta muchedumbre insensata, ya que me llora vivo i se aflije por mí, cuando bastaba solo un bramido de enojo para arrancarme de la muerte i pasearme triunfante desde el azteca helado hasta el ardiente patagon? Pero dejadla, padre, merece bien su suerte de miseria.

Al decir esto ya estaba Almagro al pié del cadalso, cuyas gradas trepó con rápido paso. Una vez sobré él, saludó graciosamente a la multitud con una inc.inacion de cabeza.

Prorrumpió esta en sordos jemidos de dolor.

Leyó el heraldo en seguida con voz solemne i acompasada la sentencia fatal.

Al concluir, dijo Almagro :

—Se me acusa de traidor i se me da muerte por ello, señores ; pero si vengar la muerte de mi padre, ajusticiado en este mismo cadalso i en esta misma plaza por la tiranía de los Pizarros, es ser traidor, acepto el cargo con toda la ufanía de que es capaz mi corazon. Yo tenia un bando a que servir ; mi padre me habia legado un nombre i una espada, i por cierto que no seria para doblar el cuello a los tiranos....

—Señor, dijo el verdugo adelantándose ácia el jóven con el hacha en la mano, es llegado el momento, i os está prohibido hablar.

—Sea, dijo Almagro con ademan despreciativo ; asesinadme pues.

En seguida presentó el cuello a su sacrificador. Sinembargo, era tanta la juventud del reo, tanto su estremo valor, que la multitud no pudo ménos que interceder por él volviéndose ácia la parte de la plaza donde estaba el comisionado Vaca de Castro, i gritando: perdon ! perdon!

El licenciado conoció lo crítico de las circunstancias, i dando una vuelta sobre los talones se quitó del balcon.

—Qué haceis? gritó Almagro fuera de sí, a los enemigos se les hace gracia, pero no se les pide jamas ; i luego volviéndose ácia el verdugo con aire de quien está acostumbrado a mandar, díjole : obrad !

Alzóse el hacha en los aires i volvió a caer en el instante como un rayo de plata ; lanzó el jentío un grito de asombro, i la mústia cabeza del niño rodó sin vida i sin calor por toda la estension del tablado. Tal es el secreto de la vida, i un simple tajo del verdugo fué bastante a acabar con la existencia preciosa de un héroe!

Vaca de Castro, que habia continuado observando, de-

tras de la cortina del balcon, lo que pasaba en la plaza, dijo para sí cuando Almagro ya no existia:

—Bien: al fin seré virei.

Palabras lacónicas, por cierto, pero que hacian conocer el secreto de toda su política. El último golpe estaba dado ¿qué podria pues cortar el vuelo a su ambicion?

El verdugo procedió a despojar al reo de sus vestiduras, i el cadáver hubiera quedado desnudo por entero durante las horas de la exhibicion pública que ordenaba la lei, si Francisco de Carvajal no se hubiera abierto paso al traves de la multitud hasta el pié del patíbulo, i gritado al desapiadado ejecutor:

—Dejadle al ménos los calzones, el jubon i la camisa; era un guapo mozo, i yo me intereso por él; tomad, ahí teneis por todo eso un par de ducados.

Tal fué el fin del hijo del mariscal, del niño que soñaba con los caballos blancos de pelea, i cuyo porvenir de gloria habia presentido desde años atras, como el marino presiente la venida de la borrasca en el mar.

La suerte de Almagro habia sido la misma de su padre. El capricho de la fortuna les dió a ámbos el mismo nombre i el mismo valor. Su prodigalidad i su opulencia fueron las mismas; sirvíoles a ámbos el mismo cadalso, la misma plaza para su ejecucion, i hasta fué una misma la mano que les cortó la cabeza.

Llevados sus restos a la iglesia de la Merced, se les enterró en la misma sepultura que habia servido para el mariscal.

Sobre su tumba corrióse en breve el velo del olvido.

CAPITULO X.

EL SECRETARIO RODRIGUEZ.

Despues de la pacificacion de todo el imperio, el Gober-

nador Vaca de Castro se consagró a organizar convenientemente el pais; i a sus esfuerzos i celo se debió el término final de muchos abusos, así como el esclarecimiento de infinidad de puntos de gobierno, que, sin el talento del licenciado i el espíritu que lo animaba, habrian continuado siendo causa de infinitas disputas.

Fué su primero i mas astuto paso llamar a Gonzalo Pizarro, que acababa de regresar de su conquista del Amazónas, i persuadirlo de que debia retirarse a sus minas de Charcas, i esperar allí tranquilamente el curso natural de las cosas. Gonzalo estaba disgustado con la Corona, porque siendo él la figura mas notable del imperio, i el servidor mas caracterizado de la conquista despues de muerto su hermano Francisco, no se le habia nombrado jefe de la tierra; pero sentíase débil por el momento para hacer valer sus pretensiones al mando, i aparentó acomodarse con los consejos de Castro, quien, por su parte, no queria sino alejar de sí un rival tan terrible i poderoso como el amante de Azucena.

Algunos de los mas íntimos amigos de Gonzalo no pudieron ménos de echarle en cara su condescendencia; pero él les dijo con aquella gracia i aquella penetracion que lo hacía el primer cortesano de su tiempo:

—Dejadme ir, que ya sabré volver.

Despues de este acto de sana política, el Gobernador estableció escuelas en todas las poblaciones indias para la difusion de la doctrina cristiana; llamó a los peruanos de las selvas i de la montaña i los persuadió a que viviesen con los *blancos*; mejoró las vías de comunicacion i las posadas públicas, casi todas destruidas en las últimas guerras civiles; disminuyó los repartimientos, pues había español que contaba hasta *mil quinientos* indios, a quienes daba una vida de esclavos; i puso órden i sistema en las rentas reales, dilapidadas hasta entónces escandalosamente.

La conducta oficial de Vaca de Castro merece bien

una pájina inmortal en la historia. Sin fondos i sin tropas no hacía aún muchos meses que habia desembarcado en el Perú, que estaba en la mas completa anarquía, i a fuerza de valor i habilidad, se habia hecho a todos los recursos apetecibles, i con ellos habia vencido al hombre que la fortuna parecía haber hecho nacer para eclipsar la gloria de todos los grandes capitanes de América.

Su rijidez despues de la victoria no era precisamente un desahogo de sus malas pasiones: era una condicion de su siglo de hierro, i un modo, el mas adecuado, para abrir paso ancho i seguro a su ambicion, tal vez latente entónces, pero no por eso ménos tormentosa i jigante.

Él habia dicho, luego que las campanas de la catedral del Cuzco i sus propios ojos lo convencieron de la muerte de Almagro, *al fin seré virei.* Ese, sin duda, era un grito escapado a su alma en el arrebato producido por el primer reflejo de su gloria; pero ¿quién es el que en este mundo no ha sentido inflársele el pecho ni irradiarle el ojo, a la primera caricia de esa fada de aromas que se llama el Poder?

Vaca de Castro era severo, pero no era infame. Aunque educado para una carrera distinta de la de soldado, el dia de pelear, peleó como un guapo. Oh! i nosotros sí que gustamos de los hombres que se manifiestan tales en todas partes: hombres en el consejo, hombres en el campo de batalla; dulces i tiernos con las mujeres, dignos con los enemigos, sabios entre los sabios, nobles, caballeros i siempre valientes.

Vaca de Castro era uno de estos hombres; sus hechos tienen toda la austeridad de la historia junto con la gracia de la novela.

Sinembargo, los meses se pasaban, cumplíanse los años, i el licenciado no recibia de la Corona de España el nombramiento de virei. Qué causa oculta lo privaba de es-

te derecho?....No se apreciaban en la corte de Castilla sus merecimientos en todo lo mucho que valian?....

He ahí el motivo secreto de sus angustias; i si por algo era desgraciado el fuerte caballero, era porque Cárlos, el grande emperador, parecia despreciarlo desde la escelsitud de su gloria.

Empero, veamos aunque suscintamente como pasaban las cosas.

En 1541 Cárlos V, que habia estado mui entregado a los asuntos de Alemania, volvió la vista a sus dominios españoles, i de estos a sus colonias de América. Presentáronsele al punto muchas relaciones de los sucesos de la conquista i de la verdadera i terrible situacion de los indios; pero ninguna mereció mas acojida ni llevó convicciones mas amargas a su espíritu, que la presentada por el obispo de Chiapa, frai Bartolomé de Las Casas. Este dignísimo sacerdote, que habia consagrado su vida a las tareas cristianas que le merecieron el nombre de *Protector de los indios*, habia escrito ya para entónces su célebre tratado sobre la "Destruccion de los Indios," o sea la coleccion mas notable que puede verse sobre las maldades humanas, cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo.

Este manuscrito puesto en manos del Emperador en 1542, produjo la convocatoria de una junta en Valladolid, compuesta de teólogos i jurisconsultos, con el objeto de adoptar un sistema de lejislacion sabio, justo i adecuado para las colonias.

El venerable obispo tuvo a bien presentarse en persona i hablar a la junta en términos tan conmovedores i exactos sobre la libertad de los indios i las atrocidades cometidas por los conquistadores, que, gravemente impresionada aquella, se resolvió a disponer que se reconociese la libertad de los americanos, i se los reputase como leales i fieles vasallos de la Corona, matando así de un solo golpe la esclavitud en el mundo de Colon.

Este acontecimiento hizo mas ruido acaso que ningun otro en todo el grandioso reinado del Emperador; i la declaratoria del consejo de Valladolid se llevaba de calle tantos i tantos intereses, que casi fueron mui pocos los que no se pusieron contra ella, i la calificaron de injusta i hasta atentatoria. Escribiéronse mil cartas para las colonias, i provocóse a la rebelion desde Méjico hasta Chile.

Pero ¿cómo no hacer esto, i mas todavía, si cada conquistador era un sultan en América, que ahora se iba a ver despojado de sus millares de esclavos, de cuyo trabajo vivia, i de cuyas hijas formaba sus harenes? ¿Cómo no clamar a los cielos por una injusticia tal, si el sol de los incas quemaba mas de cerca que el sol de Pelayo, i el hijo blanco de Castilla hallaba diferencias mui notables entre su tez de rosa i la tez de bronce de los hijos del Cuzco?

La conflagracion fué, pues, espantosa. Descolgáronse de las paredes las enmohecidas espadas, limpiáronse las lorigas; volvióse a cuidar de los caballos, sueltos hasta entónces en los campos; i rebeldes los súbditos a su patria i su rei, no se habló ya mas que de muertes i sangre.

Hubo mil juntas en todos los pueblos notables de las colonias, i los mas viejos soldados de la conquista, rompiendo sus jubones i mostrando sus hondas heridas, recorrian las calles concitando al pueblo i diciendole:

—Mirad! ese es el premio que se ha reservado a nuestras fatigas; así paga el rei a sus buenos servidores. Se nos ve sin sangre i sin miembros, i se nos priva de nuestro pan i de nuestras haciendas!

Sinembargo, el primer paso estaba dado, i Cárlos V no era de los que se volvian atras en sus determinaciones: hai hombres para quienes el peligro es la gloria.

Vaca de Castro no pudo ménos que temblar interiormente al saber la determinacion de la Corona; pero co-

mo aún no se le habia comunicado oficialmente, guardó silencio i esperó lleno de impaciencia algunos meses mas.

El dia a que nos referimos en este capítulo, estaba mas inquieto que nunca, i paseándose en la sala principal del palacio del Cuzco habia llamado hasta por tres veces a su secretario, quien trabajaba ajitadamente en la pieza inmediata.

El tiempo corría mui aprisa a juzgar por la velocidad con que caia la arena de un gran reloj colocado sobre la mesa del fondo, entre algunos pergaminos escritos i unos recados de escribir, i el de Castro, no pudiendo resistir por mas tiempo su impaciencia, esclamó:

—Rodríguez!

—Señor, respondió el secretario al instante, pero sin moverse de su asiento.

—Mirad al patio a ver si ha llegado Fortun.

El secretario puso la pluma en un estremo de la mesa, retiró el sillon, i fué a alzar las rojas cortinas de damasco que cubrian una hermosa ventana de doce piés, que daba sobre el patio en que debia aparecer Fortun; i viendo que no habia nadie en él, i que no se oia el ruido mas lijero, volvió a su asiento, recojió la pluma, arrimó el sillon, i dijo a Castro al volver a escribir de nuevo:

—No hai nada, señor.

Pero ántes de que Rodríguez hubiera acabado, oyóse en el patio el ruido producido por un caballo que llegaba, i ántes de un segundo abrióse la puerta, i un hombre alto i cubierto de acero i de polvo pasó adelante con bastante familiaridad.

—I bien, Fortun? preguntó el consejero sin poderse contener.

—Señor.... articuló Fortun.

—No os detengais, por Dios, buen servidor....mi corazon me dice que son mui malas las noticias que me traeis,

pero decídmelas todas....he sufrido tanto con vuestra tardanza.

—Pues bien, señor, dijo Fortun con acento firme i resuelto, todo está perdido.

Este *todo está perdido* llégo a los oidos de Castro de una manera tan lúgubre, que, apesar de su valor i sangre fria, una sombra no pálida sino cadáverica cubrió su faz, i el color lacre de sus labios hermosos desapareció como para subir a sus ojos, los que se le enrojecieron como brasas.

Rodríguez oyó tambien esas frases terribles, pero en vez de palidecer como su amo, puso la pluma a su derecha i se restregó las manos con efusion.

Lo que casi era la muerte para el uno, era la dicha para el otro: tan miserables así nos hizo Dios!

Qué motivo, preguntará acaso el lector, tenia Rodríguez para regocijarse de ese modo? El motivo de Rodríguez no era mas que uno solo: la ingratitud. Vaca de Castro le habia hecho muchos favores para que no lo odiase, i Rodríguez lo odiaba con todo su corazon.

CAPITULO XI.

NOBLEZA E INFAMIA.

Reinó en la sala un momento de angustia mortal. El terror no dejaba al licenciado ir mas adelante en sus investigaciones; Fortun, arrepentido de haber sido un poco brusco en el modo de dar cuenta de su comision, parecia resuelto a no decir mas; i Rodríguez paraba ansiosamente la oreja desde la pieza inmediata, deseoso de no perder una sola palabra de las que se iban a decir.

Tendria entónces este buen personaje de nuestra historia, de cincuenta a cincuenta i cinco años, su faz era rubicunda como un tomate, su nariz larga i afilada, sus la-

bios sumamente delgados i cárdenos, sus ojos pequeños, hundidos i brilladores, i su cabeza, calva en el centro, dividia a un lado i a otro de su frente, contrahecha i angulosa, algunos mechones de cabellos ásperos i grises.

—I bien, Fortun? se atrevió a murmurar el Gobernador.

—Lo quereis saber todo, señor? preguntó el recien llegado con notable inquietud.

—Sí, todo, todo; no me omitais nada, por Dios.

Rodríguez oyó este lastimoso *por Dios* del consejero, i estiró la cabeza por encima del brazo de la silla para oir mejor.

El infame acechaba desde su puesto como un crótalo envejecido i débil, que acecha entre las ramas el paso del conejo en el desierto.

—Pero, señor, es tan cruel todo lo que tengo que deciros.

—No mas dilaciones, amigo Fortun; al fin soi un hombre como cualquiera otro.

—Oid pues, dijo el mensajero como quien toma una resolucion súbita i desesperada: el virei ha entrado ya en la tierra peruana.

—Cómo! el virei? preguntó Castro estupefacto.

Con efecto, lo que Fortun acababa de decir tenia un significado espantoso en las circunstancias en que se encontraban los diferentes personajes con quienes hemos de tocar en el curso de esta historia. Rodríguez mismo se paró bruscamente del asiento, llevóse a la oreja la pluma de ave conque estaba trabajando i fuése a poner con el aire mas hipócrita del mundo sobre el quicio de la puerta que daba al salon de la conferencia.

—Sí, señor, continúo Fortun imperturbable: el Emperador ha nombrado para sustituiros en el mando del Perú al caballero Blasco Núñez Vela, natural de Avila i antiguo servidor del reino.

—Es decir?....articuló Castro enjugándose el rostro enrojecido entónces por la emocion i la cólera.

—Es decir, que en vez de haber sido confirmado por Su Majestad en vuestros empleos, habeis sido despojado de ellos ignominiosamente.

—De manera?...volvió articular el abatido caballero.

—De manera que nada sois ya en el Perú, i que correis un gran riesgo de ser decapitado a vuestro turno en la plaza pública, como Almagro el jóven.

Esta idea, aunque remota, era mui halagüeña para el secretario, por lo que sus ojos relampaguearon de alegria.

Castro sintió que se le escapaba la vida i se puso a pasear ajitadísimo por el salon. Al voltear vió a Rodríguez que se enjugaba los ojos, i fuese a él para estrecharle la mano diciéndole:

—No os aflijais, mi buen amigo: no he caido aún.

El acento del Gobernador era tan noble i leal, que Fortun volvió a otra parte los ojos lleno de afliccion.

—Cómo no me he de aflijir, señor, si aún no sé lo que será de vos.

Estas frases de Rodríguez eran terriblemente equívocas, pero Castro las tomó por el buen lado, i volvió a estrechar entre las suyas la mano arrugada i glacial de su aflijido secretario.

Hubo despues una pausa no mui larga, porque el Gobernador, volviéndose a Fortun, le dijo:

—Es decir que, léjos de recompensar mis servicios de tres años, la Corona me despoja de todo deshonrándome.

—Sí, señor, os despoja de todo, pues el nuevo virei está ya en marcha para Lima.

—Tan pronto?

—Oh! señor, no es tan pronto, pues salió de San Lúcar el 3 de noviembre de 1543, i estamos ya en noviembre de 1544.

—I viene solo?

—Oh! no, que viene con él una Audiencia, compuesta de cuatro oidores, i un numeroso séquito de oficiales.

—Una Audiencia tambien! esclamó Castro, i cojiéndose la cabeza con ámbas manos, volvió a mirar a Rodríguez como para comunicarle su asombro; empéro el sensible secretario, no pudiendo presenciar tal espectáculo de horrible desengaño, acababa de escabullirse por una escalera interior.

—Lo veis, Fortun? el pobre Rodríguez ha sido inferior a mi desgracia, i se ha retirado a llorarla.

Oyóse en aquel punto el galope de un caballo que se alejaba a toda brida, pero era aquello una cosa de cada momento en el Cuzco para que llamáse la atencion de los dos interlocutores.

—Sí, señor, continuó Fortun, el virei trae consigo una Audiencia.....pero no es esto solo.

—Pues qué?

—Trae tambien un código para las colonias.

—Un código decís?

—Sí, señor, un código u ordenanzas espedidas últimamente por la Corona a causa de una junta habida en Valladolid, en las cuales se reconoce a los indios como mui fieles i mui leales súbditos de Castilla, se los hace libres, i se organizan estas colonias sobre las bases de un vireinato.

—Con que no eran simples rumores los de las ordenanzas?

—Simples rumores! no, señor; i ya el virei Núñez ha empezado a ponerlas en planta.

—Qué imprudencia! Decís?....

—Digo que el virei Núñez ha empezado a ponerlas en planta, i su primer acto ha sido embargar en Nombre de Dios un buque cargado de plata que debia hacerse a la vela para España, so pretesto de que dicha plata era producto de trabajo de esclavos.

—Es decir que el virei reputa a los indios de aquí como esclavos?

—Es decir eso. Pero hai mas, Blasco Núñez ha hecho tambien soltar en Panamá trescientos indios que sus propietarios habian llevado allí para trabajar en sus tierras, i los ha devuelto a sus pueblos; i esto contra el dictámen jeneral de la Audiencia.

—Con que es tan resuelto así?

—Oh! por lo que es resolucion, creo que el virei la tiene de sobra. I bien, señor, qué pensais hacer?

—Fortun, creeis luego que el hombre que sabe cumplir con su deber tenga nada que pensar.

—Es que yo de vos no aceptaria al virei, i sus ordenanzas mucho ménos. Mirad que se va a alborotar la tierra de muerte.

—Es probable, Fortun, que se alborote i que corra sangre a torrentes como otras veces, pero no seré yo nunca el que contribuya a semejantes desgracias.

—Es que el único medio de evitarlas seria el dejar las cosas en el pié en que se encuentran hoi, no reconociendo a Núñez en su carácter de virei, i mandando una embajada a Castilla a hacer presente al Emperador lo inconsulto de las ordenanzas.

—No, Fortun, él sabrá lo que hace, i sobre su frente caiga la sangre de las víctimas o las bendiciones de los agraciados. El dictado de rei es mui grande i tiene muchas responsabilidades para que ningun hombre pueda llevarlo sobre la tierra; el que lo acepta, que cargue con todas sus consecuencias.

—Quiere decir que vamos a someternos.

—Sí, Fortun; ese es nuestro deber.

—I yo que me halagaba con la idea de salir al encuentro de ese fatuo de Núñez.

—No os afaneis por eso, que ya habrá quien lo combata, i acaso quien lo venza.



—No veo quien pueda hacerlo en esta tierra de estúpidos i aduladores.

—Os olvidais, Fortun, de un hombre para quien va a empezar una série de glorias.

—Un hombre decís, señor? no alcanzo a verlo.

—Sí, pero no es porque esté mui léjos, sino porque vos estais mui abajo. Ese hombre es Gonzalo Pizarro.

—Teneis razon, señor; Gonzalo Pizarro, lo habia olvidado. I por la mente de Fortun cruzó un pensamiento de gloria.

—Sí, continuó Vaca de Castro, Gonzalo Pizarro es el que va ahora a levantarse como el leon descansado, i a oponerse de frente al virei; no hai que dudarlo. I lo peor de todo es que los pueblos en masa van a seguirlo..... I el consejero abatió la cabeza como si lo agobiara la gloria que entreveía para otro, cuando ninguno mejor que él estaba llamado a disfrutarla.

—Parece que envidiais el destino futuro de Pizarro?

—Oh! sí, Fortun, lo envidio.

—Pues entónces....

—Oh! no, nunca, Fortun.....ántes morir. Pizarro puede aceptar el destino que le parezca, porque él es libre; pero yo no: yo soi el empleado de la Corona, i hai mucha diferencia entre un traidor i un rebelde.

—Bien, dijo Fortun entónces con algo de embarazo; permitidme que os haga una súplica.

—Hacedla, Fortun.

—Permitid que os abandone.

—Abandonarme en tales circunstancias?

—Sí, señor; tengo necesidad de pelear contra el hombre que ha venido a agotar tôdas vuestras esperanzas.

—Pero qué vais hacer?

—No me acabais de decir que hai un hombre en el Perú que puede desobedecer i combatir al virei?

—Sí; Gonzalo Pizarro.

—Pues voi a unirme a él.

—Fortun!

—Ya veis, señor, que no os abandono por el poder triunfante, sino por el poder caido, que no voi adular sino a pelear: espero pues que me comprendereis.

—Oh! sí, querido Fortun, dijo el de Castro echando sus brazos al cuello del jóven; os comprendo i os dejo partir. Al lado de Pizarro teneis un porvenir; al lado mio no hai ya mas que sombras, i acaso el cadalso. Partid!

I los dos amigos se estrecharon con efusion. En seguida se separaron.

Castro fué a buscar a Rodríguez, pues tenia algunas órdenes que darle; i Fortun fué a buscar su caballo para irse a donde Pizarro.

Empero, no parecieron caballo ni secretario.

—Qué hai? dijo Vaca de Castro viendo a Fortun que venia sonriéndose.

—Pues qué ha de haber, sino que se han llevado mi troton.

—I quién?

—Eso es lo que vais a tener el gusto de adivinar.

—Yo?

—Sí, vos.

—No sé.

—Pues Rodríguez, el mismo que lloraba hace poco por vuestra caida.

—El? preguntó el Gobernador estupefacto.

—Sí, señor, él, él; quien dijo al centinela al salir: Tenemos un nuevo virei, seguidme i vamos a besarle las plantas.

—I es por eso que os reis?

—No, señor; es porque el infame ha creido que a donde estaba llegando el virei era al Cuzco i no a Lima.

—Vaca de Castro meneó la cabeza con amargura, habia mucha vileza en la accion de Rodríguez para no hacerlo así.

CAPITULO XII.

LLEGADA DEL VIREI.

El pensamiento de Fortun, de que Vaca de Castro se denegase hasta por medio de la fuerza, si era posible, a recibir al virei Blasco Núñez, no era por cierto un pensamiento aislado: opinaban del mismo modo todos los españoles que tenian grandes repartimientos de indios, i que ahora los iban a perder con el nuevo réjimen.

—Sin la esclavitud de los indios, decian mui quejosos, qué va a ser de nosotros? Vamos a tener dentro de poco arruinadas nuestras haciendas, perdido nuestro prestijio de *nobles* en el pais, i, oh escándalo no visto ni oido! los indios pasarán a ser nuestros amos i jueces!....Es necesario no admitir al virei ni sus malditas ordenanzas; i, si es preciso, moriremos ántes que vernos despojados así..... Cierto que Vaca de Castro es un cobarde, i no quiere seguir nuestras inspiraciones; pero no importa, nosotros tenemos en cambio un jefe que vale mas que él: ese jefe es Gonzalo Pizarro, con cuya espada nos reputamos invencibles.

I en efecto, los españoles de aquel tiempo no se contentaban con hablar, i Gonzalo recibió diferentes embajadas de toda la colonia, invitándole a tomar el mando i poner en prisiones a Núñez i a Castro como enemigos declarados de los conquistadores, miéntras se mandaba una diputacion a España que hiciera presente al Emperador lo imprudente de su medida.

Gonzalo Pizarro habia rehusado siempre dar este paso atrevido, porque hasta entónces no habia creido propicia para sus planes ninguna de las ocasiones presenta-

das; pero en esta vez las cartas que recibia eran apremiantes, se le hacian ofrecimientos mas directos, i hasta las autoridades mismas le dirijieron notas suplicatorias, en que se le daba el nombre de *Protector de la colonia*, i se le decia el único *virei lejítimo del Perú.*

Los momentos no podian ser mas oportunos, i Pizarro, agraviado de véras con la Corona porque a la muerte de su hermano Francisco no lo habia designado para ejercer el gobierno del Perú, como creia él que de derecho le correspondia, empezó a dar prendas a la revolucion tomando sus medidas para salir a campaña.

Con todo, hízose aún por parte de algunos otra última tentativa para que Vaca de Castro i no Pizarro se pusiese a la cabeza de la rebelion, i esto no por otra cosa sino porque creian que así se le daria mas fuerza, toda vez que Castro era una autoridad lejítima, i Gonzalo no. Pero el Gobernador, noble i fiel hasta el trance postrero, contestó a sus instigadores que su deber era obedecer al monarca con razon o sin ella, sin discutir jamas la conveniencia o inconveniencia de sus medidas. I en esta virtud salió poco despues del Cuzco para Lima acompañado de un reducido número de amigos, para someterse a la voluntad del virei.

En tanto que el desairado consejero marchaba del Cuzco a Lima para obedecer al Emperador, Gonzalo marchaba de las Charcas, sus haciendas, al Cuzco para ponerse al frente de la rebelion. El pueblo i el Ayuntamiento de esta ciudad lo recibieron con palmas de triunfo, i le confirieron el dictado de *Procurador jeneral del Perú*, el cual aceptó Pizarro en la intelijencia de que "solo era por servir a los intereses del Rei, de las Indias, i, sobre todo, del Perú."

El último, i acaso el mas heroico de los Pizarros se habia ceñido la espada, i esto era bastante para que el cielo se cubriese de sombras i la tierra de espanto.

Interin pasaban estas cosas al sur del Perú, el virei Blasco Núñez seguia imperturbable su marcha ácia la nueva ciudad de los Reyes, capital hoi de la República peruana; sinembargo, el camino presentábasele cada vez mas solitario, pues nadie salia a su recibimiento, i hasta las casas i haciendas estaban abandonadas como de propósito, pues no tenian bastimentos, i sus puertas cerradas decian bien claramente al virei que sus amos no tenian gusto ninguno en recibirlo.

Andando de esta manera llegó a la venta del valle de Huaura, propiedad de Antonio Solar, la que encontró abandonada, sin fuego ni forraje, i cerradas las puertas. Con todo, apeóse el virei de su cabalgadura porque iba mui cansado, i entróse para un corredor, en donde lo primero que vieron sus ojos fué un gran letrero que decia:

"*A quien viniere a echarme de mi casa i hacienda, procuraré yo echarlo del mundo.*"

Grande fué el enojo del virei con esta amenaza, mas que directa, pero guardó silencio i disimuló por entónces; lo mas que hizo fué preguntar a Puélles, uno de los oficiales de su escolta, a quién pertenecia la tal venta.

—A Antonio Solar, natural de Medina del Campo, i actualmente proveedor de caminos, señor, díjole el interpelado.

—No los provee mal, observó el virei con acento mas de enojo que de burla; i la comitiva, arrimando espuelas a sus caballos, pasó de largo disgustada por el bochorno, el cansancio i el hambre.

Habia entretanto en Lima una ajitacion mui grande proveniente de si recibirian o no al virei. Habia dos bandos: uno porque se le rechazase a balazos, i otro porque se le recibiese de paz i dulzura, i se probase ganarlo con buenos tratos i maneras. Vaca de Castro i los rejidores Illen de Suárez i Diego Aguero, vecinos pudientes i respetables, eran de este último dictámen, el cual prevaleció.

Dió esto lugar, empero, a mil murmuraciones, pues se dijo que el simulado patriotismo de Aguero i de Suárez no era mas que interes por conservar sus destinos i haciendas; i que Vaca de Castro era un pobre hombre cuando, pudiendo, no se alzaba con el Perú. Pero lo cierto fué que todos se pusieron de gala i se aprestaron a recibir de buen grado al virei.

Vaca de Castro i el obispo de Lima, don Jerónimo Loaisa, vinieron hasta tres leguas acá del poblado, donde los recibió el de Núñez con toda la distincion i aprecio que les eran debidos. Mas adelante, ácia el paso del Rimac, halló la comitiva a Garci-Diaz, obispo de Quito i todo su cabildo eclesiástico, i habiéndose apeado el virei i los principales señores que lo seguian, hubo gran regocijo por una i otra parte, se echaron vivas a Su Majestad el Emperador Cárlos V, i casi nadie volvió a acordarse de las malhadadas ordenanzas ni de sus portadores.

A la entrada de Lima estaba el cabildo, junto con todos los vecinos i caballeros principales. El virei llegó i saludó afablemente, pero apénas se le contestó en tono de ceremonia.

Pretendian seguir, pero adelantándose un paje a una señal del factor Suárez, cojió el caballo del virei por la brida i tomándole el estribo, indicó a este que era llegado el momento de apearse. Hízolo así Blasco Núñez sin manifestar embarazo.

Toda la numerosa comitiva siguió al punto su movimiento, i el pueblo, que habia concurrido al espectáculo en todo su número, se descubrió i guardó un silencio sepulcral.

Oyóse entónces en medio de este silencio la voz solemne i cascada de Suárez, que decia al virei a nombre de la ciudad:

—¿Jurais por Dios, nuestro Señor, guardar los privilejios, franquezas i mercedes que los conquistadores i pobla-

dores del Perú tienen de Su Majestad, i que los oiréis en justicia respecto a las ordenanzas?

—Juro, respondió el virei con un acento no ménos intencionado que el del factor, que haré todo lo que convenga al servicio del Rei i bien del Perú.

Este juramento no tenia mucho de esplícito que digamos, i pueblo i soldados llevaron su descontento hasta prorrumpir en sordas murmuraciones.

No dejó Blasco Núñez de percibir esta mutacion, pero, asiendo la brida de su caballo, requirió su espada, terciése el chambergo, i montó de nuevo sin dar señal alguna de conmocion o pena.

Siguiéronle todos en el mayor silencio, pues el entusiasmo anterior se habia acabado con lo equívoco del juramento del virei, i nadie volvió a decir nada, aunque sí se mirasen todos por lo bajo con cierto jesto de intelijencia i disgusto.

Metiéronlo en seguida bajo de un ancho palio de brocado, cuyas varas de plata maciza sustentaban los rejidores vestidos de raso carmesí forrado en damasco blanco; echáronse a vuelo las campanas, tocaron las bandas de música, i condujéronlo poco a poco hasta la iglesia mayor por medio de calles revestidas con mucho arte de juncia i laurel, i por debajo de arcos de flores construidos con variedad i elegancia.

Delante, i como emblema de autoridad i de poder, cabalgaba un caballero principal llevando en alto una maza de armas.

En la iglesia mayor o catedral se cantó un *Te Deum*, i despues se condujo al virei al antiguo palacio del marques Francisco Pizarro, donde se le dejó con su familia, despues de unas pocas i no mui determinadas palabras, que respecto de su mision i las ordenanzas, dirijió al pueblo en medio de un silencio jeneral.

Aquel pueblo, tan entusiasta por sus reyes i tan fiel

siempre a la Corona, no tuvo un solo viva ni una sola sonrisa para su virei!

El precedente no podia ser mas funesto.

Al bajar la escalera del palacio, Vaca de Castro tropezó con su secretario Rodríguez, a quien no pudo ménos de decir:

—Buen chasco os llevasteis, señor, el otro dia; creí que hubierais llegado demasiado tarde.

—Pudo ser así, pero no ha sido, respondió el viejo poniéndose rojo hasta las orejas; i creo que llegué mas oportunamente que vos.

—Los traidores i mercenarios siempre llegan con oportunidad, repuso Castro con orgullo.

Seis u ocho caballeros que los rodeaban se cambiaron una mirada fria i descompuesta, pues no sabian cómo esplicarse la dureza de las palabras del consejero; pero Rodríguez cortó el nudo, diciendo:

—Oh! señor, i que chancero estais hoi.... dejadme pasar, pues quiero que no ignore el virei todo el buen humor que ha producido en vos su llegada.

I el viejo se escabulló lanzando llamas por los ojos.

CAPITULO XIII.

EL SELLO REAL.

Indispuesta un tanto la Audiencia con Núñez desde Panamá, se habia quedado atras, por lo que no llegó a Lima sino algunos dias despues.

Componíase de cuatro jueces, que eran Cepeda, Zárate, Alvarez i Tejada; o como decia el virei: un mozo, un loco, un necio i un tonto. El necio era Tejada, que tenia encima el gran pecado de no saber latin; el mozo, Cepeda, Juan Alvarez el loco i Zárate el tonto.

Llegados los oidores a Lima, instalólos Núñez en su mismo palacio con toda la pompa posible, i tuvo con ello

su primer conferencia. Resultó de ella que todos cuatro, escepto Cepeda, quien no dijo ni *si* ni *no*, eran de opinion que se suspendiese el cumplimiento de las ordenanzas, miéntras se daba cuenta al Emperador de lo mal que habian sido recibidas en la tierra i del mucho peligro que habia en quererlas llevar adelante. Pero Núñez se sostuvo en que no, i desde ese dia virei i Audiencia quedaron en abierta pugna.

—I bien, Cepeda, qué decís vos de la obstinacion de Blasco Núñez? preguntó a este Zárate a la salida de la conferencia.

—Qué he de decir, sino que vosotros sois la mayoría i que debeis sosteneros en vuestro dictámen.

—Pero.... ¿i los conflictos que surjirán necesariamente de esta colision?

—Vosotros lo veais, repuso Cepeda, pero él no es mas que un viejo tonto i caprichoso, al paso que vosotros sois tres.

—Eso es, que ceda él, observó Alvarez.

—O que no ceda, interrumpió Cepeda; allá se las haya con el pueblo. La cuestion es puramente de cabeza.

—Cómo de cabeza? preguntó Tejada; yo la creia de dignidad de cuerpo.

Los tres oidores restantes soltaron la risa.

—Pues qué? insistió Tejada ruborizándose.

—Pues qué? dijo Cepeda riéndose aún. La cuestion no es, amigo querido, de dignidad de cuerpo, sino de seguridad de pescuezo. No veis que si se insiste en llevar adelante las ordenanzas nos van a degollar aquí como unos corderos.

—Ah! esclamó Tejada sudando a grandes gotas; entónces hai que sostenernos a todo trance.

—Es mi parecer, afirmó Zárate.

—Pero no el mio, repuso Alvarez; yo no creo que corramos un riesgo mui grande.

—Qué? interrumpió Cepeda. Nosotros somos apénas cuatro, cinco con el virei, i los conquistadores son tres mil. Tres mil hombres sin lei i sin conciencia, que no tendrán escrúpulo en matarnos i reirse del Emperador i de sus ordenanzas.

—Reirse del Emperador....? observó Tejada escandalizado.

—Sí, reirse, repuso Cepeda con intencion; reirse porque el Emperador está a dos mil leguas de distancia, i con dos océanos i un continente de por medio.

—Pues! esclamó Zárate a boca llena.

—Si tal, dijo Alvarez reflexionando; empiezo a creer que el paso es atrevido, pues si llevamos las ordenanzas a puro i debido efecto, se quedarán estas jentes de la noche a la mañana sin haciendas ni esclavos; i qué grita la que van a armar!

—Ya veis, pues, señores, dijo Cepeda, que es preciso tomar una determinacion i obrar en perfecto acuerdo; de lo contrario podemos ir mandando decir misas por nuestras almas.

—Proponed, pues, observó Zárate.

—Mi opinion es el que nombremos un jefe, de manera que sea este el que lleve la voz en todas nuestras conferencias con el virei, a fin de no ponernos en contradiccion. Propongo por mi parte a Zárate.

—No, dijo el candidato; vos, Cepeda, debeis ser ese jefe, vos sois el presidente de la Audiencia; i ademas Núñez os aborrece lo bastante para que no le demos tortura con ello.

—Eso es, hagámoslo rabiar, observó Alvarez.

—Convenís? preguntó Tejada.

—Sí, sí, respondieron los cuatro golillas a un tiempo, i una gran carcajada puso término a aquella primera conferencia de rebelion.

Despidiéronse en seguida, i cuando ya iban a alguna

distancia de Cepeda, dijo este arreglándose la toga i lanzándose a la escalera que conducia al aposento del virei con la lijereza de un gamo,

—Ya hemos hecho bastante por este lado, pensemos en hacer algo por el otro.

Blasco Núñez habia llegado a Lima el 17 de mayo de 1544; pero como se habia adelantado a la Audiencia, el real sello no llegó a la ciudad junto con él, sino unos dias despues. Recibióse este chisme de la monarquía con el mismo respeto i reverencia que si fuera Su Majestad en persona, pues entró a Lima en una magnífica caja de madera, sobre un soberbio caballo mui bien aderezado, a que conducia por la brida un rejidor, i bajo el mismo palio de brocado i plata que habia servido para el virei, cuyas varas llevavan en alto los miembros del cabildo vestidos de ropas rozagantes i aderezados como para un acto solemne.

—Virei, perdonad, dijo Cepeda entrando, pero seria mui conveniente que dieseis cierto estreno al sello que acabamos de recibir.

—Qué estreno? preguntó Núñez distraido.

—Este, por ejemplo, dijo Cepeda, i presentó a Núñez una órden escrita de su puño en que se mandaba aprehender i poner en prision pública al caballero Vaca de Castro, del consejo de Su Majestad.

—Estais loco, señor? dijo Núñez devolviendo asombrado el pliego al oidor.

—Vos, señor, lo estareis sino adoptais inmediatamente la medida de salvacion que os vengo a proponer.

—I por qué? preguntó Núñez asustado, pues empezaba a desconfiar de todos i de todo.

—Porque Vaca conspira, dijo Cepeda, con la misma sencillez que si hubiera dicho *porque Vaca es un estimable sujeto.*

—Que conspira, decís?

—Sí, señor.

—Él; un caballero tan leal?

—Ese caballero *tan leal*, conspira, señor.

—Las pruebas? preguntó el de Vela jadeante, porque él mismo no se encontraba mui seguro.

—Bien, señor, me habeis pedido las pruebas, i voi a dároslas. Empero, perdonad si paso a proponeros ántes alguna cuestion.

—Hablad.

—Creeis, señor, en mi plena fidelidad a la Corona?

—Sí creo.

—Creeis igualmente en mi penetracion para que no se me escape nada de lo que pase?

—Sí creo igualmente.

Satisfecho Cepeda de haber dado al virei dos golpes seguros, quedó un rato cabizbajo i como concentrado en alguna meditacion profunda. Núñez, que no era ménos confiado que su confidente, lo miró por algun tiempo al soslayo, i no pudo ménos que sentirse interesado ante aquel jóven, que ántes de salvar el pais con la revelacion de algun secreto importante, pedia fuerza i verdad a su espíritu para ser fiel i oportuno en sus informes.

Cepeda, por su parte, tambien observaba al virei, i cuando leyó en su frente ancha i jenerosa, toda la impresion que se habia propuesto producir, levantó de pronto la cabeza, i dijo:

—Habeis visto, señor, que durante la ceremonia del recibimiento del sello real, han salido por la esquina misma de la plaza mayor unos cincuenta jinetes, armados de punta en blanco, i como haciendo alarde de que los vieseis vos?

—Sí, los he visto, respondió Núñez cada vez mas reconcentrado.

—I sabeis a dónde iban esos jinetes?

—No lo sé.

—Pues, señor, esos jinetes iban al Cuzco, enviados por

Vaca de Castro a Gonzalo Pizarro.

—Qué decís? esclamó el virei dando una patada tan violenta en el suelo que tembló su espada i se ajitaron como movidos por la brisa todos los pliegues de su gola.

—Unicamente la verdad, señor.

—Imposible! insistió el virei; no puedo creerlo.

—Lo creeriais, señor, sin vaçilar, si supierais como sé yo, que no fué mas que se supo en el Cuzco que veniais vos, cuando para cerciorarse de la verdad, despachó el consejero en comision hasta la costa a un tal hidalgo Fortun, mui su confidente; el cual volvió a las pocas semanas trayéndole noticia de nuestro arribo a ellas, junto con nuestra comision i facultades, cosas que lo pusieron tan fuera de sí, que juró por su nombre i por su espada daros muerte i esterminar a cuantos con vos viniesen; porque decia que el Perú era de él, i solo de él, puesto que para eso lo habia ganado en la batalla de Chupas i en la plaza pública del Cuzco, haciendo degollar al traidor Almagro.

—Eso dijo? interrumpió el virei rechinando los dientes de cólera.

—Sí, señor, dijo secamente el oidor.

—I a todo esto qué dice la Audiencia?

—Poco importa lo que ella diga, señor, lo que hai es que la dignidad de la Corona exije que no cejeis vos en un solo punto, i que lleveis a cabo el planteamiento de las ordenanzas aunque haya de costarnos a todos la vida. I ¿qué es morir, preguntóse en seguida el patriota jóven, radiante de serenidad i estoicismo, cuando se muere con la satisfaccion i el orgullo de haber cumplido con nuestro deber?

—Es decir que vos sí estais porque yo me sostenga?

—Así es la verdad.

—I que mande prender a Vaca de Castro?

—Olvidais, acaso, que se halla resentido con vos porque para dároslo el Emperador le quitó el puesto que

tenia? Oh! dejadlo libre, i será el primero en irse al campo rebelde, cuando vea que vamos a proceder en todo de acuerdo, i que pondremos en planta las ordenanzas mal que les pese a estos indignos hijos de Castilla!

—No hai duda.

—Creedme, Blasco Núñez, o sostenemos al monarca cumpliendo en todo con su real voluntad, i damos golpes certeros como el de la prision de Castro; o nos perdemos cediendo a las exijencias audaces de estos aventureros. Oh! señor, yo apelo a vuestra humanidad; echad una mirada en torno, i ved la insolencia con que tratan estos conquistadores al indio infeliz. Para ellos no vale nada, ni la pureza de las vírjenes, ni la santidad del hogar doméstico. Son mas fieros que los monstruos, señor.

—Oh! Cepeda, i cuánto me complace el oiros hablar así. Quiere decir que tendré en vos un apoyo invaluable?

—Sí, señor. Pero firmad; preso el de Castro, poco tendremos que temer a Gonzalo.

—Lo creis? preguntó Blasco Núñez con caballeresca resignacion.

—Lo exijo en nombre de la Corona.

—Bien, sentaos i agregad un párrafo mas sobre confiscacion de los bienes del reo.

Cepeda obedeció, i miéntras Núñez firmaba, dijo para sí lleno de un deleite supremo:

—Torpe Núñez, me entregais al rival que mas temia.

Diez minutos despues estaba Castro en la cárcel pública.

Tal fué el primer empleo del sello real.

CAPITULO XIV.

EL CABALLERO DE LA CAPA NEGRA CON CABOS DE PLATA.

Vaca de Castro era de una naturaleza altiva i habia sido mui honrado en el Gobierno del pais para que tu-

viera muchos amigos; sinembargo, lo perseguia el virei, i era necesario poner el grito en los cielos i hacerle la oposicion por cuantos medios se pudiera. Fué por esto que los mas encarnizados contra Núñez i contra las malditas ordenanzas, regaron la noticia de la prision del consejero por toda la ciudad, alborotaron los barrios, i dijeron que no tardarian en ser ahorcados todos, pues que Blasco Núñez era un tirano, cruel por instinto i por ambicion, i que su objeto era esterminarlos a todos para apoderarse de sus caudales i haciendas.

Creció la escitacion rápidamente, se formaron corrillos en todas las esquinas de la plaza mayor, hubo gritos, amenazas i hasta mueras a Núñez; acabando por mandar a palacio una comision de vecinos notables, para que hiciese presente a aquel, lo temerario del paso que acababa de dar, i la conveniencia pública que habia en no exasperar al pueblo con tales medidas, pues que el Perú todo no era ya mas que una inmensa mina, dispuesta a arder i estallar a la primera provocacion.

Consultóse, no obstante, esta medida con los oidores, i estos se remitieron a Cepeda, como su presidente, i segun su convenio particular. Recibiólos el astuto licenciado con la mayor cordialidad, afeó claramente la conducta de Blasco Núñez; dijo que traspasaba en todo las instrucciones de la Corona; que Mendoza, el sabio i prudente virei de Méjico, habia suspendido las ordenanzas i dado cuenta al Emperador, haciéndole presente lo inconsulto i arbitrario de ellas, i que el pueblo peruano no debia *nunca* permitir que se le rebajase i empobreciese hasta donde queria rebajarlo i empobrecerlo el virei; que la Audiencia, i él como presidente de ella, estaban resueltos a no apoyar al virei en nada, i que si era preciso lo depondrian para dar esa buena leccion a su insolencia i a su avaricia.

Los agriados ánimos de los conquistadores no querian que les hablasen otro lenguaje que el revolucionario en que

les hablaba Cepeda, por lo que lo cubrieron de lisonjas i aplausos, i le ofrecieron sus bienes i sus espadas, por si queria ponerse al frente del movimiento que se intentaba contra Blasco Núñez de tiempo atras.

Respondióles a esto el noble licenciado:

—Señores, por fortuna o por desgracia, no sé cómo calificarlo, yo no tengo ningun linaje de ambicion; de tener alguna seria la de cumplir con mi deber como togado i hombre de relijion i moral. No puedo aceptar, por tanto, los jenerosos ofrecimientos que me haceis. Mi única dicha es vivir retirado de los negocios públicos, entregado a mis libros i prestando a mi rei i a mi pueblo los pocos servicios que me sea dado prestarles en mi calidad del mas humilde de todos los castellanos; pero id en la seguridad de que derramaré hasta mi sangre en sostenimiento de vuestros derechos, i de que seré el primero en combatir la tiranía del virei i sus locas cuanto terribles pretensiones.

El golpe se habia dado por quien lo entendia, i los conquistadores se retiraron de donde Cepeda llenos de esa santa admiracion que produce siempre la presencia de las grandes escenas, en que el hombre se eleva sobre todas las miserias de la vida, i se ostenta maravilloso de desprendimiento i heroico de abnegacion i bondad.

I era de verse, a la verdad, cómo se llenaban de lágrimas los ojos de aquellos encanecidos veteranos, al oir al jóven Cepeda hablarles en ese lenguaje, que ellos llamaban de la justicia i de la razon, nada mas que porque era el lenguaje de su interes.

Reforzados pues con el apoyo de Cepeda, quien, aparte de sus bellísimas prendas personales, era el presidente de la Audiencia, los amotinados se dirijieron donde el virei, i le pidieron la escarcelacion de Castro i la suspension de las ordenanzas.

Recibiólos Blasco Núñez con toda la dignidad, por no decir orgullo, que era característica en aquella época en

los hijosdalgo de Castilla; cosa que no pudo ménos de chocar a los ojos de los solicitantes, que acababan de dejar a Cepeda, tan urbano i cortes como ningun otro hombre de los que habian pasado a América.

—I bien, señores, qué me demandais? dijo el virei viendo que la sala de su despacho estaba cuajada de soldados i jente del pueblo, pero que nadie osaba decirle palabra.

—Lo que venimos a demandaros, señor, dijo el factor Suárez adelantándose con paso seguro i descubriendo su noble cabeza rodeada de canas, es que mandeis dar otra prision que la cárcel pública al caballero Vaca de Castro. Él es del consejo de Su Majestad, i ha sido Gobernador de la tierra, i ya veis que, sean cuales fueren sus culpas, es justo que se le rinda algun acatamiento, aunque mañana o ese otro dia haya que cortarle la cabeza en la plaza mayor.

—I quién me responderá de la seguridad del reo? preguntó Blasco Núñez paseando su mirada orgullosa por toda la multitud, cuyas miradas iban apagándose una a una al brillo fosforecente de sus ojos, i cuyas cabezas plebeyas no podian mantenerse erguidas ante la cabeza gris i levantada del virei.

—Yo, señor, dijo con templanza el factor aunque con un gusto enteramente esquisito.

—Vos? insistió el virei; pero sabed que la fianza ascenderá a cien mil castellanos de oro.

—No teneis mas que decirme ante quién debo depositarlos, respondió Suárez con una posesion que encantó hasta al virei, capaz, mas que ninguno, de comprender esos arranques del orgullo herido i vencedor a un mismo tiempo.

—Pues bien, depositadlos ante el tesorero de la Corona, e id á decir de mi parte a Vaca de Castro que el virei

Blasco Núñez tiene a bien designarle por cárcel la casa real.

Suárez se inclinó con mucha cortesía, i todo el concurso salió tras él murmurando:

—Ya lo veis, señores, el virei lo que quiere es dinero. Cien mil castellanos! no es malo para ser el primer tarascon.

—Triste de mí! esclamó en aquel punto el secretario Rodríguez, que como correvedile de la ciudad se habia metido entre los amotinados i seguídolos a casa de Cepeda; triste de mí, pues no hai duda que he equivocado la suerte: al oidor Cepeda era a quien yo debia haber ofrecido mis servicios, i no a este estirado de Núñez. Cepeda es a todas luces un muchacho de esperanza, al paso que este viejo del virei mala cuenta va a dar de su mision.

Rodaban así las cosas, que por cierto no era rodar mui bien para el virei, cuando una mañana, estando este asomado a un balcon, vió pasar por la plaza a un caballero envuelto en su capa, i que lo miraba con aire socarron; por lo que no pudo ménos de preguntar a Rodríguez, que estaba detras de él:

—I bien, buen Rodríguez ¿acertareis a decirme quién es ese caballero, cuya traza toda es de no hacerla limpia?

—Cuál? preguntó Rodríguez ¿ese de la capa negra con cabos de plata?

—Sí, ese.

—Un tal Antonio Solar, aposentador de caminos públicos.

—Antonio Solar! repitió el virei montándose en ira; pues bajad a él i decidle que suba, que tengo que hablarle.

Obedeció Rodríguez, i un segundo despues ya estaba el de la capa negra con cabos de plata en la presencia del virei.

—Dejadnos solos dijo este a Rodríguez, el cual obedeció.

I luego volviéndose a Solar:

—Sentaos, señor, que tenemos que hablar.

—Sea, dijo para sí Solar sentándose; i ¿si me habrá metido ese diablo de Cepeda en una de que no pueda zafarme?

—Cuál es vuestro nombre? preguntó el virei parándose con majestad a algunos pasos del recienvenido.

—Antonio Solar, para serviros, señor.

—Es decir que no lo negais?

—El qué, señor? Mi nombre? no tengo porque avergonzarme de él.

—Bien, dijo Núñez continuando. Sois vos el dueño de la venta i dormida del valle de Huara?

—El mismo, señor.

—I por qué huisteis de mí cuando yo me acercaba a ella, me cerrasteis las puertas i no dejasteis cosa de servicio ni de bastimento para mí ni para mi jente?

—Porque al que viene con la mision que vos habeis venido de la Corona no debe recibirse como amigo.

—Es decir, observó Núñez con los ojos inflamados de cólera i el labio temblante, que, segun eso, fuisteis vos quien escribió en la pared de la venta aquellas palabras desvergonzadas, que van a costaros la vida?

—Sí, señor, yo fuí, i si no puse mas fué por falta de tiempo, aunque no de voluntad.

—Pues sabed, mal caballero, que si las paredes son papel de atrevidos, en esta vez habeis dado con un hombre que no se deja insultar; i sacando su daga dió un paso vacilante i frenético ácia Solar.

Creyó este llegado el momento que esperaba, i lanzándose al corredor que daba sobre la plaza, gritó:

—Socorro! señores, que el virei me asesina!

Quiso la casualidad que en aquel punto estuviesen de-

partiendo debajo del balcon algunos caballeros de Lima, i entre ellos el factor Illen de Suárez, Cepeda i otros, quienes saliéndose de la acera i mirando ácia arriba tuvieron tiempo de ver a Solar que huia i a Núñez que se paraba en el quicial de la puerta frio i pálido como un cadáver i con la daga suspendida en los aires.

—Dios santo, qué pasa! esclamó Cepeda i se lanzó dentro del palacio seguido de una multitud de personas.

Cuando llegaron al salon, el virei se paseaba tranquilamente por él, pero la palidez no habia desaparecido de su rostro, i Solar hacia el papel de que no se atrevia a salir de entre la penumbra del corredor.

—Qué pasa, señor? dijo Cepeda el primero.

—Llamad a ese insolente i preguntádselo, contestó el virei tendiendo el brazo con altivez ácia la parte donde estaba agazapado el ventero.

—Qué ha de pasar, señores? dijo este saliendo de su escondite, sino que el señor virei ha querido matarme porque diz que yo escribí no sé qué letrero; i ha llevado su maldad hasta querer que yo me colgase buenamente de esta columna (el de la capa negra mostró una) miéntras él hacia el oficio de verdugo i me ahorcaba.

La chuscada no dejaba de ser oportuna, i todos los circunstantes soltaron la risa, escepto el virei, quien volteó a mirar a Solar pensando que en sus ojos habia bastante poder para pulverizarlo.

—I qué? preguntó Cepeda en medio de la hilaridad jeneral.

—I como yo me resistiese, continuó Solar, ha querido compelerme a ello amenazándome con su daga.

—Mentís! gritó Núñez con reconcentrado furor.

—Oh maldad inaudita! esclamó el oidor Alvarez llegando casi ahogado de correr.... atreverse así a un vecino de las condiciones de Antonio Solar.

—Sí, es una infamia, dijeron varias voces simultáneamente.

Núñez volteó a mirar con desprecio al licenciado, i dijo en seguida:

—Vos, Solar, daos preso en la cárcel pública, i vosotros, señores, despejad; nada tengo que ver con vosotros.

—Esa determinacion es arbitraria, dijo Cepeda, i me opongo a ella como presidente de la Audiencia.

—Callad, oidor, dijo el de Núñez, soi el virei; i la lei me concede el derecho de matar hasta con mi propia mano a los que me venga en voluntad.

—No hai mas voluntad, que la razon i la justicia.

—Bien dicho! esclamaron algunas voces del pueblo.

—Digo que os retireis, señores, insistió Núñez con acento de amenaza; mirad que voi a llamar a mis guardias.

—El virei dice que nos matará, dijo uno de los mas cercanos al teatro de las contestaciones.

—Qué nos mate! qué nos mate! dijeron los que estaban en los corredores i en las escaleras, i que no sabian mas de lo que estaba pasando que si estuvieran en la China o en Roma.

—Bien, dijo Cepeda, puesto que el señor virei lo ordena, retirémonos todos; pero vos, Solar, no le obedezcais, nó vayais a la cárcel, que no teneis por qué. En cuanto a la tentativa de asesinato que nosotros mismos hemos presenciado, se dará oportuna cuenta a la Corona.

—Viva Cepeda! viva el presidente de la Audiencia! gritaron en ese punto en la plaza i en el palacio, i salió todo el mundo en tropel, en tanto que Blasco Núñez, furioso como un tigre sin uñas, caia casi desmayado sobre una otomana.

Al llegar Cepeda al último peldaño de la escalera, se le acercaron dos hombres a la vez. Fué el primero Solar quien le dijo al oido:

—Habeis quedado contento de mí?

—Oh! sí, Solar, i no lo olvidaré jamas.

El otro de los hombres era un viejecito de rostro rubicundo, ancha calvicie i risa zalamera; el cual le dijo:

—Oidor! oidor! sois un prodijio, i le apretó la mano cordialísimamente.

Este viejecito era el secretario Rodríguez.

Núñez no acertaba a esplicarse lo que le pasaba; la insolencia de Solar lo tenia como magnetizado i la doblez e infamia de Cepeda, de quien no habia sido hasta entónces mas que un instrumento infeliz, llenaron de tanta amargura su corazon, que estuvo a punto de desesperarse. Su impopularidad era ya una cosa innegable. Empero, no era el virei de esas naturalezas que se abaten i rinden con los primeros golpes; orgulloso por temperamento, devoto i honrado, no quiso ver otra senda que la que le demarcaban sus juramentos a la Corona, que, por otra parte, era tambien la simpática a su corazon, i se lanzó por ella lleno de valor i de fe. El monarca lo habia mandado al Perú a hacer cumplir la lei, i él queria cumplirla fuesen cuales fuesen los resultados. Su causa era la causa del indio infeliz i desvalido, robado de su hogar, pobre, esclavizado; i la causa de los conquistadores era el pillaje i el oro. Semejante al Cristo que debia salvar media humanidad, Blasco Núñez no quiso mostrarse inferior a su destino de héroe i redentor, e intérprete fiel de las voluntades de Las Casas i Cárlos V, desafió imperturbable la cólera de ese resto de jeneracion de hierro que habia encadenado i vencido a los incas. En frente de él se levantaban como jigantes invencibles Gonzalo Pizarro en el Cuzco, Cepeda en Lima i Vaca de Castro, el poderoso consejero de Su Majestad, en la cárcel misma!

Todo esto i mas veia el noble virei en el oscurecido horizonte de su Gobierno, pero templada su alma para los peligros i para la gloria, paróse de repente de la silla en que estaba sentado, i resumiendo, en un solo grito, todos los gritos i todas las amarguras de su alma, dijo:

—No importa, no, que vengan: los espero.

En seguida llamó a Puélles, uno de sus oficiales de servicio, i le dijo:

—He recibido esta mañana pliegos del sur en que se me da por hecha la espedicion de Gonzalo contra mí, tomad pues veinte jinetes de los mejor montados del servicio, e id a estacionaros a Guanuco en observacion. Allí os comunicaré mis órdenes en adelante.

—Confiad, señor, en mi celo por vos i la Corona.

I el oficial se dispuso para retirarse.

—Mirad, dijo de nuevo el virei, decid al salir a Díaz que vaya a casa del factor Illen de Suárez i le diga que lo espero esta noche despues de la queda.

Puélles salió dando gracias al cielo de que se le presentase una buena ocasion de pasarse a Gonzalo, escojiendo para ello veinte soldados de su confianza, i Núñez se quedó pensando en el arriesgado paso que iba a dar.

El tambien habia concebido su plan.

CAPITULO XV.

LAS DOS SERPIENTES.

En tanto que Puélles se alejaba de Lima i Díaz cumplia su comision cerca del factor, el secretario Rodríguez deslizándose como una serpiente por las calles de la ciudad, llegaba jadeante a la puerta del aposento de Cepeda, i daba algunos golpecitos mui bajos a la mampara.

—Quién vá? preguntó adentro el licenciado.

—Un amigo, respondió Rodríguez tratando de falsear un poco la voz por si Cepeda no estaba solo.

—Perdonad, dijo este despues de un rato de silencio, pero estoi sumamente ocupado i no puedo recibir a nadie.

—Estais solo? volvió a preguntar el secretario sin curarse de la despedida del oidor.

—Sí lo estoi, pero no puedo abriros; perdonad, i volved despues.

—Abridme, oidor, pues os va en ello la libertad, i acaso la vida, repuso Rodríguez siempre desfigurando la voz.

—Lo que me va es la paciencia, si no os retirais.

—Mirad, soi yo, Rodríguez, vuestro amigo, vuestro admirador.

—Perdonad, dijo Cepeda levantándose i ocultando unos papeles debajo de la carpeta roja de la mesa en que estaba trabajando; no os habia conocido.

En seguida dejó la entrada libre al delator.

Entró este haciendo mil cortesías, con el chambergo en la mano i el rostro bañado en adulacion.

—Sentaos, i hablaremos, dijo Cepeda brindando un asiento al secretario despues de haber cerrado la puerta con llave. I qué tenemos de nuevo?

—Ai! señor, lo que tenemos de nuevo es una cosa tan grave que no se alcanza ni a imajinar!

—Qué cosa?

—No sé si deba....

—Oh! por lo que es eso tened en mí la misma confianza que en un confesor.

—Pero es el caso....

—Hablad, Rodríguez.

—Pues bien, el malvado del virei intenta prenderos.

—A mí!

—A vos.

—I por qué?

—Vaya! pues porque tiene miedo a vuestras virtudes i a vuestro talento, i quiere quitaros de en medio como a ese bestiaza de Vaca de Castro.

—I despues?

—I despues.......ah! sí, despues amaneceis un dia cualquiera muerto en la prision......pues, de apoplejia

con los ojos saltados i la lengua afuera, i nadie se volverá a acordar de vos.

Cepeda se puso encendido como una brasa; luego preguntó:

—Decís que estoi mandado poner preso?

—Sí, señor, yo mismo he tenido la pena de escribir la órden.

—A quién va dirijida?

—Al factor Illen Suárez de Carvajal.

—I cuándo debe ejecutarse.

—Esta noche, entre nueve i diez: despues de la queda. Ya comprendeis, se trata de que nadie pueda estorbarlo. Es la hora de los asesinos.....

Cepeda sintió que su cabeza se perdia en un océano entero de cavilaciones i dudas, i se levantó de la silla para respirar mas a su sabor la brisa que penetraba por una ventana de la estancia.

—Yo, señor, continuó Rodríguez, que desde que os ví os profeso una simpatía ardiente i desinteresada, me dije: es necesario salvar al oidor a riesgo de cualquier cosa, i por eso he venido volando para preveniros. Vamos! i qué pensais hacer, mi buen señor?

—Nada, sino que el virei haga su voluntad.

—Pero os vais a perder.

—No importa: es servicio del Rei.

—Mirad, dijo Rodríguez con una sonrisita maligna, que hizo resaltar mas el color bermejo de su rostro de sátiro; vos teneis desconfianza de mí, i no me decís....

—Desconfianza de vos, i por qué?

—Porque creeis que yo voi en seguida a venderos a Blasco Núñez.

—I suponiendo que así fuera?....

—Diria que me conoceis aún poco, porque eso seria comprender mui mal mis intereses. Entre todos los hombres que han venido al Perú desde la conquista para

acá, e inclusive el marques Pizarro, el único hombre de corazon i positivo talento, sois vos, señor.

—I qué ?

—I qué ?....pues que solo a vuestro lado puede hacerse fortuna. Vaca de Castro era mui severo, i Núñez es mui orgulloso. Solo vos, señor, sois el perfecto.

I Rodríguez miró a Cepeda con todo el aire estúpido i zalamero de la adulacion.

—Suponiendo que todo eso que decís sea cierto, observó el oidor con cabal i humilde resignacion, es lo cierto que yo no aspiro a nada ni quiero nada. Para mí es lo mismo una cárcel o una diadema, segun convenga al reino o al capricho de mis superiores.

El secretario no quiso dejarse engañar por el acento de conformidad del letrado, i levantó los ojos para mirarlo al rostro i sondear por él lo que pasase en su corazon; pero era tal la actitud de franqueza i la conformidad del oidor al espresarse así, que Rodríguez no supo a punto fijo si se las estaba viendo con un santo del desierto, o con un demonio. Sinembargo, se atrevió a murmurar:

—No pensabais así el otro dia.

—Cuándo ?

—Cuando tuvisteis a bien pedirme algunos informes privados sobre el consejero, i sobre cómo habia recibido la noticia de vuestro arribo i el del virei a las costas del pais.

—Ah ! ah! dijo Cepeda tosiendo a fin de no hacer caer en cuenta a Rodríguez de que acababa de ponerse colorado; era para pesar en mi conciencia si debia dejársele preso o libre por su conducta, caso que me consultase el virei.

—I parece que pesó mucho en vuestra conciencia, señor.

—Por qué, Rodríguez ? preguntó Cepeda con la candidez de una doncella.

—Porque ese mismo dia pasó el de Castro de su casa a la cárcel.

El licenciado tuvo otra vez necesidad de toser. Luego dijo:

—Nada de eso, si el virei no me consultó.

—Bien, oidor, dijo Rodríguez levantándose para marcharse, cuidado como,respecto a vuestra prision,sí consulta con alguno en cuya conciencia de amigo de su negocio, peseis mucho.

Cepeda alcanzó a columbrar cierto airecillo desagradable en las palabras de Rodríguez, disgustado de que el oidor no tuviese confianza en él, i se vió amenazado de un riesgo mortal.

Como hombre de mundo, conocia que nada desagradaba tanto a los traidores i delatores como el que no se hiciese confianza de ellos. Llevó, pues, su mano al jubon, i dijo:

—Os habeis picado, Rodríguez, porque creeis que desconfio de vos; pero no es eso, i en prueba de ello, ahí teneis esa bolsa con cincuenta ducados de oro. Pedid a Dios porque el bueno del virei desista de mi encarcelamiento.

—Oh! señor, i cuanta bondad es la vuestra, esclamó el secretario cayendo a las plantas de Cepeda; no lo olvidaré jamas.

—Podeis volver por otros cincuenta si es que se conjura el peligro.

—Así lo haré.

En seguida se separaron las dos serpientes. Rodríguez contento porque a él no le importaba que el oidor creyese o no en sus delaciones, ni le hiciese confianza de sus planes, sino que le diese dinero; i Cepeda contento tambien porque acababa de concebir una idea que aproximaba un noventa i cinco por ciento el éxito, i el éxito bueno de sus planes.

El digno del majistrado aspiraba nada ménos que a la corona del Perú, i confiaba de sobra en su maldad para ceñírsela.

Cuando se vió desembarazado de Rodríguez, echóse encima la toga, púsose el sombrero i se lanzó a la calle.

En el camino encontró al virei que salia a dar un paseo a caballo por los arrabales de la ciudad, i cambióse con él un saludo de hermanos; luego se aproximó mas a la acera de la plaza, i por último se deslizó en el patio del palacio como una sombra. Subió la escalera, i en su descanso encontró a Díaz, el oficial compañero de Puélles, que montaba la guardia, i llevándoselo a un corredor lejano tuvo con él una larguísima conferencia.

Lo que pasó entre ellos solo lo supo por entónces Dios que *los* veia.

Medía hora despues Díaz hacia meter dos arcabuceros por una puerta secreta que estaba en el salon principal i que daba a la calle, i Cepeda volvia a su habitacion resignado mas que nunca a ir a acompañar a Vaca de Castro a la cárcel pública.

CAPITULO XVI.

EL CANTO SALVAJE.

Ya es tiempo de que digamos algo de uno de los mas importantes personajes de esta historia i que las circunstancias nos han hecho descuidar totalmente.

Hablamos del príncipe Manco.

Retirado despues de sus últimas desgracias militares a un pueblo de las montañas mas apartadas de su imperio, vivia allí en compañía de seis españoles, sus amigos, i de su hija Jilma, que frisaba entónces en los catorce años.

Manco habia sabido la venida de Blasco Núñez al Perú i tomando informes detenidos de su condicion i bravura, le envió una embajada secreta, proponiéndole una alianza ofensiva i defensiva, que el astuto político tuvo por conveniente no rechazar.

Los dos pues eran amigos, i se comunicaban frecuentemente por medio de cartas. Ya estaba acordado que Manco levantaria un ejército poderoso i marcharia con él a Lima para apoyar las determinaciones de su aliado; i tanto el príncipe indio como el caballero español, se prometian grandes cosas de aquella amistad que la honradez de ámbos i las circunstancias políticas del pais hacian mas estrema cada dia.

Sinembargo, ocurrió una desgracia que vino a paralizarlo todo.

Entre los seis soldados españoles que acompañaban al príncipe habia un tal llamado Gómez-Pérez, hombre sin educacion ni maneras, interesado i violento ; i quiso la mala suerte del pais que,jugando un dia Manco con él a los bolos, tuviesen no sé que disputa en la que Pérez se propasó hasta llamar ladron al hijo de los Capacs.

—Ladron ! i por qué ? dijo este, sublime de enojo i de indignacion.

—Sí, ladron, porque has querido ganarme con engaño.

—Qué interes podia yo tener en ganarte unos cuantos ducados, Gómez-Pérez, si tengo mas oro en mis dominios del que toda tu imajinacion de avariento puede soñar en un año.

—Digo que has querido robarme, porque eres un avaro.

—Hombre, Gómez-Pérez,no digais eso al príncipe, que tan bien se maneja con nosotros, i que si juega no es mas que por darnos gusto i no por interes alguno, observó al irritado castellano alguno de sus compañeros allí presente.

—Digo que es un ladron, replicó Gómez-Pérez cada vez mas avinagrado, i dió algunos pasos ácia Manco con el puño cerrado i aire amenazador.

El príncipe habia sufrido con paciencia los insultos del codicioso jurador porque estaba ébrio de caerse, pero su sangre real i su orgullo de leon no le permitieron sopor-

tar la amenaza, i levantando la mano con una fuerza de atleta, dió a Gómez-Pérez una bofetada, que lo echó por tierra bañado en sangre.

Levantose el soldado ciego de cólera i de enojo, i cojiendo la bola de chonta con que estaban jugando i que tenia casi el calibre de una bala de a treinta i seis, descargó con ella un golpe tan terrible sobre la cabeza del príncipe que lo dejó muerto en el acto.

Amotináronse los indios a la vista de su príncipe exánime, i sin tener en cuenta que solo Gómez-Pérez era el culpado, trataron de rodear a los españoles para castigarlos dándoles la muerte. No quedó a estos otro recurso que echar mano por las espadas i sostener una lucha horrorosamente desesperada hasta su casa, en la que se metieron cerrando todas las entradas.

Recurso maldito, pues media hora despues los indignados indios rodeaban de combustibles la habitacion, i cojiéndose de las manos, danzaban en su contorno dando gritos horribles de venganza i de duelo, capaces de amedrentar un hato de fieras.

Era ya mui entrada la tarde; púsose en breve el sol algunas líneas mas allá de la ribera, i una noche ventosa i oscura se derramó por todas partes como una cascada de pólvora.

Entónces los indios vengativos sacaron sus instrumentos musicales, i arrojando a un lado sus flechas i sus hondas, prendieron la hoguera que tenian dispuesta al son de sus tamborines i de sus trompas.

Aquello era angustioso de contemplarse.

Los combustibles hacinados en torno de la casa empezaron a traquear como sacudidos por un viento mui fuerte, levantáronse aquí i allí copos blanquísimos de nubes volantes, i chispas de todos tamaños i de todas luces trepaban voraces hasta cuatro o cinco varas del suelo donde se apagaban en seguida.



Lo primero en prenderse fué el techo de la casa; los españoles empezaban a ahogarse, i a los cánticos guerreros de sus sacrificadores, respondian con blasfemias i votos espantosos, que ni siquiera se percibian del lado de afuera.

Ya uno de ellos habia perecido sufocado por el calor i el humo, i era preciso tomar alguna determinacion. Del lado adentro la muerte era inevitable i espantosa; del lado afuera al ménos se podia luchar, i quien puede luchar puede vencer tambien. Con todo, estos partidos eran desesperados, i habia aún dos medios a que apelar. Era el primero de estos medios la súplica; pero los indios se mantuvieron sordos a los lamentos de los soldados, i si alguna vez se dignaron contestarles fué para decirles que no querian a ningun español, i que era preciso esterminarlos a todos.

Era el otro medio el entregarles a Gómez-Pérez, como la causa única de aquella indignacion justa i jeneral. Pero a eso contestaron los peruanos, que si lo entregaban era a no poder mas, puesto que su primer ímpetu habia sido defenderlo, i que para ello habian matado mas de cincuenta de los suyos.

Acosados los buenos españoles por todas partes, no encontraron otro modo de descargar sus iras que volver todos contra Gómez-Pérez; pero este estaba entónces mas borracho que nunca, i solo respondia a los cargos de sus compañeros con amenazas i risas brutales.

Los momentos eran mas i mas críticos; la casa empezaba a desplomarse, i era preciso hacer algo, o resolverse a morir asados en aquella hoguera espantosa. Diego Méndez lo pensó así, i cojiendo a Gómez por el cuello lo suspendió en el aire, i probó arrojarlo por una ventana a los indios esperando aplacarlos con este presente de sangre.

Fué entónces que tuvo lugar una lucha horrible e impresenciable. Gómez, conociendo el peligro que lo ame-

nazaba, cojióse de la ropa de Méndez e hizo esfuerzos inauditos por arrastrarlo consigo en su caida; pero este, sacando su puñal, picóle primero las manos para que lo soltara i descendiera solo los treinta piés de pared que los seperaban de los indios, i viendo que aún esto no era bastante, le trozó casi uno a uno todos los dedos de las manos. No quedaban a Gómez mas que los dientes i se prendió con ellos mas fuerte que nunca del jubon de su verdugo. Oyóse entónces un grito espantoso i profundo, i una masa casi inerte descendió al suelo entre la sombría algazara de los salvajes que cantaban al pié de la casa. Era que Méndez, feroz en la desesperacion del combate, habia sacado los ojos con el puñal a Gómez-Pérez!

Indignada la naturaleza con los horrores de aquella lucha de fieras, envió entónces una ráfaga terrible de viento, i creciendo i encrespándose las llamas como otras tantas serpientes de fuego, ahogaron la casa i la desplomaron sobre sus cimientos con un fragor inmenso. Méndez desapareció en esta primera esplosion; pero quedó aún en pié una pared, sobre la cual aparecieron como otros tantos espectros los cuatro españoles restantes. Estaban todos lívidos i temblantes; el humo i las heridas los hacian infernales; pero, obedeciendo todos a un mismo secreto instinto, se arrodillaron sobre el muro sombrío i cubierto de llamas que los alzaba en alto como una pintura del Dante, i estendiendo sus manos suplicantes a los bárbaros les pidieron perdon. Resonó entónces mas lúgubre que nunca el canto del salvaje, i una lluvia de dardos, zumbando como cohetes, fué a poner término a la existencia de aquellos infelices, mártires de su raza i de los crímenes de toda su jeneracion.

La pared desplomóse en seguida, i al dia siguiente no habia mas que cenizas en el sitio de la catástrofe.

Una mujer anciana i una niña estuviéron contem-

plándolas mas de una hora con pasmoso dolor; luego se alejaron de allí enjugando en silencio sus lágrimas.

CAPITULO XVII.

EL VIAJE.

La niña, que llevaba el traje de las *pallas* o princesas de la sangre real, contaria apénas unos catorce años. Era alta i dócil como las palmas jóvenes que crecen en los bordes del lago Chucuito, el mayor i mas tradicional de su pais. Su frente ojiva i de azucena pálida jemia coronada de un rico turbante azul sembrado de joyas, i de su centro disparaban algunas plumas negras, mas livianas i suaves que las mejores sedas del Oriente.

Sus cejas eran dos arcos perfectos; i de sus ojos, grandes como los del bello ideal de la hermosura olímpica, se desprendian unos rayos mas dulces que los de la corza cuando mira por última vez. Eran dos cielos que no empañaban otras tempestades que las lágrimas, i donde no se veia nunca cruzar un rayo ni desatarse un trueno.

Su boca graciosa, comparada por el *haravec* o poeta indiano a la primera flor de la estacion de los céfiros, escedia en el perfume de su aliento i en lo breve i rojo de sus labios hermosos, a la soberana de los jardines cuando abre su seno de aromas a los mas dulces besos de la aurora,

Sus dientes, semejantes solo a los primeros granos de la mazorca del maiz sagrado, eran por su blancura, brillo i perfeccion, mejores que las mejores perlas del mar; i los hoyuelos de su barba graciosa, lo convejo i acabado de todas sus líneas, lo pequeño i arqueado de su pié, sujeto siempre a las fajas de oro i piedras de sus sandalias, i, en fin, la esbeltez de su cuerpo i lo turjente de su seno, hacian de esa vírjen de los desiertos, no una diosa porque Jilma era aún mui niña para tener la majestad de esas magas

del cielo, pero sí algo mas que una mujer, cuando no un ánjel a una fada.

Envuelta en el manto rojo de su imperial familia i vestida de plumas i cintas, caminaba al lado de la anciana mujer que le servia de compañera, apoyando a veces su mano divina en el brazo trémulo de su guia, i a veces en el arco de guerra de su padre, de mimbre i acero, i que iba dos palmos mas allá de la erguida pluma de su llauta real.

Reposaba en su espalda como un caprichoso cesto de flores su aljaba, llena de flechas envenenadas, i en su cintura de ánjel pendia un puñal, herencia de su madre, i regalo de Gonzalo Pizarro a aquella heroina de las batallas i de los amores.

Niña i anciana estaban de viaje. Todos los dias al despuntar el alba se las veia saltar como dos pajarillos de su lecho de hojas en el desierto, i volver a buscar el camino, abandonado la víspera por la soledad de una gruta o el silencio de un bosque, para seguir adelante su peregrinacion desconocida.

Ya la sierra i sus últimos límites habian quedado atras, i ya la zona que se estiende entre las aguas del Pacífico i la cadena jeneral de las Andes, empezaba a molestar a las dos mujeres con la arena de sus valles tostados i los calores insufribles de su sol de fuego ; pero ellas seguian adelante, solas i calladas como dos sombras, deteniéndose únicamente en las orillas de las fuentes i bajo las ramas de los árboles para hacer su comida de frutas, o recobrar sus fuerzas estenuadas por un contínuo caminar.

El ruido mas lijero solia llenarlas del cuidado mayor, pues no querian ser vistas de los peruanos ni mucho ménos de los españoles, a quienes temian mas que las fieras. Por eso cuando divisaban a la distancia i en los

atajos del camino alguna lanza que brillaba al sol, u oian el ruido de algun corcel, o las risas de una caravana, se metian en lo mas hondo de la selva i no salian de allí hasta que el peligro habia desaparecido.

Era entónces el mes de marzo, i la luna condolida de la suerte infeliz de Jilma, que huia de sus lares dejando a su padre asesinado recientemente, i la tumba de su madre convertida ya en césped por los años, no bien el sol hundia su disco en las aguas del mar, cuando trepando ella la cumbre de los montes, aparecia en el fondo del cielo, i de su faz pálida desataba un rayo amigo i callado, que iba a buscar a la melancólica niña en el retiro de la selva donde hacia su estacion de noche, para llevarle la luz i el consuelo.

Jilma velaba casi siempre, i cuando ya el mirlo i la alondra cortaban sus cantos, i no se percibia mas que el ruido de los arroyos i el suspiro de los céfiros, sacando de su turbante un caramillo de cañas silvestres, dejaba escapar a su alma esos gritos de melancolía, esos simulados ayes del corazon que se llaman el canto i la música. I su memoria, como despertada a las evocaciones misteriosas de la melodía, gozaba con el recuerdo de su madre, a quien no habia conocido ni moribunda, i de Manco, su padre, el soberano de los incas, a quien le parecia ver pasar montado en un caballo negro como el ala de las tempestades del polo, i a la cabeza de un ejército solo comparable a las estrellas en número.

Tales eran las reminiscencias de su juventud.

Pero el caramillo era tan insuficiente para espresar todos los sentimientos de la fujitiva, que las mas de las veces se le caia de las manos, i sin apercibirse de ello, a la armonía del instrumento sustituia la de su voz, i no venia en la cuenta hasta que, despertadas las aves del bosque a la majia de sus acentos inefables, cantaban

con ella, formando un coro comparable solo a los coros de Dios.

Entónces era cuando dejaba escapar de lo íntimo de su pecho aquellos secretos de su historia primera formulados así :

Nací princesa - mi cuna
Fué de junco i abancai ;
Prestóle su luz la luna,
Su caracol la laguna,
Sus arrullos el Sangai !

I entre palacios de caña,
A orillas del Guayaquil,
Que aromos i chontas baña,
Como rosa en la montaña,
Crecí lozana i jentil.

I al breve labio obedientes,
Cien esclavas i otras cien,
De plumas resplandecientes,
I de corales lucientes
Adornábanme la cien.

I pájaros de colores,
En profundísima paz,
Cantábanme sus amores
Desde sus nidos de flores,
De las quipas al compas.

I en sueño de onda alegría
Dormido mi corazon,
Amaba la luz del dia
Cual la floresta bravía
Ama el peruano leon.

Mas ¡ ai ! tembló de repente
I en noche de oscuridad
Al Inca partió la frente
Rayo de fuego inclemente
En horrenda tempestad !

I en torno suyo cayeron
Todos los hijos del sol !
I de su sangre corrieron
Rios ¡ ai ! que enrojecieron
El estandarte español !....

Por eso, sin patria, errante,
Andas tú, Jilma infeliz !
Ave sin padres ni amante,
Roto el plumaje brillante,
Mustio el divino matiz.

I adormecida sobre sus últimas armonías, quedaba en éstasis hasta la venida del crepúsculo matinal.

Tal fué el viaje de Jilma i de su anciana compañera Zuma hasta el palacio de Blasco Núñez Vela, cuya proteccion i cuyo amparo buscaban.

CAPITULO XVIII.

EL CRÍMEN.

Entraron a Lima algo despues de haber caido la noche, a la sazon que el virei, fatigado con las contínuas luchas de su empleo, hostigado por Cepeda i las orde-

nanzas, se entretenia en medir el salon del palacio con pasos vacilantes i sin concierto.

—Favor, dijo Jilma llegando la primera i echándose a los piés de Núñez con las lágrimas en el rostro. Favor, noble español! A tu lealtad segura me acojo, pues eres fuerte, i yo soi débil, i estoi desamparada.

—Alzad, princesa, repuso tranquilamente el hidalgo, i sepa de vuestros labios cuáles son esos infortunios de que os quejais.

—Oh! nunca, observó la doncella sublime de súplica i de hermosura. Para levantarme de aquí, necesito que me jures primero que serás mi protector sobre la tierra, que tu palacio me ocultará de los monstruos que anonadan mi patria.... Oh! soi tan infeliz!....

—Por mi acero, dijo el español con orgullo cristiano, por mi acero, os juro que os guardaré contra todos.

—Yo soi Jilma, continuó la abandonada niña; vine al mundo en el momento mismo de perder a mi madre, i mi padre fué Manco, que mandaba cien lejiones, i sin cuyo permiso ni aves ni viento movíanse en la tierra.

—Vos hija de Manco?

—Sí, del mismo a quien han dado muerte vuestros soldados sanguinarios!

—Oh! i qué tarde venís para que os ayude!

—Para cumplir con la lei sagrada que manda amparar al débil, nunca se viene tarde a donde el poderoso.

—Nunca, en verdad, adorable Jilma, i ménos si arde en el corazon la llama que prende vuestro acento.

—Oh, señor! llama que apaga el primer soplo de la mas débil de las brisas, si es español quien la enciende!

—Tanto así lo odiais?

—Oh! tanto, cuanto amo mi bosque natío, su follaje i sus flores, que ellos han encharcado en sangre i en barro.

—Eso decís?

—I cómo no decirlo! ¿De dónde sales tú, que no conoces las desgracias que va para veinte años que nos causa ese pueblo maldito? El solo que fué bastante atrevido para surcar las olas hinchadas de mares sin fin, desconocidos, para venirnos a robar hogar, hacienda, dioses i paz? Quiénes, sino ellos, en busca del oro vil, han ennegrecido la historia con toda clase de crímenes i maldades. Mira nuestros campos desolados, nuestras ciudades taladas; mira a la imperial familia destruida hoi por entero, i solo representada en mí, última flor i vástago, que, para preservarse del rayo esterminador, cae, señor, a tus plantas, i temblorosa de encono i de impotencia, solo es fuerte para lanzar suspiros i verter lágrimas!

—Dejad, princesa infeliz, por ahora, esas reconvenciones amargas, mui justas en vos, paloma real cuya estirpe se descubre al rayo de vuestra mirada, en el acento arjentino i noble de vuestra voz, i sepa yo en qué puedo serviros?

—En qué, virei? En prestarme un asilo en tu palacio. Muerto mi padre, en la tierra he quedado triste i sola como la flor huérfana en los valles. Ruinas i peligros me cercan por todas partes, i mi infortunio es tanto, que tengo que apelar a los mismos que me martirizan i humillan.

—Jilma!

—No lo digo por tí, noble i poderoso español, porque me son bien conocidas las relaciones honradas i estrechas que mantenias con mi padre, el guerrero Manco. Lo digo por tus soldados, lejiones sobre lejiones de verdugos, que son capaces de intentarlo todo, desde el robo hasta la impiedad!

—Es decir que no desconfiais de mí?

—No, virei, no podré desconfiar de un anciano hidal-

go como tú, de un guerrero valiente.

—Es decir que confiais en mí?

—Confio, señor.

I Blasco Núñez presentó su brazo a la desamparada princesa para conducirla a una estancia vecina donde pudiera descansar.

El salon quedó decierto por algunos segundos.

Si el lector quiere, podrá recordar con facilidad que la noche del dia en que hemos cortado la relacion de los acontecimientos en Lima, para ir a buscar a Manco al seno mismo de las montañas, era la noche en que el virei Blasco Núñez debia tener una conferencia privada con el factor Illen de Suárez, a cuyo efecto habia prevenido a Diaz que lo llamase para despues de la queda.

No bien salió el virei del salon conduciendo a su bella aparecida, cuando sonó aquella, i la alta i grave figura del honrado vecino se dibujó en el marco de la puerta como una pintura antigua.

El factor Illen de Suárez de Carvajal era un hombre como de cincuenta a cincuenta i cinco años, alto, bien hecho, i marchaba con esa arrogancia propia de los verdaderos castellanos del siglo XV. La misma arrogancia de su andar era la de su voz.

Quitose el chambergo a fuer de atento, i paseando su mirada por el salon vacío, dió algunos pasos sin direccion fija, hasta que se oyó ruido del lado derecho, crujió una puerta i apareció de nuevo el combatido virei, dichoso entónces con la prenda política que el destino le deparaba en Jilma en aquellos momentos, i de la cual pensaba sacar grandes provechos para el porvenir.

El saludo de Suárez fué en estremo ceremonioso, por no decir frio hasta el orgullo. Núñez, como hombre que daba mas importancia a los acontecimientos que a las reglas de una falsa cortesanía, no respondió al factor,

sino que allegándosele con solemnidad i confianza, le preguntó :

—I qué hai, mi buen Suárez ?

—Que no debeis perder ya un solo momento ! Gonzalo Pizarro avanza a pasos precipitados, i se encontrará delante de Lima ántes de cuatro dias.

—Tan pronto así ? preguntó el virei con sobra de desden e incredulidad.

—Sí, tan pronto así. Ha salido del Cuzco con un puñado de valientes ; en el camino se le han reunido todos los antiguos soldados de él i de su hermano ; el pais es una mina inmensa que no tardará en estallar...

—Quien os oyera, Suárez, os creeria poco amigo de la Corona.

—Si el decir la verdad i preveniros para que conjureis la tempestad es ser enemigo del Rei, yo tendré que serlo, señor ; pero las cosas pasan precisamente como tengo la pena de decíroslas.

—Es decir que vos, factor, estais creyendo de véras en esas patrañas que los enemigos del monarca inventan todos los dias para suscitarme zozobras ? Gonzalo Pizarro es un caballero demasiado entendido i tiene mucho que esperar de su valor para convertirse en un simple rebelde.

—Mal conoceis, señor, a los Pizarros cuando os espresais así. Gonzalo está resentido porque a la muerte de su hermano el marques no se le elijió para ejercer el gobierno del Perú, i, en su enojo, es capaz de moverle guerra hasta a los astros. Ahora mismo está acampado a unas tantas jornadas de aquí con un poderoso ejército. Es imposible, virei, que os obstineis en negarme esto.

Blasco Núñez conoció que no tenia qué responder, i se mordió los labios en silencio.

Suárez continuó :

—I lo peor de todo es que el pueblo está con él, i que

las autoridades son las que lo han llamado i proclamado.

—I será cierto que es tan opulento como dicen? preguntó el de Vela cediendo un poco a la verdad de la situacion.

—Oh! sí, mui opulento; i, sobre todo, mui valiente. Habeis leido, señor, alguna vez esos famosos cantos de Homero que se ocupan de la guerra de Troya? Pues bien, cuando uno ve a Gonzalo Pizarro armado de punta en blanco le parece que es Ayax o Pálas mismo, que resucita evocado por el grito de una imajinacion batalladora i sublime como la del ciego cantor.

—Lo creis así?

—Oh, señor! no es solo que lo creo, sino que lo he visto así.

I ámbos caballeros guardaron silencio.

—Empero, queda un recurso, dijo Suárez despues de algun rato de pausa.

—Qué recurso? preguntó Núñez distraido.

—Ceder a las circunstancias. Quemad las ordenanzas que habeis traido para la colonia, i yo os respondo de la paz con mi cabeza.

—Oh! Suárez, la bondad os fascina tristemente: las ordenanzas no son en el Perú actualmente mas que un pretesto como cualquiera otro para la revolucion. Es que tanto a Gonzalo como a sus secuaces los ahoga un mar entero de ambicion; su celo no es mas que codicia de revueltas, como no será su victoria mas que un reguero de lágrimas i sangre.

—Tengo mejor opinion de Gonzalo.

—Le temeis acaso? preguntó Núñez ya un poco picado con la justa obstinacion de Suárez; pues sabed que yo no lo temo, i que sabré servir al Rei con mi vida i con mi muerte.

—Señor, provocais el destino de una manera inusitada.

—Oh! Suárez, vos veis bien que mi cabeza está blanca

de canas, i seria baldon infame prestarme a entrar en tratados con los rebeldes. Mi deber es poner la plaza en perfecto estado de defensa.

—Ya sé, señor, que habeis llevado vuestra actividad hasta mandar hacer cañones con las campanas de las iglesias...., medida que, sea dicho de paso, os ha despertado una enemiga terrible de parte de los fieles.

Blasco Núñez se sonrió con melancolía.

—Os sonreis, virei? preguntó Suárez sin perder el tono sério i a veces grave que habia tomado desde un principio.

—Sí, me sonrío, pero no vayais a creer que es de incredulidad: es que cuando un hombre llega a ser impopular, todo lo que hace le resulta mal.

—Decia, prosiguió Suárez sin hacer observacion alguna a esta sabia del virei, que conozco i aplaudo hasta cierto punto las medidas de defensa que habeis adoptado; pero si todas os salen tan eficaces como la mandada de Puélles en observacion ....

—Pues qué? preguntó Núñez con ansiedad, que confiaba mucho en este oficial como de toda su privanza.

—Pues qué? que se ha pasado a Gonzalo con todos los jinetes de su mando.

Blasco Núñez estuvo a punto de lanzar un jemido de horror.

—Decís que Puélles se ha pasado al enemigo?

—Como se pasará la ciudad entera tan luego como Gonzalo despache sobre ella a cualquiera de sus tenientes.

El virei conoció que le faltaba aire para respirar i salió al balcon para buscarlo en el frio ambiente de la noche. Las once daban en aquel punto en la torre vecina.

—En fin, dijo Suárez siguiéndolo: han dado las once i yo debo retirarme.... Habia abrigado la esperanza de que era para algo bueno que me llamábais.

—Oh! sí, dijo el virei como despertándose; recuerdo ahora que os habia mandado llamar para un asunto de importancia.

—Bien, veamos de qué se trata, observó Suárez como hombre convencido de que no hacia mas que perder el tiempo, puesto que el virei estaba mui léjos de echar por el buen camino.

—Oh! Suárez, de lo que se trata es de salvar el pais, de conservarlo para la Corona. Os mandé llamar por si quereis prestarme vuestro favor.

—Virei, contad conmigo en todo lo que sea justo i razonable.

—Pues bien, se trata de aprehender a un alto reo político; se trata de poner en prision al oidor Diego Cepeda, con el mayor sijilo, i esta noche misma.

—Señor, es paso violento.

—Conspira contra el Rei; es un traidor!

—Cepeda traidor?

—Como el primero; mas que Gonzalo.

—No creo.

—La Audiencia alborota el audaz contra mí, i creo que lleva su temeridad hasta intentar matarme para ceñirse en seguida la corona peruana.

—Exajerais, señor.

—Os juro que ambiciona el mando del Perú. Por su consejo, es que ha hecho Solar lo que ha hecho.

—Enconado estais en verdad, virei. Él, tan modesto i tan sabio....no creais eso!

—Suárez, me enojais con tal duda.

—I vos a mí con tal sospecha.

—Juro que Cepeda es un infame!

—I yo que es un buen servidor de la monarquía; que no quiere mas que el bien de todos.

—El bien de todos! él? que, semejante a una furia, desencadena la rebelion en torno a mi cabeza, que no

respira mas que sarcasmo i hiel!.... Suárez, contaba con vos para que lo prendieseis. Sois hombre bien reputado en la ciudad, sois anciano, i vuestro apoyo va a serme de grande utilidad.

—Mas, para qué quereis encarcelarlo?

—Para que purgue luego en un tormento sus muchos crímenes i maldades.

—Oh! esclamó el factor ardiendo de indignacion, soi vuestro vasallo, señor; pero la moral i la lei me prohiben obedeceros, si lo que ordenais es la injusticia i el crímen.

—Es decir que estoi completamente solo? preguntó Núñez con altivez i dolor a un mismo tiempo.

—Sí, señor, solo, cual cumple a los tiranos de vuestra condicion.

I Suárez volvió la espalda para abandonar al virei.

—Factor, dijo este indignado, os digo que sois un insolente. I luego estendiendo el brazo derecho ácia la puerta principal, añadió: salid, que ya bastaré solo para someteros a la lei, rebeldes!

En seguida desapareció.

Por su parte Suárez fué a salir por el fondo, pero encontró la puerta cerrada. Despues de esta salida, el salon solo presentaba otras dos: la que habia servido para el virei, que daba a los aposentos interiores, i la secreta del pasadizo, que conducia a la calle.

En esta salida era donde estaban apostados los soldados de Diaz, de que hemos hablado en nuestro capítulo XV.

No bien habia avanzado Suárez en la oscuridad algunos pasos, cuando se oyeron consecutivamente dos tiros de arcabuz, i se percibió la voz de Suárez que, espirante, decia:

—Favor, peruanos! el virei Núñez me asesina!.... Oh! Cepeda, hijo mio, véngame!....

Luego espiró.

Evocado como una sombra, presentóse en aquel punto el virei desgreñado i temblando, i creyendo que Suárez habia salido por la puerta principal, fué a ella para informarse de lo que acontecia; pero la puerta estaba cerrada, i sus esfuerzos fueron inútiles para hacerla ceder. Pasó despues a la del corredor secreto i le aconteció lo mismo; fué hasta entónces que comprendió por entero el infierno de horrores que le rodeaba, i esclamó como delirante.

—Hernando! Soto! Puélles!....no me escuchan! ¿Qué es lo que pasa en torno de mí i no comprendo? Quién asesina a Suárez?....Qué espíritu infernal conmigo mora, i me roba quietud, honor i sueño?

I luego reparando en Jilma, quien habia corrido al salon al ruido de los arcabuces, i que, pálida i sonriente como un ánjel vencido, lo interrogaba con una mirada, agregó con la mas sublime de todas las calmas i como si nada terrible hubiera sucedido:

—No temais nada, Jilma infeliz, i volved a descansar: yo velo por vos.

CAPÍTULO XIX.

OIDOR I VIREI.

Tres dias habian pasado desde los acontecimientos que acabamos de referir. Gonzalo Pizarro avanzaba en órden de batalla sobre la ciudad real, i todos temian una crísis horrible.

Eran como las diez de la mañana, i Blasco Núñez i Cepeda sentados gravemente en dos sillones del salon del virei, estaban empeñados en el siguiente diálogo, que revelará mejor que otra cosa la situacion respectiva de ámbos personajes.

Blasco Núñez tenia toda la concentracion del orgullo español en un caballero de su linaje i su valor; Cepeda estaba amable, pero su amabilidad era amarga como la hiel.

Núñez llevaba la voz.

—Decís que niega la Audiencia cuanto le propongo?

—Todo lo niega, señor.

—Pero al ménos dará alguna razon?

—Dice, i dice con sobra de cordura, que no está porque el gobierno se traslade a la ciudad de Trujillo, porque allí no tendrá recursos ni soldados.

—Pero persistir en que nos quedemos aquí, es tanto como resolver que nos entreguemos a Gonzalo.

—Si es tan poderoso como dicen, que nos venza, señor. Estoi porque el mundo sea de los poderosos.

—I bien, qué resultados ha tenido la mision del señor obispo del Cuzco? Cómo lo ha recibido Gonzalo?

—Al obispo personalmente mui bien; pero se ha reido de su embajada.

—Qué pretende pues?

—Que, en vez de aconsejarle que se vuelva a sus minas, os sirvais entregarle las riendas del Perú, a las que dice tener derecho por herencia de su hermano Francisco.

—No es pequeña su pretension!

—Anunciando que de no hacerse así, entregará la ciudad al saqueo. Ahora, virei, añadió Cepeda con cierto aire bien impertinente, ya veis que he sido dócil a vuestras demandas, sed vos dócil a las mias i respondedme. ¿Qué medidas se han tomado para atender a la defensa del vireinato?

—Todas las que han sido compatibles con la situacion. La tropa es fiel.

—Fiel! virei? si todos se están pasando.

—Quiénes son esos *todos*?

—Pues Díaz, Puélles i todos los que, a pretesto de observar a Gonzalo, le estais mandando.

—Qué decís, víbora? gritó Núñez parándose del asiento lleno de rabia.

—Vaya! respondió el impasible oidor lleno de calma, lo que ya no es un secreto para nadie puesto que todos lo hemos penetrado. Blasco Núñez, se os acusa de vendernos a Gonzalo!

—Si no sois vos el infame acusador, no hallo quién pueda ser.

—Esa respuesta merecia bien una estocada, pero la prudencia me manda refrenarme.

—La *prudencia* decís? No, es la cobardía. Sois un miserable!

—Bien, supongamos que sea la cobardía; qué hai en ello? No sabeis que la cobardía tiene tambien su valor, i su valor supremo?.... Pero os habeis indignado bien pronto, i empezamos ahora no mas; os aconsejo que tengais un poco de paciencia.

—La tengo en gran cantidad, pero bueno seria que no me la provocáseis.

—Bien; no me respondais agravios.

—Si sois audaz....

—Lo sustenta mi espada: virei, soi hijodalgo.

—Vuestra espada? me da risa: será la toga, abogado!

I Blasco Núñez se sonrió con desprecio profundo.

—Debajo de ella, Núñez, se oculta un buen corazon, dijo Cepeda, i desgarrando mas bien que quitándose la toga de rica tela negra que vestia, se mostró a los ojos del airado virei apuesto con toda la magnificencia cortesana de un príncipe.

—Oh! sois mui astuto, señor oidor, dijo Núñez burlando, pues a todo estais preparado. De cuando acá cargais con armas en vez de leyes?

—Tirano, desde que al pueblo inocente poneis asechanzas i ultrajais soberbio.

—Oh ! debe ser mi tiranía mui atroz, cuando, siendo yo una paloma, os pasma a vos, que sois un milano !

—Parece que ha llegado el momento, i ya nos contemplamos faz a faz.

—Lo esperaba hace tiempo.

—I bien se ve que somos buenos contrarios ; salvo que en esto de vencer os quedais siempre....burlado.

—Recordad, oidor Cepeda, que aún soi virei, i puedo colgaros del artesonado.

—Perdonad, no habia caido en ello...como a Solar; sinembargo, espero que no lo hareis.

—I por qué no ?

—Porque sois humano de sobra. Pero no perdamos el tiempo, que urje, en debates de sandios ; vos lo sois bastante, pero esto no hace al caso. Virei, cerca de vos vengo a cumplir hoi un alto encargo de la Audiencia.

—Hablad.

—Dice la Audiencia que la prision del de Castro fué un atentado.

—Sin entrar ahora a calificar el hecho, tengo el honor de recordaros que vos fuisteis el primero en aconsejarme el paso.

—Así es la verdad ; pero ahora no se trata del consejero.

— Ccreo que a entrambos cobija el fallo, pues si yo firmé, vos estendísteis con vuestra propia mano la órden fatal.

—I qué ?

—Que, sin pretender disculparme del hecho, haré valer vuestra participacion en él.

—En eso padeceis un error lamentable, pues tuve la prudencia de entregar el pergamino a las llamas.

Hubo en seguida un rato de pausa, durante la cual



Núñez paseó sus ojos de la cabeza a los piés del licenciado con toda la sublimidad del desprecio.

Cepeda continuó.

—Tambien os acusa la Audiencia de traficar con las ordenanzas, haciendo que ellas se cumplan solamente en los pueblos que no son propicios a vuestro mando.

—Desprecio esos dichosi esas necedades.

—Tambien será necedad el asesinato de un hombre?

—De qué hombre, decid?

—Del factor Illeu de Suárez.

—Mentís, el oidor villano.

—Bien quisiera mentir, pero las pruebas de dos de vuestros soldados alegan mas alto que mi voz. Esos soldados, Núñez, son los mismos que vos pusisteis bajo las órdenes de Díaz, ahí, tras de esa puerta para que matasen al factor, solo porque rehusó entrar con vos en depredaciones infames.

—Quién sois, infernal Cepeda? preguntó el de Blasco espantado de tanta audacia.

—Sospecho que vuestro ánjel malo.

—Mi ánjel malo, sí, pues él tan solo puede inventar tantas calumnias, i mi cabeza, próxima a la locura, volver pedazos como un vidro que se estruja bajo los piés! Tenazmente me habeis seguido, Cepeda, desde las orillas del Tajo hasta este rincon lejano del mundo; habeis contado mis huellas una a una; me habeis vendido mil veces en cada hora, i en cada hora habeis preparado a mi corazon torturas infinitas. Todo lo que habeis hecho lo sé; no se me han escapado vuestros mas íntimos pensamientos; vuestra ambicion, vuestros crímenes están presentes delante de mis ojos; pero ya se ha colmado la medida; habeis derramado en ella la última gota, i va a desbordarse. Soñásteis con una corona i tropezais con el cadalso: pedid a Dios por vuestra alma.

I pronunciando el virei estas palabras con todo el

enojo de la ira, fué a su mesa de escribir i tocó una campanilla por repetidas veces. Luego empezó a pasearse ya mas sereno, en tanto que Cepeda lo contemplaba con marcada ironía.

—Queríais alguna cosa? preguntó el licenciado despues de un rato de pausa; parece que ya no obedecen vuestras órdenes en este palacio...... Pero ántes que deis al verdugo mi cuello por regalo, quiero haceros partícipe del suceso que trae felices hoi a los peruanos: sabed que la Audiencia ha tenido a bien nombrarme Presidente del vireinato; i que he entrado ya en ejercicio de mis delicadas funciones.

—Sin duda la Audiencia ha olvidado quién es el virei Blasco Núñez, cuando se ha atrevido a hacer tal nombramiento sin facultad para ello; partid pues i la decid, que nadie manda aquí sino yo, i que para derrocarme del mando será preciso que se me quite ántes la vida.

—Se os quitará en un cadalso.

—Con qué poder?

—Con el mio.

—Dónde se encuentra?

—En mi voluntad i en mi brazo. Doblad, Núñez, la rodilla al nuevo virei peruano.

—I tal proferís, i aún os dejo vivir!

—Es tarde ya: dadme vuestra espada.

I Cepeda acercándose a un balcon abrió de par en par sus puertas, i mostró al infortunado virei el pueblo todo congregado en la plaza, cuyos sordos rumores, semejantes al grito de la tempestad en los bosques, venian a morir en los ángulos del real salon preñados de mueras i amenazas. Muera el tirano! decian algunas voces avinadas. Caiga el infame! Muera el virei! Abajo el asesino!

No por esto Núñez habia perdido su valor, ántes bien, a semejanza de las fieras que huelen el peligro i se arro-

8

jan a él, quiso salir i mostrarse a la multitud rebelada; quiso hablarle, i, si posible fuera, dispersarla a sablazos; pero bastó solo una voz de Cepeda para que entrasen por todas las puertas numerosas guardias armadas, i se avanzasen sobre el virei.

Sacó este su espada, e iba a ponerse en guardia para vender su vida a gota de sangre por gota de sangre, cuando cayó en la cuenta de que no tenia en torno de sí sino villanos; quedóse pues pensativo por un momento, i poniendo su formidable bota sobre la hermosa hoja toledana, la partió en dos, i la arrojó despues a un rincon. En seguida se cruzó de brazos, i dejó tranquilo que lo cargaran de cadenas.

Sinembargo, en medio de su resignacion admirable, dos lágrimas se vieron rodar por sus mejillas i perderse en seguida: era el recuerdo de Jilma, que iba a quedar entregada a aquellos vándalos.

CAPÍTULO XX.

CEPEDA.

Las aspiraciones de Cepeda estaban satisfechas. Su venida al Perú no habia tenido mas objeto que dar rienda suelta a su desmedida ambicion. En la Península las cosas no se le presentaban mui favorables; cuando mas, habria coronado su carrera pública ocupando un puesto secundario en la majistratura de algun juzgado de provincia. En América debian rodar las cosas de diferente manera. El campo era nuevo; habia carencia absoluta de hombres de letras, i podia llegarse a un alto puesto solo con un poco de arrojo i sagacidad. Los primeros momentos de guerra i de conquista habian pasado ya; una nueva era se abria para los americanos. Los nombres de Cortes, Pizarro i Balboa empezaban a quedar olvidados, i solo se pensaba en vireyes i audiencias; en

organizar políticamente las colonias, i hacerlas figurar como nuevas i magníficas estrellas agregadas a la brillante constelacion de la monarquía. Cárlos V era entónces el sol de los reyes, sus triunfos i su jenio hacian de España la primera nacion de Europa, i era cordura seguir ese astro de la gloria en su camino de héroe al traves del siglo.

En todo esto habia pensado el oidor detenidamente; por eso habia aceptado un puesto en la primera Audiencia mandada al Perú, i por eso no habia ahorrado esfuerzo ni intriga para hacer caer a Núñez en el odio de los conquistadores, sirviéndole para ello de oportuno pretesto las ordenanzas, i manejando a su sabor a sus débiles compañeros de empleo. I su anhelo estaba cumplido. Tras largo afan, incertidumbres i penas, al fin la peligrosa maga de la ambicion le sonreía con benignidad. Su frente iba a inclinarse bajo el dulce peso de la corona; iba a volver el sueño a sus ojos, e iban a huir de su corazon las angustias mortales i las zozobras. Sobre él tendía el cielo de los incas sus flotantes pabellones de azul, i el mar tranquilo de Occidente desataba sus olas en torno para guarecerlo. Ese era el premio feliz de tan azarosa jornada, pues ya hollaban sus piés los anchos salones del palacio de los capitanes vencedores de América; ya era soberano i señor. I debia regocijarse hasta lo infinito, pues, de letrado oscuro i debido solo a su jenio, tocaba ya a los últimos peldaños de la grandeza humana. Paseaba sus ojos en torno, i sus labios no podian ménos de sonreir de gozo al contemplarse dueño absoluto de la tierra del sol, del suelo fecundo que producia la vicuña i el condor; donde era la mujer hermosa i jentil como el ave, i donde hacian torno al horizonte los volcanes i las nieves, esa doble galería de agua i de fuego superior a la grandeza de un hombre, i pedestal bastante a la magnificencia de un dios.

El atrevido plan de Cepeda estaba bien combinado. Por un lado aconsejar al virei todas las medidas que pudieran perderlo en el ánimo de sus súbditos, como la prision de Vaca de Castro, el tenaz sostenimiento de las ordenanzas, &c. &c; i por otro hacerse el jefe de los descontentos por estas medidas, halagar las pasiones populares, dispuestas siempre a pagar tributo al primer demagogo que las alimenta. De ahí esos tres papeles que representaba a un tiempo para con el pueblo, la Audiencia i el virei.

Tenia ademas Cepeda una cualidad como conspirador, i era que conspiraba solo. A nadie habia confiado sus designios, i por eso unos lo creian patriota de corazon, otros desconfiaban de él sin saber la causa, i los mas acababan por no comprenderlo.

La labor habia sido lenta i bien preparada. Cepeda sabia que el virei debia venir al suelo, i ya todo su trabajo estaba reducido a espiar el momento oportuno de empujarlo por la pendiente fatal a cuya cima lo habia conducido ; i, nuevo Sísifo, acababa de lanzar la piedra al abismo, pero sin tomarse el trabajo de bajar a él para recojerla.

El virei habia hecho por salvar al Perú de manos de los revolucionarios, a cuya cabeza se encontraba Gonzalo Pizarro, todo lo que humanamente era posible hacer atendida su impopularidad i lo violento de su posicion. En la mañana misma en que Cepeda habia arrancado a la Audiencia un decreto de prision para Núñez i otro del revestimiento del mando supremo para él, el virei habia recorrido todas las calles de Lima a caballo i seguido de algunos soldados, i se habia detenido observando las muchas barricadas construidas por su órden en ellas, pasando revista a los cuarteles i alentando en todas partes el decaido espíritu nacional; sin sospechar siquiera que, media hora despues, los primeros tiros que

partieran de esas barricadas serian contra las ventanas de su habitacion, i que las primeras maniobras de las tropas serian en favor de la revolucion que estaban llamadas a debelar. I así habia sucedido, pues cuando Cepeda habia entrado a palacio para tener con Blasco Núñez la conferencia que referimos en el capítulo anterior, el populacho amotinado, teniendo a su frente a los oidores, quedaba en la plaza dando gritos a la libertad, i dejándose arrastrar por el entusiasmo de las mujeres, quienes ajitaban su pañuelo blanco desde los balcones i animaban a los batallones a la insurreccion con sus ademanes i sus voces.

Pero lo que mas habia despertado la indignacion contra el virei, era el asesinato del factor Illen de Suárez. La circunstancias de villania que lo habian precedido, i el hecho de ser un hombre anciano i mui querido por su honradez, exasperaron a todos, i Cepeda gozó interiormente con el completo triunfo de su maldad.

El cadáver de Suárez habia sido enterrado a la lijera en un lugar bastante público para que no pudiera tardar en ser descubierto. Se le habia dejado un pié afuera para mayor seguridad. Encontrósele pues, al tiempo mismo que su familia revolvia la ciudad a causa de su desaparicion. Hubo al momento sospechas e interrogatorios; i vino a sacarse en claro que Suárez habia sido citado por el virei para cierta noche despues de la queda; que en esa cita habian tenido un altercado, en el cual, cediendo el virei a su natural arrebatado i violento, le habia atravesado el pecho con su daga, entregándoselo luego a sus guardias para que acabaran con él.

Cepeda habia escojido su víctima detenidamente entre todos los vecinos de Lima; habia hablado a Díaz para que ejecutase el crímen detallándole sus pormenores; finalmente, habia tenido todo el talento diabólico

necesario para hacer que no se prescindiera ni de una sola de las circunstancias que podian perder al virei, haciendo que Díaz le contase a todo el mundo lo de la cita i trayendo jente ocasionalmente a la plaza pública para que viesen entrar a Carvajal a palacio, i esperasen en vano su vuelta, porque estaba decretado que no habia de salir; i sinembargo, a nadie se le ocurrió, ni por mal pensamiento, que el maldito licenciado fuera el esclusivo responsable de aquel drama de horror; i la ciudad de Lima entera aplaudia i honraba con sus víctores al victimario en desagravio de la víctima que pretendia vengar. Tal suele ser el acierto del pueblo!

Empero, si hemos de ser justos, puesto que el crímen tiene tambien derecho a la justicia, debemos confesar aquí a fuer de historiadores imparciales, que la habilidad de Cepeda era suma para conspirar. Dos años hacía que aspiraba al mando del Perú, i durante ese tiempo de obra continua ni una carta, ni un pensamiento, ni una palabra que lo comprometiese. Sin mas confidente que su vasto espíritu, nadie podia gloriarse de haber merecido sus confianzas; él solo se había bastado para sus planes.

Pero volvamos a nuestra historia.

Despues de preso el virei, Cepeda salió al balcon para gozarse con el espectáculo que presentaba el pueblo que bullía en la plaza principal; oyó sus víctores por algunos segundos, devolvió por ellos algunas sonrisas, i luego sintió que su corazon se helaba al contacto de una impresion estraña. Era que su ojo esperto descubria en el horizonte de su vida una nubecilla sombría, que se estendía por él con una rapidez asombrosa hasta encapotarlo del todo.

—Ah! se dijo, yo gozo ahora con mi triunfo, i tal vez la suerte me guarda para el porvenir una caida mas terrible que la de Núñez. Mi camino hasta aquí ha sido

el camino del crímen, a cuyo fin suele tropezarse con el cadalso. Pizarro, Vaca de Castro, Núñez mismo son ejemplos que no debo echar en olvido..... puede engañarse fácilmente a los hombres, pero no puede engañarse a Dios! El hombre lo puede todo con lo que le rodéa, mas es impotente para con el que mora en las alturas. I ¿quién me asegura que este pueblo, que ahora me aclama en el vértigo de su alegría, no se congregará mañana con el mismo entusiasmo para danzar sobre mi losa?.. Con todo, ya no es posible retroceder, i miéntras llega el castigo del cielo, no hagamos infructuosa la sangre del desgraciado Suárez.

Dijo el oidor, i sentándose en él mismo sillon que una hora ántes habia ocupado el virei, escribió con su misma pluma una órden para que, sin pérdida de momentos, se condujese a aquel infeliz caballero a una de las islas desiertas del Pacífico, donde debía guardársele hasta nueva órden.

El arrepentimiento empezaba a hablar al corazon de aquel ambicioso, pero su espíritu seguia rebelde a la moral. Misterios incomprensibles en el hombre!

CAPITULO XXI.

VALOR I DIGNIDAD.

El sordo rumor de la caida de Núñez llegó hasta el apartado rincon que habitaban Jilma i su esclava. Las pobres mujeres asomándose al balcon i viendo tanta jente amotinada en la plaza, temieron por su suerte i se encaminaron en busca del virei. Sinembargo, media hora habia sido mas que suficiente para que las cosas cambiaran de aspecto en el pais, i durante esa media hora su protector había pasado del palacio a la cárcel. Así dispone la alta sabiduría de Dios de la suerte de los pueblos!

Jilma entró la primera en el salon, teniendo ántes el cuidado de velarse el rostro con la manta de su turbante. Cepeda reparó en ella con asombro, i esclamó:

—Una india aquí!....mis ojos no se engañan?

Jilma esclamó tambien por su parte i a media voz:

—Gran Dios! Cepeda aquí! e hizo un movimiento para retirarse.

—Oh, soi mui feliz! pensó Cepeda con un cinismo atroz, parece que el dia va a ser completo! I adelantándose a recibir a Jilma, la dijo:

—Oh! i qué buscais aquí?

—Lo que el patrio suelo me niega por doquiera.

—La libertad acaso?

—Hai, replicó Jilma con marcado acento de entereza; hai para las mujeres de mi linaje algo ántes que la libertad: el honor. Busco pues una guarida donde preservarlo.

—Qién sois, entónces?

—No creo que importe para nada saber quién soi. Sabéd solo que soi mui desgraciada, i que vengo huyendo del bosque natío, donde se me persigue como a la alondra el gavilan. Pero no estoi sola, el virei Blasco Núñez me ha ofrecido su proteccion. Mas ¿dónde está? qué es que no lo veo?

La palabra *proteccion* hizo sonreir lijeramente al licenciado, pero queriendo ir recto ácia su objeto, dijo a la desamparada niña:

—No dudo, hermosa, que habeis escojido un buen protector, pero hubiera sido mas cuerdo no ocurrir a donde hombre tan malvado.

—Qué! malvado lo llamais? permitid que os recuerde que es el virei.

—Ya no lo es por fortuna. Justo el pueblo, acaba de bajarlo del mando.

—A él, tan bueno i tan noble?

—Le lisonjeais.

—Le hago justicia; no podré olvidar nunca que sostiene nuestra causa con caballeroso desprendimiento. Quién fué su acusador?

—Parece que vuestra voz tiembla al preguntar? Lo amabais acaso?

—Respondedme, insistió la doncella real sin dignarse contestar a la villana pregunta del oidor.

—Perdonad, pero no quisiera aflijiros.

—Su acusador! su acusador! insistió Jilma.

—Fuí yo, dijo dulcemente Cepeda.

—Necia de mí que pregunté lo que debia haber adivinado! Bastaba veros profanando su puesto para comprenderlo así. Blasco infeliz!

I los ojos de Jilma lanzaron llamas, que se vieron brillar al traves del encaje que los cubria.

—Era su amante, sin duda, pensó Cepeda.

—Mas, de qué lo acusásteis? preguntó con arrogancia i desprecio la hija de Manco.

—De asesino, respondió friamente el oidor.

—Es una impostura infame.

—Es hecho probado.

—Con qué?

—Con un cadáver.

—Él nada prueba.

—Hai testigos.

—Oh! testigos! testigos! esclamó la niña con un acento próximo a ser ahogado por las lágrimas. Ese es el gran recurso de vosotros los españoles. Porque hubo testigos, hicísteis morir en una hoguera al grande Atahualpa, i al heróico Almagro en un patíbulo. Cuidado con vos, señor oidor, no sea que se encuentren tambien testigos para colgaros.

I luego, como plegando a un pensamiento súbito, añadió :

—Quién fué el asesinado ?

—Illen de Suárez.

—Ai ! oidor, ya pasa de infame tan injusta acusacion. Yo presencié la muerte de ese infeliz anciano, i os juro que el virei está inocente.

—¿Es cierto lo que decís ? preguntó turbado Cepeda a la indiana.

—Ya veis que pronto han empezado a hallarse los testigos.....

—Temblad, infeliz ! dijo Cepeda, levantándose amenazante i viniendo ácia Jilma. Temblad si tal secreto llegais a revelar : moriríais !

—Jamas cómplice yo de infamias i maldades! Oidor, hablaré mas alto que todos. Fué mi protector, i quiero pagarle con algo.

El golpe era tan inesperado para Cepeda, i era tan terrible al mismo tiempo, pues si Jilma hablaba podian trocarse los papeles entre él i el virei, que, no obstante su gran serenidad, quedóse algunos momentos como aturdido, cuando no buscando en su imajinacion un medio para traer a la desconocida india a su partido. Hallólo al fin a su parecer, i acercándose galantemente a Jilma empezó a hablarle de esta manera :

—Perdonad, india hermosa, mi inusitada arrogancia, i tened a bien no acusar mi razon, pues la he perdido.

—Oh ! dijo Jilma riendo apesar del dolor que reinaba en su corazon. ¿ Conque es decir que mi belleza os ha herido de amor, sucio reptil ?

—Oh ! esclamó Cepeda sobresaltado por una idea que parecía romperle el craneo por su inmensidad, i sin pararse a examinar la burla ni el desprecio de su interlocutora. Oh ! decidme al punto quién sois, por piedad, pues vuestra habla despierta en mí recuerdos de alegría!

Jilma llevó su mano a las sienes con la majestad de una reina i echando a un lado su turbante blanco, dijo al oidor desafiando su jesto i su mirada.

—Cepêda, Jílma soi!

—A el alma mia, esclamó Cepeda arrebatado, bien lo dijo lo hermoso de vuestra voz. Con que sois Jilma? sí! me lo decia mi corazon con sus latidos! Jilma! Jilma! oh, la diosa de mi amor!.....

I el licenciado no tuvo ya mas palabra ni mas voluntad: tanta así era la vehemencia de su pasion.

—Oh! no me digais eso, Cepeda, sierpe astuta que *vivís* en acecho, pues solo yo sé cuánto eres torpe i atrevido. Hacer mal es para vos la suprema de las dichas, ambicioso sin freno, hombre sin lei, conspirador infernal!

—No, Jilma, no me acuseis así; mi sola ambicion es postrarme a vuestros piés, dijo el oidor enajenado i dobló una rodilla ante la indiana acusadora.

—Oh! mui bien estais así, observó esta con altivo desprecio, así he oído decir que se rinde culto a la belleza. Inclinad, pues, la frente a mi paso, i rendidme por odioso tributo el mar entero de las lágrimas de vuestro falso amor. Yo os contemplaré, en tanto, con regocijo salvaje, me deleitaré en vuestra agonia i seré feliz con vuestro sufrimiento. Oh, Cepeda! haceis bien en permanecer de hinojos ante mí; así es como debe estar el español ante las vírjenes peruanas; i mostrais bien que sabeis medir la distancia que hai entre la heredera de los incas i el pobre aventurero togado....

—No es ante la reina, dijo Cepeda levantándose vencido, ante quien doblo la rodilla reverente, es ante el sol de luz i de hermosura que calcina mi pecho de amor. Flor de los bosques, pura, virjinal, única estrella de mi horizonte, si vos llevais corona de diamantes como vuestros montes, cuyas cimas se pierden entre las tempestades i el zafiro, tambien llevo corona yo en la sien! Lo

que deslumbra mis ojos amantes no es, Jilma, vuestra raza jenerosa, es solo vuestra hermosura i vuestra gracia. Del palacio paterno en muelle estancia, fabricada de juncos i flores, al grato son de mil fuentes sonoras, bajo el ágrio i hervoso peñascal, os ví por la vez primera; recordadlo bien, Jilma; i desde entónces vuestra imájen vive en mi memoria, albo recuerdo, serenísimo encanto del corazon!

—Ahogad, infeliz, ese acento pérfido; amor no tengo yo para el villano que oprime mi nacion. Odio, si quereis, os daré en abundancia, pues tengo de él repleta el alma; i mi convulso i enojado labio solo sabe destilar para vos ondas impuras de amarguísima hiel. Ya sabeis que aborrezco vuestros amores, que os desprecio como hombre i como amante, que huyo de vos, i que estoi dispuesta a morir ántes que a escucharos. ¿Para qué, pues, ese afan de seguirme? Sin hogar i sin padres ¿no es mi destino bastante infeliz? Pensais, soberbio, que puedo amaros, cuando solo encierra traiciones vuestra mirada, i hace latir de horror al corazon? Oh! las fieras no se aman!

—Con que fiera solo soi a vuestros ojos! respondió Cepeda con ironía, i vaga en mi mirada silenciosa la traicion i la infamia?... Bien! temblad, que estais en mi poder.

—Oh! si no es eso cierto, decid ¿qué hicísteis del virei?

—Ah, Jilma! i quereis que no lo odie de muerte cuando lo amais! i que aplauda vuestro amor i vuestra ardentía!

—Amar yo al virei? Oh, no! mi amor es respeto i agradecimiento.

—Respeto que anubla vuestra mirada i que tiñe de muerte vuestro semblante. Guai! Jilma, de él i de vos!

I el irritado amante asió de un asiento i se puso a la

mesa a escribir, diciendo:

—Voi su muerte a decretar en vuestro nombre.

—Su muerte no, delirais, Cepeda. Yo estoi aquí para salvarlo, i lo salvaré. Tengo mucho oro, i al oro no sabe resistir el aventurero.

—Pero vos no saldreis de aquí, gritó Cepeda interponiéndose amenazante entre Jilma i la puerta.

—Quién me lo impedirá? preguntó la vírjen, armando su flecha.

—Yo!

—Apartaos, Cepeda, o esta flecha envenenada irá, *breve i sutil*, a derramar la muerte en vuestro pecho!

Cedió Cepeda ante la amenaza de Jilma, i esta i su esclava desaparecieron en el instante.

CAPITULO XXII.

UN CONSEJO PEDIDO I REHUSADO.

El triunfo de Cepeda fué un triunfo efímero i sin consecuencias.

Su plan respecto de Gonzalo Pizarro era disuadirlo de sus intentos; cosa tan fácil como persuadir al tigre a que abandone su presa. Juntó, pues, la Audiencia en seguida i la redujo a que mandase un mensaje al héroe traidor, indicándole que aún era tiempo de volver atras, que lo hiciera i que se le firmaria un perdon absoluto.

Gonzalo recibió la embajada una tarde al ponerse el sol en los valles de Xáuja; i aunque los pliegos del licenciado iban escritos con mucha habilidad i se le colmaba en ellos de lisonjas, sonrióse al leerlos, i dió a Francisco de Carvajal, su Aquíles i su Nestor a un mismo tiempo, la órden de adelantarse sobre Lima con cincuenta jinetes i obrar discrecionalmente.

Este Francisco de Carvajal era el mismo que habia dado el triunfo al consejero Vaca de Castro en la fiera

batalla de Chupas, i que ahora, por una de aquellas razones que no arguyen demasiado en favor de la fidelidad española en los militares de la conquista, peleaba bajo las banderas de la traicion, con el mismo valor que lo habia hecho bajo las del rei. Era uno de aquellos fuertes i raros soldados de la edad de hierro, a quien venian como de molde las viejas palabras del romance guerrero

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

El viejo adalid no se dejó dar la órden dos veces, i los embajadores de la Audiencia tuvieron que doblar sus marchas para llegar a Lima ántes que él.

Grande fué la consternacion de Cepeda cuando supo la resolucion de Pizarro; temió hasta por su vida, i exhausta su mente de recursos e intrigas, no le quedó mas partido que encaminarse a la cárcel pública, a conferenciar con el infortunado caballero Vaca de Castro, quien con una cadena a la cintura i tendido sobre un poco de paja en un rincon oscuro, esperaba del tiempo el remedio de los males que le habia acarreado su mérito.

—Vos aquí? fueron las primeras palabras del prisionero.

—Sí, yo, señor; pero no os sorprendais: es servicio del rei.

—Segun eso, ya ha llegado la sentencia de mi muerte, i venís a comunicármela?

—Por qué lo creeis así?

—Porque hace ya mucho tiempo que *el servicio del rei* (i el prisionero acompañó estas dos palabras con una amarga sonrisa) no significa para mí sino dolores sobre dolores.

—Por el contrario, dijo Cepeda, creo que ahora es de vuestra libertad de lo que se trata.

—Que sea así, esclamó el de Castro con un suspiro. Es tan dulce la libertad ! con ella se vuelve a ver el sol, el mar i las flores ! Oh ! repetidme que se me pondrá en libertad ; es una palabra tan grande, que hace felices hasta a los que no podemos mas que pronunciarla.

I luego, como volviendo de un arrebato indebido, añadió :

—No creais por esto que suplico, ni que pido gracia: estoi bien léjos de hacer eso. Yo no quiero sino la libertad o la muerte, pero pronto, en el instante mismo si fuere posible.

—Bien conozco, señor, observó el licenciado con acento mañoso, cuánta desesperacion, i justa, encierran vuestras palabras ; pero quejaos de vuestras desgracias a la mala política del virei : él solo es el responsable de vuestros sufrimientos.

—No, oidor, replicó el prisionero con dignidad ; no es de Núñez de quien debo quejarme, es de mi honradez. Entregué el mando cuando pude retenerlo en mis manos, i me perdió mi hombría de bien.

—Sinembargo, debeis consolaros porque Blasco Núñez ha caido tambien.

—Ha caido tambien ! repitió el consejero espantado : no parece sino que fuera una maldicion superior que pesase sobre el trono del Perú; todos los que lo hemos ocupado de Huayna Capac hasta Núñez hemos caido víctimas del puñal, la política o el veneno.

I el grande hombre quedó engolfado en meditaciones sombrías.

—Bien, continuó Cepeda, el vírei ha caido, i yo le he sucedido en el poder....

—Vos ? interrumpió Vaca de Castro como espantado de lo que oia ¿ i a qué deberé atribuir el honor de vuestra visita ? Venís a descargarme el último golpe, orde-

nando mi muerte; o venís a abrirme las puertas de la libertad.

—Tal vez haga lo último mas tarde, por ahora es imposible. A lo que vengo es a pediros un consejo.

—Un consejo a mí? Oh! vos os burlais: qué va a deciros un pobre preso como yo!

—Es el caso que Gonzalo Pizarro ha levantado en el Cuzco bandera contra el rei, i su vanguardia penetra ya en las primeras cuadras de la ciudad. Bien, pues, yo quiero tomar consejo de vos en las presentes circunstancias.

—Oh, señor! dijo el consejero lleno de talento, sois vos mui sabio para que yo pueda aconsejaros ninguna cosa: ocurrid a la Audiencia.

—Oh! la Audiencia! la Audiencia! repitió Cepeda con ironía. Feliz de vos, señor, que no sabeis quiénes son los sujetos que la componen.

—Ciertamente que un calabozo es el punto ménos a propósito para estudiar i conocer a los hombres.

—Pero, señor, oidme. Gonzalo Pizarro está en armas; Blasco Núñez ha sido depuesto por la Audiencia i habita actualmente una isla desierta del Pacíficico; la opinion está pronunciada en favor de Pizarro, i los amigos de la corona no tenemos los medios bastantes para hacer respetar sus derechos. Tal es la situacion, iluminadme con vuestros consejos.

—Me dísteis a entender ahora poco que la Audiencia se componia de mentecatos ¿cómo ha podido pues atreverse a deponer al virei? I los ojos de Castro brillaron llenos de intelijencia al hacer esta observacion.

—Ah! ah! dijo Cepeda ¿i quién responde de que lo que ha hecho la Audiencia no sea un disparate?

Vaca de Castro nada respondió; era cosa fuera de toda duda que el licenciado no se dejaba aprisionar en sus propias redes.

Hubo despues un poco de pausa, durante la cual el

consejero pensó en que se las estaba habiendo con un hombre mui hábil, i resolvió no soltar prenda ninguna. ¿No se le podia estar tendiendo un lazo, haciéndole creer cosas que tal vez no habian sucedido? Por otra parte, si era verdad todo lo que el oidor le decia ¿a qué fin ayudar a combatir a Gonzalo Pizarro, cuando él venia para Vaca de Castro como redentor, i no como verdugo?

Dijo pues al licenciado:

—Pensad mucho lo que haceis, señor oidor, que bien lo merece lo grave del asunto; yo no doi a vuestras demandas mas respuesta que el silencio.

—El silencio decís?

—I no miento, señor. Yo soi un pobre prisionero, que no espera sino la libertad o la muerte. Si resolveis la primera, avisádmelo para preparâr mi corazon a la felicidad; i si la segunda, avisádmelo tambien para preparar mi alma a Dios. Por lo demas, nada tengo que ver con la política.

Cepeda se mordió los labios al comprender que no habia sacado nada de su entrevista, i se retiró de la prision de Vaca de Castro pensando en que era mejor tener por adversario a Núñez, que a ese altivo caballero, lleno de sagacidad i valor.

El licenciado se habia detenido en la prision mas de lo que a sus intereses convenia, i cuando volvió afuera, halló que la ciudad estaba en la mayor ajitacion, pues se disparaban algunas armas, habia grupos de jente en las bocacalles i se reducia a prision a varios caballeros principales. Aunque valiente, su corazon no pudo ménos de helarse, pues su primera idea fué que el virei habia logrado escaparse i efectuaba una reaccion en los sucesos; i si tal acontecia, no le quedaba mas partido que la fuga.

Sinembargo, no era Cepeda hombre de dejarse llevar

por la primera impresion, i llegándose a una abecería que aún estaba abierta, pues era bien entrada la noche, preguntó por lo que pasaba. Dijéronle que eran las tropas de Gonzalo Pizarro que habian empezado a entrar en la ciudad, con lo que se alejó mas sosegado, tomando el camino de los arrabales, a fin de meditar despacio sobre la situacion i fijarse un partido que adoptar.

La casualidad mas que otra cosa llevólo ácia unos grandes árboles que quedaban a orillas del camino, a cuyo pié se sentó con toda la postracion de espíritu de un hombre que se siente vencido, mas por los sucesos dirijidos por el alto i secreto poder de Dios, que por el poder de los hombres.

I es indudable que su meditacion hubiera sido mui larga i laboriosa, si al levantar los ojos ocasionalmente al cielo, no hubiese visto pendientes de las ramas mas gruesas de los árboles, los espantosos cadáveres de tres hombres recientemente ahorcados. Lanzó un grito e intentó huir, pero una mano de jigante cayó sobre sus hombros casi con tanta fuerza como el hacha de Vulcano sobre la cabeza enferma de Júpiter, i un hombre alto i grueso, digno propietario de aquella mano de hierro, le dijo :

—No se afane, vuesa merced, señor licenciado, pues que por su traje comprendo lo que es : ahí no hai colgados mas que tres de los principales de Lima, i la lista ha de ser larga a lo que parece.

Cepeda no supo qué contestar ; pero el desconocido lo sacó de su embarazo agregándole :

—Id de mi parte i decid a los oidores, que igual suerte se les espera si mañana no proclaman rei del Perú a Gonzalo Pizarro.

—Quién sois vos, pues, para mandarles ese recado ?

—Francisco de Carvajal.

I Cepeda no se esperó a mas contestaciones, sino que desapareció de aquel lugar con la rapidez del águila.

CAPITULO XXIII.

EL JURAMENTO.

Cepeda departió esa misma noche bastante largamente con sus camaradas, i a la mañana siguiente, 28 de octubre de 1544, la ciudad de Lima apareció toda de gala. Construyéronse a la lijera arcos de triunfo en sus calles principales, revistiéronse las puertas i las ventanas de brocados riquísimos, tronó el cañon, esa voz solemne de toda fiesta nacional, i echáronse las campanas a vuelo. La jente hervia en las plazas i avenidas de la ciudad, cruzaban los jinetes en briosos i descansados caballos llevando o trayendo órdenes, abríanse de par en par las puertas del palacio de los vireyes, obra colosal del marques Francisco Pizarro, i la música de los batallones tocaba a porfía i con el entùsiasmo propio en una gran fiesta popular.

Cerca de las doce salió la Audiencia en cuerpo i vestida de gala, i avanzándose milla i media de la ciudad, recibió de oficio a Gonzalo Pizarro, quien solo esperaba este requisito para entrar en la capital de los reyes.

Cepeda estaba pálido i conmovido. Como presidente de la Audiencia llevaba la voz; pero pudo apénas decir al vencedor:

—Servios, señor, entrar en la ciudad, cuyas llaves de oro pongo humildemente a vuestros piés, el bien jeneral así lo exije. Salvad la paz, i la Corona resuelva despues.

Pizarro recibió las llaves de manos del licenciado sin responder palabra, i llamando a los miembros de la Audiencia para que cabalgasen junto a él, empezó su entrada triunfal.

Gonzalo Pizarro era todavía bastante jóven. Habíase puesto ese dia al frente de todos sus lanceros, i montaba un caballo magnífico revestido de gualdrapas de grana i oro. Iba completamente armado, i llevaba sobre la armadura una túnica bordada profusamente de piedras, junto con una capa carmesí guarnecida de brillantes adornos. Era su porte majestuoso, i su ancha barba, negra i caudal como la cola de un-pájaro nocturno, daba a su fisonomía cierta espresion marcial mui propia de los novelescos caballeros de su siglo. Marchaba delante de él el estandarte real de Castilla, e iban a sus costados la bandera del Cuzco i el estandarte de los Pizarros, en cuya tela hermosa campeaban las armas concedidas por la Corona a esta casa de la fortuna i del valor.

Al entrar en las calles de la ciudad hubo aclamaciones estrepitosas, coronas i flores. Las tropas desfilaron en órden de batalla, i todo aquel dia se pasó en regocijos i felicitaciones. Solo Gonzalo no parecia estar satisfecho de su gloria. El dolor siempre como que reserva la mas punzante de sus espinas, la duda, para el héroe de toda jornada.

Entró pues a palacio con aspecto sombrío, i sin saber él mismo porqué, se encaminó al salon donde habia sido asesinado el marques su hermano, despues de ordenar que nadie lo siguiese porque queria estar solo

Tres años hacia que el marques habia sido asesinado, i sinembargo el salon donde habia tenido lugar el sombrío suceso se encontraba en el mismo estado. Entró en él Gonzalo con el paso trémulo i el corazon palpitante. Sus ojos, como estraviados, vinieron a fijarse en el muro, manchado aún con la sangre de su hermano; i como si aquella sangre humease todavía, i como si todavía fuese tiempo de secarla, llevó el héroe su mano sobre ella, pero estaba fria i petrificada como el granito que le servia de urna funeraria.

Quedóse Gonzalo pensativo largo rato ante aquella muestra de la inconstancia humana, i su alma vuelta atras como evocada por una deidad superior, volvió a representarse al marques, a Hernando i a Juan, cuando no eran mas que tres soldados oscuros, sin ambicion ni idea cabal de la gloria, i casi estuvo por envidiar esa especie de felicidad aparte, que no se goza sino en los estados humildes, i que no se lamenta sino cuando se echa ménos desde la cumbre vertijinosa del poder. I el héroe, suspendido entre los dos abismos sin fondo del pasado i del porvenir, quedó cabizbajo e indeciso, como el águila real que se cierne turbada entre el azul de los cielos i el de los mares en un dia de verano.

I no era para ménos la situacion. Lo que estaba presente delante de sus ojos era la sangre, pérfidamente vertida, del hombre que, sin mas recurso que su espada, habia conquistado el mundo mismo que Colon habia arrebatado al océano; del guerrero cuyas hazañas sin paralelo, habian hecho estremecer de celos el pecho del arrepentido de Juste.

Dió Gonzalo algunos pasos por el salon, i quitándose el yelmo de acero luciente, zafándose los guantes de búfalo i desenvainando la espada, dobló una rodilla con relijiosa reverencia, i juró en presencia de Dios, habitador de toda soledad, lavar esa sangre preciosa con el castigo de los verdugos de su hermano. Paróse en seguida ya mas tranquilo, i llamó a Carvajal para conferenciar con él.

Digamos dos palabras sobre este personaje ántes de introducirlo en la escena.

Francisco de Carvajal, oriundo de Ragama, aldea de Arévalo en la península española, tendria entónces de ochenta i dos a ochenta i cuatro años. Su porte era majestuoso, i su talla la mayor de las que habian pasado a América.

Era hombre tan raro en su porte como en su manera de vestir. Llevaba por lo comun, en vez de capa, un albornoz morisco, de color morado, con rapacejo i capilla. Su sombrero era de tafetan negro, circundado de un cordoncillo de seda, que servia para mantener erguidas unas cuantas plumas de gallina, blancas i negras, cruzadas al rededor de la copa en forma de X. I sobre esto del uso de las plumas, era mui raro el parecer del maese de campo, pues opinaba que no debian llevarlas sino los soldados, por probar en ellos valor, de la misma manera que en los paisanos probaba liviandad.

Sus armas eran por lo comun uno o dos piés mas largas que las de sus compañeros, i gustaba siempre de montar los mejores caballos, beber los buenos vinos i galantear las lindas muchachas. Aunque sin cultura ninguna, tenia un espíritu pronto i avisado como se notará por los siguientes pasajes.

Habiendo entrado con Borbon en la ciudad de Roma i entretenídose demasiado en el combate miéntras sus compañeros se aprovechaban del saqueo, cuando fué por su parte ya no quedaba nada. Quedóse Carvajal pensativo por algunos momentos, i luego alejándose de su cuerpo, cuyos soldados se reian mui cordialmente de su desgracia, se fué a una notaría de las principales, i cargó con los espedientes que le parecieron de mas valia. Pasaron así hasta ocho dias, al cabo de los cuales llegó el notario afanadísimo a su cuartel, i a fuerza de empeños i ruegos logró rescatar los espedientes por la suma de mil ducados de oro. Fué hasta entónces que los vencedores conocieron la importancia del botin de su camarada, el cual no habia servido hasta allí sino para hacerlos fecundos en burlas.

Viajando en otra ocasion Carvajal por el Collao, encontró con un mercader que acababa de desembarcar de Panamá catorce o quince mil pesos en brocados, ter-

ciopelos, paños finísimos de Segovia, Holanda i Ruan, rasos i damasco, el cual cargamento llevaba consigo en mui buenas acémilas.

—Hermano, dijo Carvajal deteniendo su troton i apoyando la lanza contra el suelo, me alegro mucho de haberos encontrado, pues estoi sin blanca, i en buena guerra todo ese cargamento me pertenece.

El mercader, que no era lerdo i que conocia al maese de campo como todos en el Perú, detuvo tambien cortesmente su mula i respondió a Carvajal:

—Señor mio, en guerra i en paz es de vuesa merced esa mercadería, porque en nombre de ámbos hice el empleo en Panamá, i espero tener el honor de que nos dividamos por mitad las ganancias. Voi pues a realizar todo a los mejores precios, i luego partiremos.

Mandó en seguida el mercader que descargaran una mula i dió al guerrero dos botijas de vino tinto, i dos docenas de herraduras, mui estimadas en aquel entónces en el Perú, i cuyo valor no bajaba de un marco de plata por par.

—Tomad, le dijo entregándole todo, i ved que no os he olvidado en mi viaje.

Departieron los dos socios durante largo rato i Carvajal dió al mercader un escrito (conducta de capitan) por el cual debian los indios servirle durante el viaje i darle grátis todo lo necesario; i en Potosí, lugar a donde iba destinada la mercancía, se prohibia a los comerciantes abrir sus tiendas i hacer trato ninguno hasta que el socio del guerrero hubiese despachado toda su hacienda.

Con lo que se separaron despues mui contentos uno de otro.

En otra ocasion, habiendo vuelto al Cuzco victorioso del capitan Diego Centeno, como hombre pródigo i gastador, dió en su casa a varios amigos un banquete jene-

roso, en que se prodigaron algunas arrobas de vino, que entónces costaba nada ménos que a trescientos pesos la arroba. Embriagándose todos, cada uno cayó dormido para el lado que pudo.

Salió entónces de su aposento doña Catalina Leiton, esposa del maese de campo, i por dar a entender a su marido lo mal que hacia en costear semejantes bacanales, díjole:

—Pobre Perú, i cuál están los que lo gobiernan!

—Calla, vieja ruin, i de lo que te espantas! dijo con mucha formalidad Carvajal; déjalos dormir un par de horas, que cualquiera de ellos es bastante para gobernar medio mundo.

Con estos preliminares introduzcamos al lector a la conferencia de Gonzalo i su teniente.

CAPÍTULO XXIV.

EN DONDE SE VERÁ QUIEN ERA EL MAESE DE CAMPO DE GONZALO.

—Supongo, dijo Carvajal entrando a donde Gonzalo con la familiaridad que pudiera hacerlo un padre con su hijo; supongo que estarás satisfecho de mí. Vamos! ya eres rei, recuéstate i descansa un rato.

—No, Francisco; no es bastante lo hecho todavía.

—No es grande tu favor con el pueblo?

—Al parecer sí es grande; pero el pueblo suele ser rencoroso a veces.

—Rencoroso, i por qué?

—Porque habeis sido cruel en esta ocasion.

—Cruel? ni por pienso! Cierto que colgué tres nobles; pero, Gonzalo, estaban tan hermosos los árboles, que me pareció que no era cosa de desperdiciar.......... mas, en otra ocasion *nos* manejaremos con mas cordura: *nos* valdremos del garrote en vez de la soga.

—Dejaos de esas chanzas, Carvajal; teneis ya ochenta i tantos años, i no os sientan bien semejantes hazañas.

—Quita allá el escrupuloso! Si colgué tan solo tres, fué por evitar que riñésemos; pero si hubiera sospechado lo que está pasando, me hubiera portado de distinta manera. Aparte de eso ¿ qué son tres bribones ménos para esta tierra dichosa, que los posee a cientos, como el agua los peces? Por otra parte, conozco mejor que ninguno los lances de la guerra, i esos tres hicieron entrar al pueblo i a los oidores en razon. Creeis que sin eso se hubieran prestado gustosos a recibirte?

—Ello es que no dejarán de acusarme de tirano.

—Pues qué! no piensas serlo? Era la última que nos podia suceder! Tirano i mui tirano, sí, señor. De otro modo ¿ de qué nos podria valer lo que hemos hecho?

—Vamos despacio, Carvajal.

—Qué daspacio ni qué embrollos! quien tiene dos mil soldados, que parecen otros tantos leones, no debe andar por el asqueroso camino de la pusilanimidad.

—Obremos como políticos i no como guerreros.

—Obremos, Gonzalo, como obrará el rei con nosotros si caemos en sus uñas. Nos tratarán como tiranos; seamos pues tiranos en verdad.

La razon no dejaba de tener su fuerza, i el último de los Pizarros se puso a pasear sin replicar nada.

Carvajal continuó:

—No estoi por tu política, hijo mio. Cuando se juega el pescuezo como lo estamos jugando nosotros, lo mejor es hacer algunos avances ántes de que llegue la hora de los desengaños. He estudiado largo tiempo el arte de la guerra con el Gran Capitan i con el mismo emperador Cárlos V, i no estoi por debilidades ni por condescendencias.

—Respeto como es debido vuestros consejos, Carva-

jal, pero no olvideis que la prudencia es madre de la buena ventura.

—La prudencia ¿ sirve acaso para otra cosa que para tumbarnos ? Óyeme, i sé dócil a mis advertencias. Manda poner preso al oidor Cepeda i remítelo sin pérdida de tiempo a Panamá.

—Qué decís ! al oidor ?

—Al mismo. Es un tunante, i nos va a dar mucho qué hacer.

—Os equivocais.

—El equivocado eres tú, Gonzalo. El oidor Cepeda está conspirando contra nosotros.

—Carvajal !

—Es un infame que nos hace la guerra por detras. Has de saber que ha reunido hoi mismo la Audiencia en el mayor secreto, i trabaja porque se nos forme un proceso. I sabes, hijo mio, preguntó con acento de melosa malicia el veterano ¿ sabes lo que significa un proceso en el Perú ? Un proceso es una sentencia de muerte.

—Algo me habian dado ya que sospechar sus rastreras adulaciones. Pero no importa, tengo en mis manos el medio de hacer de Cepeda el mas dócil i obediente de mis esclavos.

—Bien, confio en tu habilidad i en tu poder ; i de no, ahí está mi lanza que sabe resolver mas de una cuestion. Vamos a otra cosa ; i el maese de campo dió a su cara todo el aire de seriedad de que era capaz, i que a decir verdad no era mucho.

—Decid.

—Bien sabes, hijo mio, que cuanto encierra este pais en minas, ciudades, montes i mares es tuyo ; tuyo únicamente, porque no queda mas heredero del marques Pizarro. Él lo conquistó todo con su valor, pues

los reyes en nada pudieron ni quisieron ayudarlo; manos pues a la obra.

He aquí mi pensamiento.

Levantamos un trono para tí en esta ciudad; quemamos, como Cortes, todas las naves que cruzan entre las costas incas i las de Panamá, de modo que quede rota toda comunicacion con España; damos despues muerte a Núñez, Vaca de Castro i Cepeda; te casas con una princesa de la sangre real, i dejamos a Dios i al tiempo que hagan lo demas. Con tu enlace con la familia del sol, traemos a tu partido el mui poderoso de los incas; i confiando a las olas solitarias del océano la guarda de la nueva corona, sabremos reirnos de las huestes vencedoras de Castilla.

Calló Carvajal i Gonzalo quedó mudo de admiracion. El viejo soldado penetraba el porvenir con ojo mas certero que el suyo; pero el héroe no queria encastillarse sino lidiar. Era para él mejor ceñirse la corona del Perú ganando diamante por diamante sobre los campos de batalla, que obteniéndola con el asesinato de sus predecesores, i el cobarde desafío a un rei distante dos millares de leguas, despues de haberle interpuesto el mar i los desiertos para que no pudiera combatirlo.

Los Pizarros eran mas soldados que políticos.

Sinembargo, aunque Gonzalo rechazaba de firme el plan de su maese de campo, no por eso dejó de vencerlo la curiosidad, por lo que díjole con alguna gracia.

—I dónde está, amigo, esa princesa real con quién deberé desposarme?

—Si no es otra la dificultad, yo te presentaré una que eclipsará en hermosura a las mismas sultanas del Oriente.

—Mucho me temo que exajereis; pero de todos modos, la veré para resolverme.

—Dame solamente un dia para presentártela. La tengo mui cerca de aquí, pero deseo prepararla.

—Un dia o un año, Carvajal, dijo Gonzalo riendo de lo que él llamaba en su interior, la *candidez* del viejo veterano.

—Por qué te burlas? preguntó Francisco.

—Porque no hai en todo el Perú esa vírjen que me prometeis. Ahora quince años sí habia una; pero esa ya ha muerto, observó el héroe poniéndose pálido. Ella sí hubiera sido mui digna de lo que me proponeis, pero era esposa de un gran príncipe, i entónces no soñaba yo, como hoi, en *coronarme*. I Gonzalo acentuó esta frase como supremamente ridícula.

El fiel amante se acordaba de su linda Azucena.

—El que haya o no esa vírjen es cosa que corre de mi cuenta. Deja que el plazo se cumpla i él será el que decida de mi comprometimiento.

I el veterano salió del salon con aire de completa seguridad.

Veamos entre tanto lo que era de Jilma.

CAPITULO XXV.

LA RECOMPENSA.

El primer intento de Jilma el dia que se escapó de las garras de Cepeda, fué huir de la ciudad, i esperar en alguna parte a que las cosas variasen de aspecto, como tenia para ella que habian de variar; i entónces presentarse al representante del rei i probar dar la libertad a Blasco Núñez acusando a Cepeda.

I ninguno mas apropósito que ella para llevar a cabo tan jeneroso intento. Ella habia presenciado la muerte del factor, i sabia mui bien que el virei estaba inocente. Por otra parte, hallaba no sabia qué de grande i de romántico en hacerse la defensora i salvadora del hombre a quien debia el cariño de un padre i los cuidados de un amigo. Ese proyecto era entónces el mas

lindo de sus ensueños i el mejor blanco de sus esperanzas. I a la verdad, habia mucho de atrevido i de noble en el pensamiento de aquella vírjen, desvalida ella misma, al pretender salvar a un hombre a quien condenaba la irritacion pública, preso por entónces en una cárcel i sin mas porvenir que el cadalso. Pero precisamente en lo arriesgado de la empresa era que Jilma hallaba mayor entusiasmo, mas gloria, i mejor recompensa para su corazon.

Salió pues preocupada con esta idea del palacio de Cepeda, i pensando a quién ocurriría para el logro de sus intentos, cruzó por su mente un pensamiento dulce como la primera sonrisa de un niño. Ese pensamiento no era mas que el recuerdo de un nombre i la representacion de un personaje a quien ni siquiera conocia la princesa.

He ahí el raro modo cómo pensó Jilma por primera vez el en héroe Gonzalo Pizarro.

Pues era en este último adalid de la grande epopeya peruana, que pensaba encontrar todo el apoyo i la nobleza que le negaban los otros hombres. Jilma no conocía a Gonzalo, pero sentia por él algo que no acertaba a esplicarse, i podia pasar mui bien por uno de esos amores grandiosos que beben las aves i las flores en las auras, i que guardan con misterio en los pliegues de su cáliz o en la urna de su corazon. Uno de esos amores réjios o anjélicos, que necesitan de un seno de vírjen donde morar, porque no pueden confundirse con el vulgo de los amores.

Jilma amaba pues a Gonzalo sin conocerlo, i este amor era su secreto i su felicidad. Poetisa como toda vírjen en sus primeros éxtasis de amor, bastábale la soledad de un bosque, la claridad de una fuente, el perfume de un jardin o el insomnio de una noche de luna, para despertar en su alma la maravillosidad de sus re-

cuerdos, i con los ojos preñados con el primer llanto de una pasion sublimada por el misterio, la voz trémula i palpitante el pecho, lanzaba desde el fondo de su alma aquellas notas que mas tarde hemos ido a recojer, junto con sus huellas de rosa, al pié de los muros mismos del palacio en ruinas de sus padres, los soberbios hijos del sol, i que dicen así:

Gonzalo! qué dulce acento,
I como halaga mi oido
Cual el suspiro del viento
En el ramaje perdido!.....
Cuando en la cumbre del monte
Se asoma blanca la luna,
Retratando al horizonte
En la dormida laguna,
Su imájen llena mi mente,
Sueño de lindos colores,
Sol que despunta en oriente
El dia de mis amores!....
No sé porqué lo amo tanto
Desde que nací, que ansío
Inundar sus piés en llanto
I ofrendarle el pecho mio!....
Dicen que es noble i valiente,
Como los incas, guerrero,
I que se lee en su ancha frente
Su raza de caballero;
Que cien combates ganando
A reyes de otras naciones,
Fué lauros amontonando
I ganando corazones,
Hasta hoi, que dueño se mira
De esta tierra jenerosa....
Hasta hoi que Jilma suspira
De amor por él silenciosa!....

He ahí el secreto de lo que pasaba en el corazon de la pobre niña. Acostumbrada a oir hablar desde su mas tierna edad de Gonzalo Pizarro como de uno de esos caballeros enamorados i valientes de la Edad Media, el relato i las tradiciones populares habian efectuado en su alma inocente una revolucion, i Jilma amaba al héroe sin conocerlo, como se puede amar un jénio misterioso i potente.

Empero, a la sazon pasaban las cosas de otra manera, i la gallarda hija de Azucena habia visto a Gonzalo victorioso entrar en la ciudad vencida a la cabeza de sus esforzados lanceros. Su noble apostura, lo rico de su traje i lo garboso de su caballo de guerrero, todo habia venido a confirmar a la niña en sus ideas respecto al vencedor de su raza. El sueño se habia pues convertido en realidad; no faltaba mas sino que la suerte la arrastrase por algun accidente hasta el pié del trono como la

habia arrastrado hasta los pies de Núñez, i Jilma ansiaba por ese accidente feliz.

La causa de ese accidente, como lo sabe ya el lecctor, debia serlo en breve el maese de campo Carvajal.

Sentada Jilma en un blando cojin oriental, recojidos los pies a la odalisca, i la frente apoyada sobre su mano breve i sonrosada como un lirio que se troncha sobre otro, meditaba hacía rato en alguna cosa que debia importarle mucho, o esperaba el resultado de algo que debia estarse verificando. De rato en rato sonreía como al recuerdo de alguna emocion de felicidad; i de rato en rato se ponia pálida i trémula como sobrecojida de un vago temor.

De repente entró Zuma en la estancia i trabaron la siguiente conversacion.

—Viste a esos hombres, Zuma?

—Los ví, señora.

—I oponen alguna dificultad?

—Solamente piden una gran cantidad de oro.

—Oro! Zuma, siempre oro! ése parece ser su dios i su afecto; pero dales todo el que pidieren. Te hacen falta algunas perlas, algunos diamantes?

—No, señora, les he dado ya todo lo que han querido.

—Oh! no vayas a reparar con ellos: en esta empresa lo que importa es el resultado.

—Pero......señora, permitidme la indiscrecion de una pregunta.....

—Hazla, Zuma, bien sabes que no abrigo secreto para tí.

—Cuál es vuestro intento al pretender libertar al virei? Pensais que reconquiste el trono?....

—Oh! no, Zuma, no me creo tan poderosa que intente lo que acaso no podria llevarse a cabo sino por medio de las armas. El interes que tomo por el virei, es

pura gratitud. Hizo todo lo que estaba en su mano por servirnos, i es preciso pagarle de alguna manera.

—Oh! señora, os manejais en esto como la verdadera hija de los incas; i para vuestro sosiego añadiré que esta misma noche quedará libre el virei, pues no se le llevó a una isla desierta del mar, como se dijo al principio de su prision, sino que lo mantienen a bordo de un buque en el puerto, i ya han salido para allá Puélles i Díaz segun nuestro convenio. Creo que volverán todos tres esta misma noche a la ciudad.

—Oh! i cuánto te debo, Zuma, por tantos favores! No era bastante que me sirvieses con la solicitud que lo has hecho desde la cuna, sino que hoi mismo no omitieras esfuerzo ni dilijencia por libertar al virei, cuando esa es la mas grande i urjente de mis aspiraciones. I la agradecida niña dió su mano a besar a la esclava.

Jilma quedó un rato como pensativa, i luego añadió:

—No habrá peligro alguno de que esos hombres nos engañen?

—No lo creo, señora, porque me han dicho que a ellos lo que les importaba era hacer su negocio. Que habian sido fieles al virei, miéntras la causa de este se encontraba bien i les era provechosa; que ahora servian a otro amo mediante las mismas condiciones; pero que, como el asunto era hacerse ricos i yo les pagaba bien, que no abrigara desconfianza de ninguna clase, pues que ellos abririan las puertas de la prision a Núñez a cualquiera costa.

Esta esplicacion satisfizo por completo a la intranquila Jilma, i dió órden para que la dejase sola su esclava, al tiempo mismo que se presentaba Carvajal para dar el primer asalto a la brecha.

CAPÍTULO XXVI.

EXTASIS I AMOR.

A la tarde del dia siguiente el sol se ponia en el horizonte majestuoso de luz i de arreboles, i Gonzalo Pizarro rebosante de gloria i de felicidad esperaba con inquietud a álguien que debia entrar en el salon. Estaba vestido de toda gala, i su pecho se dilataba con la misma alegría i con el mismo temblor, que cuando estaba en lo recio de sus amores con la esposa de Manco.

De repente rodó la puerta sobre sus goznes, i Carvajal conduciendo a Jilma por la mano, la presentó al guerrero con una sonrisa de triunfo i de placer.

Esa era la ocasion suprema de Jilma, i el miedo, el pudor i la belleza eran entónces en ella encantadores. Fué a andar i le faltaron las fuerzas, i cual se dobla una flor sobre los nudosos i apartados troncos de un roble, se dobló sobre los brazos del guerrero estendidos para recibirla, murmurando el dulce nombre de Gonzalo.

Deslumbrado este por la presencia de la real huérfana, esclamó :

—Con que no es un sueño, ni una vaga memoria !

—Un sueño! una memoria! no, Gonzalo : es una realidad, interrumpió Jilma, i léjos de huir, se dejó estrechar mas i mas por los brazos del rendido soldado. Mas reparando en seguida en que no estaba bien dejarse arrebatar así por su loca pasion, agregó, pero casi desfallecida :

—Perdona, Gonzalo, no sé lo que he hecho ; i avergonzada quiso huir.

—Oh ! vuelve en tí, flor de la aurora, repuso Gonzalo arrebatado. Me ha bastado verte para amarte.

—Con que me amas, Gonzalo ?



—Sí, te amo mas que a los ánjeles : como a Dios.

—Oh! no me engañes así, dijo Jilma palideciendo de temor. Seria matarme....

—Engañarte ? matarte ? no, nunca ! Preferiria morir a tus piés. Pero es cierto que me amas ?

—Con locura.

—Como a tu patria ?

—Sin fin.

—Como aman las aves el bosque, los ciervos la llanura ?

—Oh ! te amo mas que todo eso, Gonzalo, pues te amo como ama a Dios el serafin !....

—Qué ! tú eres cristiana acaso ? preguntó Gonzalo fuera de sí.

—Sí, lo soi, dijo la pobre huérfana bajando la voz amedrentada ; pero cuidado no nos oigan los de mi nacion......me matarian....me alejarian de tí !

—Oh ! bendita sea la incomparable madre del Salvador, esclamó el cristiano caballero cayendo de rodillas ante aquella seráfica aparicion, con que eres una hermana de los ánjeles del Señor ?

—Sí ; es un secreto, dijo la indiana levantando a Gonzalo ; mi cuna fué mecida por cristiana mujer, i en medio de tanta desolacion i amargura, me cabe esa felicidad.

—Tu nombre ?

—Jilma.

—Oh ! bello i sublime como tú.

—Pero no tan dulce como el tuyo, Gonzalo....

—I tu madre ?....su nombre ?

—Tenia el de una flor, la mas gallarda de nuestros prados.

—I tu padre ?

—Fué Manco.

—Manco ? el grande hombre, el sobresaliente militar!

—Desamparada en el mundo, vine a este palacio, donde fuí recibida con paternal cariño por el virei. Mas el virei ha caido desde la altura de su honradez, i no me queda mas amparo que el tuyo, si me lo quieres prestar. Eres, Gonzalo, un guerrero valiente; por eso abato mi cabeza hasta el polvo de tus piés.

—Oh! hasta el polvo de mis piés no, aunque ellos pisan el palacio de los reyes i las arenas sagradas de la raza del sol: bajas solo tu corazon hasta el mio, i me haces grande elevándome hasta tí.

Esta conversacion fué reanimando a Jilma poco a poco, i empezó a creerse verdaderamente feliz porque tenia la mano de Gonzalo entre las suyas; porque miraba confundirse sus alientos como el doble aroma de dos rosas amantes; porque sus ojos estaban igualmente húmedos i abrillantados de placer: tal suele ser el encanto de los enamorados.

Ya no se hablaban, pero sus almas se entendian sin necesidad de ese rústico símbolo de la voz; i sus suspiros, mas elocuentes i mas tiernos cada vez, hacian sonreir de gusto a Carvajal, que, mudo, enternecido i parado a alguna distancia de los dos amantes, esperimentaba el mayor placer de su vida. Era Gonzalo para él una persona mas querida que el mas tierno i amante de sus hijos; lo encontraba arrojado i bien puesto, i Carvajal no conocia en el mundo mas amor que el de los soldados valientes. El brillo de las lanzas, el sonido marcial de los atambores i los cimbreadores penachos de sus lejiones de combate, llenaban su corazon hasta la embriaguez; i de todos los que habian pasado a América ninguno mas apuesto, ni mas bizarro, ni mas valeroso que Gonzalo. De ahí la adoracion sin límites de Carvajal.

Su amor por Jilma se esplicaba por el mucho amor a Gonzalo. La niña, a parte de su hermosura, era la mas espléndida personificacion del vasto imperio de los in-

cas; ganarle pues el corazon, era ganárselo a todo el pueblo peruano, i bien se puede levantar un trono sobre el corazon entusiasmado de un pueblo grande i poderoso. El trono para Gonzalo era la primera aspiracion de Carvajal.

Contemplábalos pues en silencio como hemos dicho mas atras, i su faz tostada por los rayos del sol de los batalladores, ese sol que en Ravena i Pavía, Méjico i Cuzco habia ennegrecido su cuerpo i teñido de nieve sus largos cabellos, era la espresion viva de su interes i de su afecto.

Contraste misterioso i solemne! De un lado una vírjen salvaje i un guerrero cristiano, juntados por la mano misteriosa del destino bajo los palmares americanos para efectuar por medio de los secretos del amor la alianza de dos mundos desconocidos, i la mezcla de la sangre de dos razas opuestas; i del otro la personificacion de toda una jeneracion armada i combatiente, que venia a visitar de guerra el suelo de los incas como enviado por el espíritu militar de Cárlos V, el duque de Alba, Pelayo o el Cid!

La noche habia entrado ya bastante i Jilma i Gonzalo continuaban entregados a los trasportes de su feliz amor, cuando crujió en el paredon de la estancia la puerta secreta por donde habia salido el factor a recibir la muerte que le dieron alevosamente Díaz i sus arcabuceros, i Gonzalo parándose i saliendo al encuentro del que parecia venir, tuvo tiempo apénas de indicar a Jilma que entrase a la vecina cámara, a donde pasó seguida de Carvajal.

CAPITULO XXVII.

TIPOS CABALLERESCOS DEL SIGLO XVI.

Entró el desconocido por la puerta secreta, i dejando rodar hasta sus piés la ancha i negra capa en que venia

envuelto, paróse ante Gonzalo lleno de majestad, i con los brazos cruzados sobre el pecho, díjole:

—Parece que estais solo?

—El virei! esclamó Gonzalo, i helóse de espanto i de sorpresa. No estabais preso?... quién ha podido libertaros?

—Sí, estaba preso, respondió Núñez con toda la calma de su carácter de noble español, doblemente grave en las circunstancias; sí, estaba preso; mas jenerosa i oculta mano ha abierto las puertas de mi prision i destrozado los hierros que apretaban mi cuerpo. Yo mismo ignoro a quién deba favor tan grande.

—I qué buscais aquí? se apresuró a preguntar el usurpador disgustado de pronto con el personaje que tenia delante.

—Busco al valiente guerrero, crisol de los guerreros: os busco a vos, Pizarro.

—Blasco Núñez, venís acaso a provocarme a duelo?

—Aunque en los campos de batalla lauros gloriosos cosechó un dia mi esfuerzo, i aunque nunca mi corazon ha temblado de espanto cobarde, os estimo en mucho, adalid de España, para cruzar con vos acero enemigo.

—Entónces?

—Os busco como noble i amigo, pues si os reputara de otra manera, no viniera hasta aquí solo, inerme.

—Perdonad, el de Núñez, pero un Pizarro, ántes que enemigo es caballero.

—Así lo he comprendido; por eso al punto que me he visto libre he seguido el impulso de mi corazon, que es de paz i bonanza: impulso que espero hallareis noble i profundo, cual lo encuentro yo en mis deseos.

Las pocas palabras cambiadas entre los dos altos interlocutores, fueron bastantes a Gonzalo para variar de ideas respecto al virei. Se lo habian pintado altivo i desdeñoso, i lo encontraba noble i caballero; le habian dicho

que era arrebatado i violento, i lo contemplaba digno i reposado. Cambió pues de impresiones, i volviéndose cortesmente a él, a quien hasta entónces habia mirado, si no con desprecio, con altivez, díjole con un sabor enteramente de castellano de corte :

—Mas, no está bien que el jeneroso noble hable de pié: sentaos, virei.

A lo que respondió Núñez, que era hombre hábil en asuntos de etiqueta, i que no queria darse por entendido de la primera brusquedad de Pizarro :

—Creo encontrarme bien así, cuando parado está el cortesano jeneral.

I cambiándose una sonrisa de suprema cortesia tomaron asiento.

Gonzalo dijo el primero :

—Deseo escucharos ya, señor, i Dios permita....

—Que vengamos a un avenimiento justo.

—Me habíais dicho que veníais a hablarme de paz ?

—Sí, Gonzalo, la paz vengo a pedir para estos pueblos, tan desgraciados como bellos. Oidme ; hallé yo eco en vos, i grande como sois en el combate, mostraos, Gonzalo, en este lance estremo. No quiero ni debo negar los servicios que habeis prestado a la Corona, todos importantes ; como tampoco quiero ni debo no confesar que esos servicios no han sido premiados por el rei, estraviado por consejeros torpes. Mas, la América es la obra de la raza de que sois vos el último vástago ; coronad esa obra, señor, i que sus hijos os amen como a padre i como a bueno.

No mas males, señor ! La mar acrecen ondas de sangre en cerco espantoso, i de los montes hasta la cumbre paromosa suena de horror el lamento jeneral ! Aquí truncas las palmas añosas ; allí en ruinas el palacio imperial ; los bosques ardiendo, los indios ocultos i prófugos ; los sacerdotes frios, indiferentes, i el templo

relijioso decierto i pobre! Oh! no puede ser mas triste i desconsolador el cuadro del opulento imperio! Sus voces son quejidos, sus raudales son lágrimas; i no parece sino que los espíritus de Huayna i Atahuallpa, acusadores ante nosotros, con la voz de sus volcanes i el estampido de sus cataratas, nos llaman matadores de su pueblo celeste! Agostada la flor, mortíferas las brisas, ¿en dónde, en dónde está, Gonzalo, el hemisferio predilecto de Dios, del sol querido?

—Que os responda la turba mercenaria que desgarró sus velos cristalinos, que marchitó sus valles i sus flores, hizo su bosque hogueras!................ Que os respondan los mil usurpadores, que ardiendo en sed de oro, profanaron sus templos i sepulcros, insultaron sus dioses, i alzaron por doquiera trofeos de sangre i de cadáveres! Yo solo sé deciros, virei, que para el cristianismo i la libertad fué que los Pizarros ganamos este suelo con las puntas de nuestras espadas.......culpad pues solo a los viles que lo perdieron.

—Aun no es tarde, Gonzalo; yo os vengo a suplicar que lo salvemos.

—Muerto mi hermano, tan feliz empresa hoi desde el Cuzco a acometer yo vengo.

—Pero os falta por desgracia el talisman indispensable del derecho.

—En su falta, virei, me sobran esfuerzo i voluntad.

—Os llamarán usurpador.

—No importa; será mi mejor gloria la gloria de mis hechos.

—Pueden asesinaros cual un dia lo hicieron con el marques vuestro hermano.

—Querrá decir que, en vez de uno, habrá dos mártires de una misma causa en nuestra familia.

—Puede mandar el rei nuevos soldados.

—En el abierto campo los espero.

—Pueden los traidores derribaros como a mí.

—Seremos en la cárcel compañeros.

—Quiere decir, señor, que me quitais toda esperanza?

—La esperanza yo la tengo ; i mui en breve nueva paz, tras nuevos triunfos, van a volver a estas rejiones el plácido gobierno de sus projenitores. Alcanzo a percibir una lejana luz en el horizonte, que no tardará en resbalar por los nevados de este pais hermoso i circundarlo en toda su estension.

—Que os oiga Dios, Gonzalo, i pronto, mui pronto, cuente esta tierra años de bienandanza, años serenos. Yo he venido a donde vos arrastrado por un gran pensamiento de abnegacion, a ofreceros la paz i a que os volvieseis al Potosí. Pero encuentro que no pensais retroceder ni un punto en el sendero de vuestra ambicion. Cúmplase, pues, la lei, harto horrorosa, de nuestro atroz destino !

—Ya mi acento dió el grito de alarma a los soldados; ya está en sus manos el acero cortante i el arcabuz sonoro ; es imposible el intentar siquiera deshacer lo hecho. Por otra parte, yo no puedo elejir sino entre dos caminos : el cadalso i la infamia si me entrego ; o el sangriento i fragoroso de los combates, cuyo astro suele serme lisonjero.

—Oh ! el cadalso i la infamia no, Gonzalo : sereis en breve poseedor del reino, mas poseedor lejítimo.

—Qué escucho ? señor ! Vos tambien, Blasco Núñez, negais a mi familia los derechos sagrados a este suelo?

—No digo tanto ; pero si convenís en entregarme el gobierno, juro por Dios, mi estirpe i mis blasones devolveroslo dentro de pronto con el beneplácito del rei.

—Vuestra palabra es sagrada para mí ; mas el beneplácito del rei nada significa : el imperio es mio, i lo tengo. Pero no creais que es por la púrpura i el trono que yo he concitado en torno mis guerreros : no los des-

precio, pero estimo en doble, virei, mis jenerosos juramentos. Necesito vengar a mi hermano.

—Es decir que todo está concluido entre los dos ?

—Es decíroslo.

A esta respuesta fria i largo tiempo meditada por Gonzalo, entrevió el virei todo lo hondo i negro del abismo que los separaba ; paróse pues diciendo :

—Adios, intrépido soldado. Aborrezco al héroe pero amo al franco caballero.

I el virei le tendió la mano con envidiable urbanidad

— A dónde pues os dirijís ? preguntó Gonzalo como si aquella, léjos de ser una despedida de muerte, no fuese mas que una separacion de camaradas.

—A la campaña : vòi a reunir mis huestes, i el primero a esperar en el campo de batalla vuestros valientes veteranos.

—Partid, señor, i el español acero alcance nuevos laureles de gloria.

Hubo despues un momento de pausa entre los dos contrarios, i cuando ya estaban cerca de la puerta del salon, quitóse Gonzalo su espada i dijo al virei con emocion digna i guerrera :

—Esta es, virei de Núñez, la espada venturosa de Francisco Pizarro, símbolo de valor i virtud ; para vencerme, en tan noble ocasion yo a vos la cedo.

—Heróico Gonzalo! dijo el virei, la acepto lleno de orgullo i de dolor.. ..... i luego sin tratar de disimular dos lágrimas gruesas i cristalinas que resbalaban por sus mejillas, añadió, eco su voz de un lejano presentimiento: no olvideis recojerla junto de mi cadáver.

—Cumpliré con ese último deber si la fortuna continúa en seros adversa.

CAPITULO XXVIII.

LA VISION.

Volvió Gonzalo a su asiento bastantemente contristado i se dejó caer en él esclamando :

—Qué hado fatal persigue mi fortuna ? ¿ por qué parece apagarse mi estrella aûn ántes de clarear por entero?.... Quién resiste a tan noble adversario: cuando no vence con la espada, vence con la palabra i con el corazon ?

—Oh ! qué teneis, Gonzalo ? gritó Jilma viniendo ácia él, i viéndolo pálido i desfigurado.

—No me lo pregunteis, no, Jilma querida....va a oscurecerse de mi gloria el sol !

—Es acaso de horrenda desventura algun secreto horrible ?

—Me estremeceis !

—Oh ! Gonzalo, si hai que apurar hasta las heces repleta i amarga copa de veneno i hiel, no temais, no: mi labio sabrá apurarla junto con el vuestro, brindando por la gloria i por los amores ! I luego.....triunfantes o vencidos seremos felices con la felicidad de nuestro amor !

—Llorad, Jilma infeliz! Desde este instante vamos a separarnos.

—Oh ! nunca, nunca nos separaremos, mi Gonzalo, dijo la casta i amante niña rodeando el cuello del héroe con ternura casi filial ; mi vida sin la vuestra es vida trunca, noche sin astros, soledad sin flor !

—Oh! sí, vamos a separarnos, que a la liza llama el cañon con furibundo acento, i sobre la alta torre, por el viento batida, jira crujiente la enseña del real poder !

I luego, como arrebatado por un delirio febricitante, tomando a Jilma por un brazo la llevó a una de las altas i macizas ventanas que daban a la plaza de armas de

la ciudad, i estraviados los ojos, i el cabello en desórden meduseo, díjole con la voz apagada i confidente :

—¿ No escuchais, Jilma, el eco vagoroso de jinetes que corren allá, léjos ?.....¿ de la luna a la luz amortigüada no veis soldados por doquier cruzar ? Ese ruido de armas i corceles, nuncio de combate, no os habla de muerte i de desgracias, no os rinde i abate ?

—No, mi Gonzalo, por qué abatirme. Él no es mas que una alucinacion de vuestra fantasía, pero aunque fuera una realidad, él seria solo un eco anticipado dé victoria, anunciada a Pizarro, el adalid ! Por qué habia de abatirme, cuando debeis compartir conmigo vuestros laureles en adelante ?. ...

—Oh ! Jilma, porque para ganar esos laureles, es preciso que Gonzalo os abandone i vaya a morir.

I volviendo en seguida a su vision primera, añadió, presa siempre de los mismos tenaces presentimientos :

—Aquí la espada mohosa de olvidada, se descuelga del murallon, allí se alustra la empolvada loriga por el amenazante lidiador. El ronco falconete rueda pesado; la tremenda lanza brilla siniestra a la luz de los astros nocturnos, i del arcabuz resuena la voz en la soledad ! Pero esto no es todo, Jilma mia ; mirad allá, en medio el bosque, circundado de soldados i tiendas, dos cadalsos i junto a ellos dos hombres que marchan a morir ! Los conoceis ? miradlos bien ! I Gonzalo empujó mas ácia la ventana a la pobre niña, que no veía nada de lo que se le decia, i cuyos ojos empezaban a humedecerse con el estravío mental de su amante.

—Oh ! no, por Dios, Gonzalo, desechad esas tristes visiones de los sentidos ! Traed la valiente mano i ponedla sobre mi corazon...lo sentís tranquilo ? Sus latidos no son de angustia sino de amor.

—Mirad ! continuó el héroe sin hacer caso a las dulces reflecciones de Jilma, el uno es jóven ; su frente se

levanta orgullosa, su pié permanece firme aun sobre el cadalso.... No lo conoceis, Jilma? Míradlo bien, es a vuestro esposo a quien van a sacrificar cobardes asesinos!

—Oh! no, Gonzalo.....apartaos de ahí. La amargura forja en vuestra mente atroz presentimiento. Ese ruido i esas voces de muerte las forma el viento al soplar en el roto murallon.

—Os engañais: él ha estado aquí, i de sus labios mismos he escuchado el reto de batalla.

—Ceñíos al punto el penachudo casco, vibrad el acero, e id a su encuentro; mas ¿quién es él?

—El hombre denodado, el único que puede combatirme con ventaja: Jilma, el virei!

—Qué! se ha salvado al fin?

—Oculta mano le ha abierto la prision. En cambio, esa mano ha despedazado cruel todas mis esperanzas. Le ha devuelto su libertad, pero ha comprado esa libertad con mi vida!

—Qué he hecho, infeliz! esclamó Jilma revistiéndose de una palidez mortal. Fué esa mano mi mano, que del trono hoi os vuelca!

I sin poder mantenerse mas, cayó temblante a los piés de Pizarro, i casi muribunda, esclamó:

—No en vuestro encono, vayais a aborrecerme, por piedad!

—Jilma, Jilma mia, calmaos!

—Oh! sí, Gonzalo, articuló la niña sollozando: él me dió un asilo en su palacio cuando todos me cerraban las puertas de sus casas.....! él guardó mi honor como el honor de una hija suya. Perdonadme! yo no sé lo que he hecho....pensé solo en hacerlo libre por gratitud; pero no creí que él saliese de la prision para matar a mi Gonzalo...... a quien amo tanto, i a quien no podria ver morir sino muriendo junto con él!

—Oh! cálmaos, Jilma: todo ha sido una loca vision de mi mente...... yo deliraba. Aún están mis cañones en los fuertes...... mis caballos bufan aún i me acarician para que los conduzca al combate. Mirad, me parece ver brillar en torno de mi cabeza la aureola de luz de los héroes; levantaos i no temais.

—Así es como yo os quiero, Gonzalo, dijo Jilma serenándose de la pasada emocion: porque así sois lo que yo habia soñado. Pero es cierto que no me vais a aborrecer?

—I por qué? Lo que habeis hecho con el virei me prueba bien vuestra estirpe jenerosa; i ya no es amor lo que siento por vos, sino santa i solemne admiracion! Tranquilizaos, todavía está en mi brazo la lanza i en mi pecho, entero mi corazon.

I los dos amantes se enlazaron en un casto abrazo, que hizo sonreir de alegria al celeste ánjel de los amores.

CAPÍTULO XXIX.

EXÁMEN DE CUENTAS.

Pocos dias despues de la entrevista de Gonzalo i el virei, reinaba una grande ajitacion en los palacios de Lima, proveniente del matrimonio de Jilma con el último de los Pizarros.

Nosotros no entraremos aquí en los detalles de esa fiesta suntuosa; ni haremos notar el contraste que presentaba Jilma, la vírjen idólatra, despojándose de sus vestiduras reales para cubrirse con el albo i casto traje de las esposas cristianas. Todas esas consideraciones de amor, de relijion i de pompa las dejamos a cargo del lector, quien sabrá apreciarlas en todo su mérito, i acaso imajinarlas mejor de lo que nuestra pluma pudiera describirlas, rendida ya con los accidentes de tan larga como divina historia.

Vamos pues a otra parte: penetremos calladamente en la estancia que habita en palacio el maese de campo Francisco de Carvajal, i seamos mudos i divertidos espectadores de la escena siguiente:

Estaba el viejo soldado distraido en aderezar su vestido de fiesta para las bodas de Jilma i Gonzalo, i con el júbilo propio del que ve próximo a realizarse lo mas granado de sus planes, cuando llegóse a la puerta un pechero i dijóle:

—Señor, pregunta por vos con bastante afan un comerciante del Potosí.

—Decidle que es en vano, porque hoi no se despacha en palacio ningun negocio.

Fuese el pechero i a breve rato volvió i dijo:

—Perdonad, señor; pero el hombre es tenaz, i dice que no se ha de ir hasta no veros.

—Voto a Satanas!....esclamó el jigante arrugando tanto las cejas que casi se juntaron con su bigote; pero luego cayendo en la cuenta de que en un dia tan grande como aquel no debia usar de malos humores, repuso:

—Id i decid a ese impertinente, que entre, pero que nos hemos de despachar al momento.

Fuese nuevamente el pechero, i el maese de campo dijo para sí:

—Quiera el cielo que mi huésped no sea como el de Gonzalo la otra noche. Yo no recibo jeneralmente esas visitas sino a estocadas, i hoi no debe correr sangre en Lima sino valdepeñas i tinto.

Dos minutos despues entornóse suavemente la puerta i apareció en su umbral un hombre mas bien jóven que viejo, cuya nariz larga i afilada, cuyas negras patillas i vivaces ojos, decian a tiro de arcabuz que el huésped del maese de campo, era de los que se conocen con el nombre de *despiertos* o *avisados*.

Saludó con un aire de bastante familiaridad, que al principio desagradó a Carvajal. Luego dijo :

—I bien, señor privado del Gobernador, parece que ya no me conoceis ?

—A decir verdad, creo que no os habia visto otra vez.

—Cómo no, maese, si nos hicimos amigos en el camino del Collao ?

—Ah ! sí, articuló Carvajal perdido mas i mas en sus recuerdos.

—No os acordais que me disteis conducta de capitan, i me hicisteis el favor de aceptar unas cuantas herraduras i unas botas de vino.

—Acabáramos ! gritó el veterano, i yéndose derechito al mercader le dió un abrazo tan cordial, que le sonaron todos los huesos del cuerpo : si vos sois mi socio del Potosí.

—El mismo, balbució el mercader, i veo que me quereis con mucha fuerza. No me quedaria yo corto para con vos si la poseyera lo mismo.

—Oh ! dijo Carvajal riendo : cosas de amigos ! I qué tal de negocios ?

—Por lo que es eso bastante bien. La órden que llevé de vuestra mano para que ningun comerciante abriese su tienda en Potosí hasta que yo no despachase mi mercadería, surtió primorosos efectos, pues vendí a como quise.

—I bien ?...... habreis empleado de nuevo i vendreis por otra órden.

—Nada de eso, señor. Vengo a presentaros las cuentas.

—Ah ! eso es otra cosa ! gritó lleno de júbilo el veterano ; venís mui a tiempo porque hoi es un gran dia i es preciso gastar.... ya sabeis que los militares no hacemos bolsa vieja.

—Empecemos, dijo el mercader, que la cuenta es larga i vos no os habeis acabado de vestir.

Arrimaron en seguida dos sillones lacres a una mesa de encina, i se sentaron, no como dos truhanes que se complacén en llevar adelante una comedia, sino verdaderamente como dos socios igualmente escrupulosos i honrados.

Sacó el mercader unos pergaminos i fué leyendo:

Cincuenta piezas de brocado.... en *tanto.*

Id. de paño de grana.

Id. de raso.

Seiscientas plumas de avestruz.

Veinte piezas terciopelo de varios colores.

Paños de Segovia.

Id. de Rohan.

Encajes &c.&c.

I ácia las últimas partidas, agregó:

Tres docenas de peines en 20 ducados.

—Imposible! esclamó Carvajal dando una fuerte puñada sobre la mesa. Vos me robais, i jamas pasaré yo por esa partida.

—Pues qué? preguntó el mercader todo azorado, quien conocia el carácter iracundo de Carvajal.

—Pues qué? que me robais, señor discípulo de Mercurio. Cómo quereis decirme que solo habeis vendido nuestras tres docenas de peines en 20 ducados, si ciento, por lo ménos, vale cada una de las tres.

I no conformándose con esto, abrió la puerta de su estancia de par en par i empezó a gritar con todos sus pulmones:

—A mí, señores! favor al rei! que se me roba indignamente!

Acudieron a las voces algunos guerreros que estaban cerca del lugar de la escena, i Carvajal les impuso de todo el cuento, desde su primer encuentro con el mercader

en el camino del Collao, hasta la partida de las tres docenas de peines. I habló de quejarse al Emperador mismo, si el mercader no confesaba la verdad del caso, i decia en cuánto lo defraudaba verdaderamente.

Asustóse con esto altamente el tendero del Potosí i sin conocer las verdaderas intenciones del maese de campo, que no tenian otro ánimo que el de divertirse, dijo que ciertamente habia vendido los peines en mayor cantidad que la puesta en las cuentas; i que para que su socio no se disgustase, no le daria solo ocho mil pesos de ganancia neta, sino quince mil, por haber sido treinta mil los ganados durante el tiempo de la compañía.

Pero léjos de calmar esta proposicion al maese de campo, hizo subir de punto su irritacion, pues dijo que cuando se le daban quince mil, era porque le correspondian cien mil; i que así como la partida de los peines, habria otras muchas; i que primero lo perderia todo que rebajar un solo maravedí.

Que por eso habia dado su dinero i habia sudado lidiando las acémilas en el camino.

Objetaba a esto el mercader cosas mui racionales, i partiendo siempre del principio de que Carvajal era verdaderamente su socio, i con todas estas réplicas i contraréplicas venian las jentes de palacio divertidas, i todas reian a no poder mas; escepto el mercader que, como el blanco de aquel sainete, no sabia si hacerse el bravo, o echarse a reir como todos los demas. Decidióse al fin por este partido, i dijo a Carvajal:

—Sobre todo, ahí están los libros; ved lo que he escrito en ellos i aceptad lo que os pareciere. I en adelante juro de no ir mas a emplear a Panamá, sino que tendreis vos de ir i yo de quedarme. Para que veais hasta dónde soi capaz de subir el precio a las docenas de peines.

Produjo esta salida del mercader una esplosion jeneral de risa, i Carvajal abrazando nuevamente a su socio, le dijo que era la perla de los mercaderes: que le bastaba con ocho mil pesos de ganancia; i que para evitar disgustos en lo sucesivo, rompiesen en aquel punto las escrituras de compañía, i no se volviese a hablar del asunto.

Dió este materia para reir i hablar muchos dias, i los cronistas españolés de aquel tiempo lo refieren de mil maneras.

Media hora despues de este acontecimiento, Carvajal, ya completamente vestido de gala, salió de su estancia i se encaminó al salon de palacio donde lo esperaba el cortejo nupcial. Jilma estaba espléndida de lujo i de hermosura, i Gonzalo sereno i radiante; empero las suspiradas bodas no pudieron ménos de turbarse por el accidente que pasamos a describir en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXX.

QUINCE AÑOS DESPUES. *

El momento de ir al altar los dos esposos se aproximaba rápidamente.

Gonzalo lo esperaba con alguna tranquilidad sentado en el salon principal con su acompañamiento de lucidos oficiales, entre los que se hacian notar el maese de campo por la austeridad de su vestido en un todo contraria a la de su bellísimo humor, Díaz, Puelles i demas caballeros de Lima,

Jilma, por su parte, estaba en la pieza vecina, vestida ya de novia i postrada sobre un reclinatorio de carei i marfil. Sus ojos despedian rayos de felicidad, su labio

* Este capítulo corresponde al titulado "quince años ántes" de la parte tercera de "Los Pizarros."

sonreía, i solo su corazon estaba quieto, mudo, como indiferente a una dicha que no comprendia o que no alcanzaba siquiera a divisar.

Empero, la plegaria de Jilma no iba dirijida a María, la madre de Dios, como era de suponerse en tales momentos. Habia ántes de aquella amorosa reina de las divinidades, otro recuerdo i otra esperanza en la mente de la vírjen indiana: ese era el recuerdo de su madre. Jilma no la habia conocido, i léjos de amarla como a un ser semejante suyo, la amaba con el respeto misterioso i casi con la fe con que se ama a los ánjeles. He ahí por qué la plegaria de Jilma en momento tan supremo no se elevaba a Dios. A una madre, como que se quiere i se respeta tanto como a un santo, para no invocar su recuerdo i pedir su favor ántes de dar un paso tan grave i que puede decidir de la suerte de toda la vida.

Jilma pues hablaba a su madre Azucena, muerta hacia quince años, i le contaba la historia de sus bellos amores en el silencio del éxtasis i con la sublimidad de la pasion.

Ella decia:

—Goza del dulce embeleso del primer amor, dulce corazon mio! Goza, puesto que el labio de Gonzalo, tibio como los primeros rayos del sol de los céfiros i las flores, se ha posado castamente sobre mis mejillas, i entre sus brazos me ha estrechado feliz como se estrecha una flor contra el seno! Su corazon latia bajo la malla con son rumoroso de amor.....por eso soi feliz, madre mia! I tú, tú tambien lo eres, porque desde el cielo, donde moras con Dios, puedes volver tus ojos ácia mí i contemplarme bañada en ricas ilusiones i dulces esperanzas! Hoi vuelve a mi frente la augusta corona de los reyes nuestros mayores, i a sus joyas brillantes i a su gloria de veinte siglos, trae unidos los ababoles i las rosas con que la ha adornado la mano dilijente del amor.

Hoi debe partir Gonzalo conmigo su nombre i su raza .....sonríeme, madre, desde el cielo, pues soi mui feliz ! Yo pudiera darle en cambio flores, tesoros, prados i palacios; pero no le daré nada, porque él solo me pide mi corazon, i que lo ame casi tanto como a Dios, por ser así como aman las hijas del sol !

Quedó la desposada sumida en èl deleite de sus alegrías por algun tiempo mas, hasta que siendo llegada la hora apareció Gonzalo para conducirla al altar. .

Recibiólo Jilma llena de afecto i de pasion, i el héroe pagóle con un beso casi relijioso, porque él sentia mas bien un respeto sagrado por la huérfana de Manco, que un afecto de amante. I no hai duda que ese beso tenia algo de misterioso o de terrible, porque un golpe inesperado de huracan ajitó en aquel punto las ventanas de la estancia, oscureció súbitamente el cielo, i fué a morir en los cercanos corredores con un lamento semejante al de un moribundo que llora.

Jilma púsose pálida hasta el desmayo, i Gonzalo, sin saber por qué, se acordó de Azucena la noche aquella que la habia visitado cerca de los baños de Cajamarca.

Amante i amada temblaron con una convulsion igual, i por instinto mútuo se detuvieron ántes de salvar el umbral que debia conducirlos al altar sagrado de los esposos.

Abrióse entónces la puerta con fuerza estraña, i entrando Zuma en el aposento, temblante i ajitada, dijo a Gonzalo con aire de autoridad i de reconvencion:

—Señor, qué pasa aquí?

—Nada estraño, amiga: vamos a desposarnos.

—A desposaros decís? esclamó la esclava, i su vista inquieta iba del rostro de Jilma al de Gonzalo con la mayor ajitacion.

—Qué hai pues? preguntaron a un tiempo los dos amantes.

—Bien, voi a decíroslo, repuso Zuma enjugándose ya con mas tranquilidad las grandes gotas de sudor que le cubrian el rostro. Capitan Gonzalo ¿recordais que hace hoi quince años, que una tarde al morir el dia, llegasteis a Cajamarca poco tiempo despues de la muerte del inca Atahuallpa?

—Lo recuerdo, respondió el héroe estremeciéndose, pero sin poder comprender aún de lo que se trataba.

—Recordais que despues de dejar la jente en los cuarteles, os fuisteis a descanzar en el palacio de Manco inca?

—Lo recuerdo.

—Pues bien. En una de las estancias de su palacio, reclinada la cabeza sobre pieles de leon, i el cuerpo envuelto en mantas de vicuña, os esperaba una mujer.

Jilma volvió a mirar a Gonzalo sin comprender, i este, rojo como la misma grana, dijo a Zuma:

—Seguid!

—A los piés de esa mujer, que no era sino la esposa del príncipe de los peruanos, velaba otra mujer. El cortinaje que cubria las puerta de la entrada se ajitó de pronto, como se ajita el follaje de un árbol estremecido por el viento de la noche. La Coya lanzó un grito de amor; i la esclava que le hacia compañía vió i conoció a los pálidos fulgores de una luna poniente, a un caballero español, vestido de acero, i apoyado en su lanza.

—I qué? preguntó con enfado el último de los Pizarros, no viendo en la relacion de Zuma mas que una trama para desbaratar su enlace con Jilma.

—Debo acaso concluir, señor? interrogó a su vez la india con entereza i duda.

—Sí, Zuma, hablad; decid quién era ese caballero español, dijo Jilma desesperada de afan por su madre.

Zuma se contentó solo con levantar el brazo i mostrando a Gonzalo con marcada sangre fria, díjole:

—Señora, se lo podeis preguntar al capitan.

—Gonzalo, con que erais vos ?

—Sí, Jilma, no puedo ni debo negarlo.

—Infeliz ! gritó la princesa bañada en lágrimas. Ah! Gonzalo, i así os atreveis a darme el título de esposa?

Este sin comprender apénas lo que le pasaba, echó sobre Jilma una mirada de estremo dolor, i volviéndose a Zuma la mandó continuar hasta el fin.

Zuma continuó.

—Al otro dia no mas, señor, como vos lo sabeis fuese la jente del poblado con la primera luz de la aurora, i no volvimos a saber del misterioso caballero. Un año despues moria Azucena depositando en mis brazos una criatura i diciendo: "Zuma, a vos la confio. Hacedla bautizar i que se llame *Jilma*. Su padre es Gonzalo Pizarro."

—Mi padre! gritó Jilma avergonzada, i amante a un mismo tiempo.

—Mi hija ! balbució el héroe, i fué ufano i arrepentido a recibir en sus brazos a la que valia entónces para él mas que todas las esposas del mundo : a su hija, la bella prenda de sus amores con la incomparable Azucena.

La noche sorprendió muchas horas despues al padre i a la hija, que vertian lágrimas de felicidad i de pena sobre sus ya inútiles despojos nupciales.

CAPITULO XXXI.

EL CASTIGO DEL CIELO.

El notable acontecimiento de que dimos cuenta en el capítulo precedente, aunque sin hacerse trascendental a la mayor parte de los parciales de Pizarro, cambió por completo la faz de los sucesos.

Segun los planes del avisado maese de campo, una vez realizadas las bodas de Gonzalo con Jilma , cosa

fácil seria traer a dócil sometimiento a todos los peruanos, pues dichas bodas no debian considerarse mas que como una alianza entre los conquistadores i la familia real; i esa alianza unida a los recursos materiales que reunian de suyo los rebeldes, era bastante para sostener el trono en que Carvajal soñaba colocar a Gonzalo.

I el viejo soldado no se equivobaca en sus miras; faltóle únicamente la unidad de política con el padre de Jilma, i esta fué la causa de la caida de ambos.

Un mes habia pasado desde que Jilma bajaba los ojos ante las miradas de Pizarro, cambiando los delirios de su primera pasion por el respeto i los cuidados que demanda el amor paternal; i ese mes habia bastado para que se efectuasen importantes sucesos. Propiamente hablando no puede decirse que Gonzalo Pizarro se hubiese descuidado en consolidar su gobierno, pues habia alejado de Lima a todos los que podian hacerle daño; en el ayuntamiento de esta ciudad solo tenian asiento sus mas notorios partidarios; los soldados en quienes tenia mas confianza eran los que estaban al frente de las provincias del imperio, i en Arequipa se construian abundantes i sólidas galeras para atender al dominio de los mares; i el estado de su ejército en disciplina i riqueza era tal como no se habia visto otro en el Perú.

La situacion del personal de la Audiencia de Lima, la única que hubiera podido hacer frente a Gonzalo, era una situacion nula. Alvarez habia sido mandado a Castilla con la causa del virei; Cepeda, el mas temible de todos por su talento i por su ambicion, era el mejor instrumento de Gonzalo i el mas rastrero de sus aduladores; Zárate yacía postrado de muerte en el lecho del dolor; i a Tejada se pensaba enviar a España con una relacion de los últimos sucesos para justificar la conducta de Gonzalo i obtener el beneplácito del emperador. Paso a que se opuso Carvajal diciendo: "Que se habia ido

demasiado léjos para obtener favor de la corona, i que mejor era fiar su justificacion a las lanzas i a los arcabuces."

En estas circunstancias llegó a Lima una mañana la noticia de que el buque a que habia sido trasladado Vaca de Castro en su calidad de preso de Estado, habia desaparecido del puerto, i todo el mundo temió con razon los resultados de este suceso, pues conocian la actividad i el talento del maltratado consejero.

Esta huida dió lugar a una entrevista entre Gonzalo i Cepeda, la cual pasó así.

Decia Gonzalo:

—La huida del consejero me prueba bien que aún no he hecho todo lo que debiera en el Perú. Estoi rodeado de traidores, i es preciso hacer algunos escarmientos.

—Que pronta vuestra mano castigue a esos infames.

—Bien pues, Cepeda, hacedme el favor de ir nombrándomelos, pues vos los conoceis mejor que yo.

—Perdonad, señor; pero no veo las cosas lo mismo que vos.

—Es mui natural, observó Gonzalo con cierta sonrisa de amargo desprecio. Pero seria bueno que repaseis bien en vuestra memoria, a ver si recordais siquiera el nombre de uno de esos caballeros.

—Pueda que yo me equivoque, pero creo que ya el valiente i leal Carvajal dió a todos su merecido.

—Sí, Cepeda, os equivocais, pues yo tengo para mí que falta por colgar al jefe de los criminales.

—Bien, decid cuál es, i que su cuello corte al punto el verdugo. La severidad ante todo con los criminales.

—Oh, Cepeda! i qué celo de justicia el que os anima hoi.

—Lo recto de mis intenciones me obliga a ello.

—Entónces, Cepeda, dijo Gonzalo revistiendo su voz de espantosa autoridad, preparaos a morir !

—Morir ! i por qué ? gritó palideciendo de enojo i de soberbia el licenciado.

—Puesto que me inquirís con tanta resolucion, es necesario que sepais que no me son desconocidas todas vuestras maquinaciones. Conspirais contra mí i aspirais al imperio desde ántes que saliéseis a besar el polvo de mis piés el dia de mi entrada triunfal a esta ciudad. Os devoran los celos de mando, i quereis derribarme del poder, sin pensar que la gloria no puede alcanzar nunca a los hombres de vuestra degradada condicion.

—Gonzalo ! gritó Cepeda con un acento parecido al del tigre hambriento que ha divisado i va a lanzarse sobre su presa.

—Sí, continuó Gonzalo imperturbable, ha llegado vuestro último dia. Pero ántes decidme ¿ por qué habeis ausiliado la fuga de Vaca de Castro? Por qué habeis conspirado de muerte contra el virei Blasco Núñez Vela? i finalmente, decidme lo que habeis hecho del factor Suárez de Carvajal ?

—Desconozco el derecho que tengais para interrogarme, i en breve comparecereis ante la Audiencia a responder contra el cargo de usurpador.

—Desgraciadamente para vos, hai entre las circunstancias de hoi i las pasadas la misma diferencia que entre el virei i yo. Pero no escuseis mi pregunta ¿ qué habeis hecho del factor Suárez de Carvajal ?

—Nada tengo qué ver con él ni con vuestra pregunta.

—Mentís, Cepeda, porque yo os acuso de asesino del factor ; i Díaz, vuestro cómplice en el delito, está pronto a denunciaros.

—No me importa ! tambien podeis acusarme de hereje, pues mandais miles de bandidos, i es sabido que los tiranos no han tenido nunca mas lei que sus odios.

—Bien, sea como vos decís; pero mirad esta órden, escrita de vuestro puño i letra. Por ella mandábais dar muerte alevosa al virei.

—Ah! dijo Cepeda.... es cierto; pero vos sois jeneroso i me la vais a devolver!

—No, que al verdugo vos mismo habeis regalado las cabezas de los traidores que hai en Lima.

—Perdon! perdon, noble Gonzalo! esclamó el togado cayendo vencido a los piés del héroe, al tiempo mismo que sus hojos despedian llamas de odio, como los de las víboras que se azotan en su furor.

—No, no puedo devolveros ese documento, porque él debe servirme para el caso de que os salga bien el plan que habeis concertado con el consejero Vaca de Castro, a quien habeis dado la libertad.

—Es decir que la vida?....

—Os la perdono en cambio de esa prenda fatal.

—Gracias! gracias, Gonzalo! dijo Cepeda levantándose; pero mejor seria que quemáseis ese papel. Yo os doi en cambio mi palabra de eterna fidelidad.

—Vuestra palabra!.... Yo desprecio esa prenda por insegura.

—Empero, yo os la doi de seguir siempre vuestro pendon.

—Como os parezca, repuso Gonzalo con supino desprecio.

Hubo despues un momento de pausa i de perplejidad, el cual fué roto por el usurpador, diciendo a Cepeda:

—Andaos con cuidado, señor oidor, pues Suárez tenia un hijo, del cual no es posible que os liberteis.

—Sí? i en dónde, en dónde se encuentra?

—Vió la primera luz en la noble Tordesillas, i su bautismo presencié.

—Su nombre?

—Diego Cepeda.

—Maldito estoi de Dios: era mi padre! dijo el oidor, i fué a caer casi moribundo sobre una silla del salon.

—Sí, vuestro padre, sacrificado por vuestras infamias i vuestra ambicion. Ved ahí cómo castiga Dios a los criminales: vos lo mandásteis asesinar para derrocar al virei, i con ello no hicísteis mas que derramar vuestra propia sangre. Meditad sobre ese hecho horrendo de vuestra historia!

I Pizarro salió de la pieza despues de lanzar esa terrible espresion sobre el oidor, quien, fuera de sí, sufria en aquel momento todos los infortunios del infierno.

CAPÍTULO XXXII.

MUERTE DE NÚÑEZ.

La primera operacion del virei fué dirijirse a Túmbez, donde desembarcó seguido de algunos amigos, entre los cuales se contaba el oidor Alvarez, quien se decia arrepentido de su conducta pasada, i dispuesto a seguir a Núñez en todos los trances de la peligrosa campaña que iba a emprender.

El virei, ántes de lanzarse en una vía de abierta contradiccion a Pizarro, pensó en que tal vez lo mas prudente era embarcarse para España i hacer presente al Emperador la verdadera situacion del Perú; pero no pudo ménos su altiveza de caballero castellano que rechazar este medio por el fondo de cobardía que encerraba; i prefirió volver a una lucha indudablemente desastrosa para él, que esponerse a ser el blanco de las burlas de la nobleza i de la corte.

Dió en Túmbez un manifiesto a los pueblos del Perú, en que les hablaba de la manera mas decidida en contra de la usurpacion de Gonzalo Pizarro, i los invitaba a nombre de la Corona a reunírsele para vengar la nacion ultrajada. De Túmbez pasó a Quito, al traves de cami-

nos fragosísimos, casi siempre perdidos entre las nieves ecuatoriales, i pasando las noches, las mas de las veces, bajo el escaso ramaje de los pinos silvestres. Logró reunir pasadas algunas semanas, mas de quinientos hombres de pelea, mal armados sin duda, pero llenos de entusiasmo por la causa que defendian. Con estas jentes alcanzó algunas lijeras victorias sobre las de Gonzalo; i las cosas se pusieron en breve tan cambiadas, que el usurpador creyó llegado el caso de salir él mismo en persona en busca de su célebre contrario. Despachó al efecto seiscientos infantes sobre Trujillo, i él se embarcó para el mismo punto el 4 de marzo de 1545.

Su objeto era encontrar al virei en la colonia de San Miguel i librar en una sola batalla la suerte del Perú; pero Blasco Núñez no pudo esperarlo, cual eran sus deseos, porque la mayor parte de los soldados que lo acompañaban eran bisoños en el arte de la guerra, i el solo nombre de Pizarro bastó para hacerlos palidecer. Emprendió, pues, una retirada desastrosa, i que solo sirvió para poner de manifiesto, una vez mas, la actividad i las cualidades estupendas de Carvajal como soldado de la conquista. "Carvajal los seguia tan de cerca, dice el historiador, que se apoderaba casi siempre de sus equipajes, de sus municiones i hasta de sus mulas. El infatigable guerrero les iba siempre a los alcances de dia i de noche sin dejarles un momento de reposo, de tal modo que no desplegaban sus tiendas, ni quitaban las sillas a sus caballos ni los dejaban del diestro; i apénas el fatigado soldado cerraba los párpados, oía el grito de alarma que le anunciaba que el enemigo habia entrado en su campamento." Por todas partes quedaban soldados moribundos, estenuados por el cansancio i por el hambre, caballos desjarretados para que no pudiesen servir al enemigo; i para que nada faltase a este cuadro de horrores, el virei hacia ahorcar en

los momentos de tregua, a los caballeros qué lo seguian i de quienes tenia fundados motivos para creer que lo estaban traicionando con Pizarro. La desconfianza era suma, i el castigo llegó hasta el mismo segundo de Núñez. Tales suelen ser las crueles necesidades de la guerra !

Sobre Blasco Núñez, i como refrescando sus huellas de sangre, venia el maese de campo de Gonzalo pasando a cuchillo a todos los desertores i dispersos, i diciendo jovialmente que " de los enemigos los ménos."

Todavía venian otros detras de ámbos ejércitos, i eran mas voraces i mas numerosos. Estos eran los cuervos, que, a semejanza de una bandada de aves infernales, iban disputándose los cadáveres de vencedores i vencidos en sostenidas riñas.

Retrogradaron unos i otros mas de doscientas leguas : Pizarro hasta los Pastos i el virei hasta Popayan, donde fué recibido por Benalcázar con particular distincion. Así se pasaron algunos meses, hasta que Gonzalo tuvo noticia de que el capitan Centeno, a quien habia dejado en la Plata, habia hecho bandera contra él i en favor del rei, por cuyo motivo mandó a Carvajal para someterlo.

El virei entretanto se hacia fuerte en Popayan merced a los ausilios de Benalcázar, i su ejército ascendia ya a un pié respetable. Con el fin de sacarlo Gonzalo de aquel territorio enemigo, finjió una retirada ácia el sur, dejando la ciudad de Quito a las órdenes de Puelles el mismo que habia sido fiel en otro tiempo al virei, el tiempo de su prosperidad. Núñez tambien salió de Popayan con ánimo de dar alcance a Pizarro.

Tales fueron los hechos que precedieron a la funesta jornada de Añaquito.

Peleóse en esta con heróica tenacidad por una i otra parte, pero tanto las fuerzas como las posiciones de Pi-

zarro eran superiores. Como sucedia siempre en estas batallas, los combates se hacian personales. Cabrera, el valeroso teniente de Benalcázar, fué muerto; Benalcázar mismo cayó cubierto de heridas bajo los piés de su caballo, i fué dejado por muerto en el campo. El oidor Alvarez recibió una herida mortal; i Cepeda, que seguia la causa de Gonzalo, peleó con bastante valor.

El virei mismo cayó herido de su caballo de un golpe de hacha que le descargó un soldado enemigo. Estando aturdido i bañado en sangre, fué reconocido por un hermano del factor Suárez de Carvajal, a quien se decia haber muerto, i este hizo que le cortasen la cabeza. Cuando Gonzalo llegó al sitio de la catástrofe ya no pudo salvarlo, ni es probable que lo hubiera querido. Limitóse pues a cumplir la palabra de recojer la espada de su hermano el marques, i siguió lidiando, pues la infantería que se habia hecho fuerte en unos parapetos los diezmaba sin compasion.

Hubo soldados de Pizarro tan bárbaros, que se repartieron feroces los despojos del virei como espléndido trofeo de victoria, llegando hasta arrancarle las barbas i andar exhibiéndolas en su encono. Gonzalo castigó estos abusos como debia; i haciendo trasladar los restos del virei a la catedralde Quito, los hizo sepultar con toda la pompa debida a su rango. El mismo presidió los funerales vestido de luto, segun era usanza en el Perú entre víctimas i victimarios.

Tal fué el heroico pero desgraciado fin de Blasco Núñez, el primer virei del Perú, despues de dos años de continuas contrariedades i disputas.

Despues de la victoria de Añaquito, Gonzalo volvió a la hermosa capital de los antiguos Scirys por algunas semanas dando lugar a que terminase la estacion de las lluvias. Habia entrado vencedor en ella como Huayna Capac, i como éste repartia su tiempo entre los place-

res de la vida i los cuidados del gobierno. En vez del terror que se esperaba, todo fué paz i olvido, i los pocos individuos que fueron castigados con la pena capital, lo fueron despues del correspondiente juicio. La condicion social de los indíjenas fué mui mejorada, se recaudaron puntualmente los derechos reales, se difundió el cristianismo; i el mismo terrible i austero Gasca, juez despues de Pizarro, no tenia embarazo en confesar que su gobierno habia sido mui bueno para ser de un tirano.

" Al fin, en 1546, dice el historiador, el nuevo Gobernador se despidió de su ciudad de Quito, i dejando en ella suficiente guarnicion al mando de Puelles, emprendió su marcha ácia el sur. Fué esta marcha triunfal, siendo recibido en todas partes con entusiasmo por el pueblo. En Trujillo salieron en corporacion a darle la bienvenida, i el clero cantó antífonas en su honor llamándolo 'victorioso príncipe,' i rogando al Omnipotente 'conservase sus dias i le hiciera bienaventurado.' En Lima se hizo una proposicion para derribar algunos edificios i abrir para su entrada una nueva calle, la cual debia llevar despues su nombre. Pero Pizarro con urbana política se denegó a admitir este tributo de lisonja, i prefirió modestamente entrar por la via acostumbrada. Organizóse pues una fraccion de vecinos, soldados i clero, i Pizarro hizo su entrada en la capital, llevando las riendas de su caballo dos capitanes a pié, i cabalgando a su lado los arzobispos de Lima, Quito i el de Bogotá, el último de los cuales habia pasado al Perú para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramaje, las casas colgadas de vistosos tapices, i en la carrera se erijieron varios arcos triunfales en honra del vencedor. Todos los balcones, ventanas i azoteas estaban cubiertas de espectadores, los cuales lo saludaban con estrepitosos vivas i aclamaciones, dándole los títulos de 'libertador i protec-

tor del pueblo'. Echáronse las campanas a vuelo como en su primerá entrada a la capital, i entre el sonido de la música i las aclamaciones populares entró Pizarro en el antiguo palacio del marques. " De todos los puntos del imperio llegaban cada dia entusiastas felicitacones. Las ordenanzas cayeron en completo descrédito, i nadie se acordaba de la Corona ni de sus prerogativas.

Carvajal acosó a Centeno sin dejarlo parar hasta las riberas del mar, donde acabó por dispersarlo completamente. Fué una campaña aquella de mas de dos meses, i durante ellos no se apeó Carvajal de su caballo. Comiendo, bebiendo i hasta durmiendo sobre él, vió caer a su lado uno en pos de otro a todos sus soldados rendidos de estenuacion; i solo para él no hubo desiertos, bosques ni barrancos. Se le compara al salvaje cazador de Büger, pues su cansado cuerpo de ochenta años parecia esento de toda fatiga.

Centeno por su parte no tuvo tiempo de pararse para hacer frente a su perseguidor, i viendo morir a todos los suyos segados por la feroz cuchilla de Carvajal, escapó favorecido por un curaca de la ribera que le dió acojida en su casa.

Es de advertirse que Centeno fué el único que hizo armas contra Gonzalo i en favor del rei.

Los dias que se siguieron a estos sucesos fueron de completo triunfo para Gonzalo, quien desplegó de ahí para adelante una magnificencia soberana. Rodeábale siempre una guardia escojida de ochenta soldados, comia de ordinario en público i no bajaban de ciento los cubiertos que se ponian en su mesa. Tenia magníficos caballos i superiores armas; i aunque con sobrados motivos para envanecerse atendiendo a su oríjen oscuro, conservó siempre su cortesana familiaridad i su grandeza de alma.

Carvajal, que por entóces se ocupaba mui tenazmente

en el laboreo de las minas de plata del Pótosí, que le producian crecidos millones, instaba continuamente a Pizarro para que llevase adelante la idea de su coronacion, i sus cortesanos no cesaban de impelerlo a ello; pero todos estos consejos se estrellaron contra la lealtad castellana del último de los Pizarros, quien era capaz de todo, ménos de hacer traicion a su rei. La Corona estaba sobre su cabeza, bastaba solo alzar un poco la mano para ceñírsela; Gonzalo no la levantó.

Tal conducta que puede hacer mucho honor a su carácter de sumiso español, no hace ninguno a la habilibad de su política. Habia ido mui léjos en el camino de la rebeldía para no haber consumado la obra de su coronacion. Esta acaso lo hubiera salvado.

CAPÍTULO XXXIII.

LO QUE PASABA ENTRETANTO EN LA CORTE.

El caballero Vaca de Castro, preso a bordo de un buque de la escuadra del rei en el mar del Sur, logró seducir a su tripulacion, i dió vuelta España portador de todas las nuevas sucedidas en el Perú. La conducta de los reyes no ha sido siempre mui noble que digamos, i el consejero se vió arrastrado a una prision de Estado como Hernando Pizarro, acusado de haber adoptado durante su mision a las colonias medidas violentas i arbitrarias i de haberse guardado los fondos reales. Detúvolo este cargo *doce años* en la fortaleza de Arévalo, al cabo de los cuales logró sincerarse, i volvió a recuperar su puesto en el consejo de S. M, i allí murió luego tan pobre como ántes de su funesto empleo, pues el altivo castellano no habia hecho sino cumplir con su deber, sin especular ni robar a la Corona.

La noticia de los últimos trastornos del Perú llenó de consternacion a la còrte, residente entónces en Valladolid. Cárlos V estaba a la sazon en Alemania ocupado en arreglar las turbulencias relijiosas de sus Estados, i las riendas de la monarquía descansaban en las manos del sombrío príncipe conocido despues bajo el nombre de Felipe II.

El grande imperio del sol estaba a punto de escaparse del yugo de fierro del monarca batallador que debia terminar despues su vida bajo un sayal, víctima de necias preocupaciones. Era pues preciso hacer mucho en el asunto, i Felipe reunió un consejo de prelados jurisconsultos i de militares esperimentados, a fin de deliberar sobre las medidas que debieran adoptarse para salvar las colonias de la anarquía que las devoraba. Calificóse en dicho consejo la conducta de Pizarro como una atroz rebelion; i decidióse en el primer momento que se emplease la fuerza para vengar la majestad ultrajada. Empero, este partido no prevaleció, i despues de discusiones mui detenidas, el consejo concluyó por nombrar de comisionado al Perú a un cleriguillo contrahecho, de piernas largas i flacas, i de cuerpo raquítico, pues de la cintura a los hombros tenia escasa una tercia; su rostro era notablemente feo, i lo descarnado de él i de sus manos, hacian mas bien un espectro que un hombre de semejante personaje.

Tal fué la persona escojida por los consejeros del príncipe para derrocar la usurpacion del apuesto soldado que dominaba en el Perú. Era esta una burla, o la mas refinada política?

Su nombre era Pedro de la Gasca.

Recordemos lo que dice la historia acerca de este estupendo personaje.

Pedro de la Gasca nació probablemente a fines del siglo XV en un pequeño pueblo de Castilla llamado el

Barco de Avila. Procedia por ámbas vias de antiguo i noble linaje; bien antiguo por cierto si, como aseguran sus biógrafos, desciende de Casca, uno de los victimarios de Julio César. Habiendo perdido a su padre en edad temprana, fué puesto por su tio en el famoso seminario de Alcalá de Henares, fundado por el cardenal Cisneros. Hizo allí unos estudios mui notables, i acabó por recibir el grado de maestro en teolojía.

La guerra de las Comunidades asolaba entónces la Península, i el jóven teólogo se olvidó por algun tiempo de sus libros, i echando mano de la espada, defendió bizarramente una de las puertas de Alcalá contra los ataques de los insurrectos logrando conservársela a la corona.

De Alcalá pasó Gasca a Salamanca, donde se hizo célebre en las disputas escolásticas, que desde Aristóteles hasta Bacon han traido revuelto al mundo de los declamadores; obtuvo allí altos i bien merecidos títulos académicos. En seguida se le confió un puesto en el sacro consejo de la Inquisicion.

En 1540 fué enviado a Valencia a examinar unas causas de herejía que lo entretuvieron dos años, i fué tal su habilidad e imparcialidad en ellas, que los Estados de Valencia lo nombraron visitador del reino, que fué mucho hacer, pues el uso era no dar este encargo sino a individuos naturales de la corona de Aragon. Gasca cumplió su nuevo encargo con una virtud catoniana; i tuvo ocasion de prestar importantes servicios al pueblo de Valencia cuando la intentada invasion franco-turca al mando del terrible Barbaroja, quien fué rechazado por el inquisidor con un valor i con una tenacidad dignos de elojio.

Esos eran los precedentes del hombre escojido para pacificar el Perú, es decir, el pais, donde acababan de estrellarse los esfuerzos i la intrepidez de Vaca de Castro

i el virei Núñez, i que necesitaba de cíclopes armados como los Almagros i Pizarros. Añádase a esto que Gasca tenia los modales mas insinuantes, el conocimiento mas profundo del corazon humano, lo mismo que de la política i el arte militar, i júzguese en seguida del acierto de la eleccion.

Cárlos V la aprobó lleno de placer, i escribió ácia el verano de 1545 a Gasca, de su puño i letra, colmándolo de elojios i ofreciéndole no sabemos qué obispado vacante entónces.

Gasca aceptó la difícil mision, i pasó a tener una entrevista con el príncipe don Felipe.

Díjole este en ella que las arcas reales estaban abiertas i a su disposicion, que pidiera lo que necesitase. A lo cual respondió el inquisidor :

—Señor, la mision que se me confia es en un todo delicada, i estaria mejor a mis achaques la paz doméstica, que las ajitaciones de la guerra ; pero mi patria me llama, i nunca he dejado de ir a su servicio. Para ir de pacificador al Perú yo no pido armas, dinero ni soldados ; bástanme solo mis hábitos i mi breviario. Dadme autorizaciones jenerales sobre todo punto que pueda ocurrir, i parto al instante ; pero nada de gastos ni de aparato militar.

—Comprendo bien vuestros proyectos, respondióle el príncipe, pero lo que pedís es superior a lo que se puede concederos. Los vireyes mismos no han sido nunca revestidos de tanta autoridad así.

—Vedlo bien, pues, señor, observó humildemente el inquisidor ; i si no podeis hacer lo que digo, pensad en otro que vaya a esa mision.

El príncipe no dejó de desconcertarse con esto, i aconsejó a Gasca que le escribiese una carta al Emperador su padre, residente a la sazon en Flándes, esponiéndole los motivos de la autoridad sin límites que pe-

dia. Hízolo Gasca así, i Cárlos V, mas sagaz que todos sus ministros, contestó al prelado aprobando su plan, i enviando una buena porcion de cédulas en blanco con la firma real para que usara de ellas como le pareciese.

Este primer triunfo de Gasca sobre los cortesanos de Valladolid no produjo mas que una sonrisa tan lijera en sus lábios, que se estinguió casi ántes de juguetear en ellos.

No hubo pues ningun aparato de guerra, ni embarque de soldados, ni movimiento de cañones, i el comisionado con el simple título de presidente de la Audiencia, i acompañado de Alonso de Alvarado, el antiguo compañero de Pizarro, se hizo a la vela en San Lúcar a 26 de mayo de 1546.

Nunca desde el Pelayo hasta esa época se habian conferido a súbdito alguno de la monarquía española poderes tan ámplios; pero era la verdad que nadie envidiaba al humilde prelado. Popular hasta donde es dable que lo sean los hombres de un talento superior, como no tenia mas prenda que ese talento, pocos eran sus enemigos; i ademas lo favorecia demasiado el traje santo que vestia, respetable en todos tiempos i lugares, pero mayormente en la cristiana Castilla.

Se le vió pues partir sin envidia, i mas se le creia mártir que feliz. Veremos el desenlace de su ardua comision.

CAPITULO XXXIV.

PEDRO DE LA GASCA.

El eminente inquisidor conocia mui bien las jentes con quienes tenia que habérselas: con españoles, fieles hasta la exajeracion a su príncipe i timoratos como decididos católicos. Acostumbrados al despotismo político formulado en las breves palabras *yo el rei*, no se to-

mában el trabajo de discutir las órdenes de su soberano, i subian con la misma humildad al cadalso para que los degollasen, que besaban la mano al rei, su señor natural.

Despues de un viaje no mui largo llegó Gasca a Santamarta, i supo allí la muerte del virei Núñez Vela i las consecuencias precisas de la batalla de Añaquito. Afectáronlo estos hechos de una manera profunda, pero cuidóse bien de darse por entendido; i haciendo uso de sus facultades ilimitadas, hizo estender la voz de que venia autorizado para derogar las ordenanzas i perdonar a todos los que confesasen su falta i se afiliasen nuevamente en las banderas del rei.

Dado este paso de profunda sagacidad, el inquisidor se ocupó en pensar qué puerto del Perú escojeria para su desembarco, pues todos estaban en poder de Pizarro, i bajo las órdenes inmediatas de sus mas comprometidos subalternos. Decidióse al fin por Nombre de Dios, ocupado en esos momentos por Hernan Mejía. Si el astuto clérigo se hubiera presentado allí al frente de una escuadra poderosa i con pretensiones de mando, no hai duda que Mejía lo hubiera recibido a balazos; pero llegó casi como un simple particular, i sin la fastuosa ostentacion de los vireyes de Indias. Saliólo a recibir el ajente de Pizarro a la cabeza de sus soldados, i todos lo saludaron con aclamaciones ridículas, nacidas del desprecio que les inspiró su persona i su traje talar. No se ocultó este escarnio al ojo sereno de Gasca, i léjos de incomodarlo, hizo todo lo que estuvo de su parte, por exhibirse como un clérigo estúpido, i en quien la mision de la corte era mui inadecuada.

Los primeros dias del desembarco, Gasca no hizo nada que pudiera llamar la atencion, i todo sus pasos se dirijieron a disputas teolójicas con los sacerdotes del puerto, a misas i a rezos, que no hacian mas que des-

pertar el sarcasmo de los soldados, quienes se reían mui cordialmente del *fraile* pacificador. No obstante esto, Mejía empezó a entrar en sospechas, i acabó por tener una conferencia secreta con el inquisidor. Díjole en ella Gasca, que en el fondo creía hallarse de acuerdo con Gonzalo Pizarro, puesto que él tambien abominaba las ordenanzas, i que si Núñez hubiera sido tan prudente como Mendoza, el virei de Méjico, quien las habia suspendido luego que habia visto sus perniciosos efectos, todo se hubiera evitado. Habló en seguida de la razon que asistia, hasta cierto punto a los que se habian sublevado; i concluyó por consultar a Mejía si seria oportuno espedir ya un decreto de perdon jeneral.

Hernando cayó en la red, como hubiera caido cualquiera, i dijo a Gasca que era indudable que Pizarro iba a encontrar en él un ausiliador mui eficaz. Le dió la bienvenida, i acabó por ponerse a su entera disposicion, admirando sus talentos i su humildad.

Aquel primer triunfo alentó sobre manera al pacificador, i siendo Panamá la verdadera llave del Pacífico, despachó de precursores a donde el caballero de Hinojósa, que mandaba la escuadra de Pizarro compuesta de veinte i dos buques, a Hernando Mejía i a su compañero Alonso de Alvarado. Espusieron estos al teniente el objeto del viaje de Gasca, i le hablaron de su talento i de su virtud con un entusiasmo que honraba su celo. Oyóles Hinojosa con atencion, pero no se dejó convencer por lo pronto, pues era un caballero de ánimo mui superior para no comprender que habia algo de tenebroso en la mision del teólogo para todos los que habian seguido las banderas de Pizarro, i que Gasca los ahorcaria aunque fuese con un lazo de seda i flores. Sinembargo, no dijo nada de su pensamiento a Mejía i Alvarado, i al presentarse el pacificador en Panamá lo recibió con una esquisita distincion.

Tendió Gasca mil trampas maravillosas a Hinojosa, pero el leal caballero se libró de ellas con una destreza de oportunidad i de espíritu que pasmaron a aquel. Por fin un dia Hinojosa no pudo contenerse mas i dijo al pacificador:

—Mucho me habeis hablado, señor, de vuestras facultades para hacer el bien, pero no me habeis dicho todavía si venís tambien autorizado para reconocer i confirmar a Pizarro en el mando del Perú; pues solo de ese modo seremos buenos amigos.

El golpe era fuerte, pero mas fuerte era el antiguo guerrero de la puerta de Alcalá, quien respondió sin pararse a su interlocutor:

—No sé si, bien enterado del pormenor de los sucesos, deba dar a Pizarro el premio que merece; pero lo que sí puedo aseguraros es que estoi dispuesto a pagar mui bien a los buenos servidores del rei.

Paró aquí la conferencia, e Hinojosa comprendió todo lo ambiguo i corruptor de la respuesta de Gasca, i se separó de él para despachar un buque a Pizarro con las noticias de lo que pasaba. Partió el buque en efecto con la infausta nueva, pero en él no fué solo el ajente de Hinojosa: fué tambien un pobre fraile dominicano, de aspecto casi santo, que llevaba sus malètas provistas de cartas i proclamas de Gasca para los personajes mas notables del Perú, i todas las dignidades eclesiásticas, a quienes se daba parte de la mision del rei i se los exhortaba en nombre de la fe a que ayudasen por todos los medios a su buen fin.

Este fué el primer disparo del ejército invisible de Gasca contra Gonzalo, i no hai duda que fué de un efecto mortal.

Aparte del fraile domínico salió tambien para Lima el caballero Paniagua, portador de una carta del Emperador para Gonzalo i otra de Gasca; lo mismo que de

una mision secreta para cerca del licenciado Cepeda.

Como se ve, el pacificador no habia podido pasar de Panamá, pero sus avanzadas habian penetrado ya hasta mas allá de la metrópoli de los reyes.

Las cartas del Emperador i de Gasca para Pizarro estaban vaciadas en el mismo molde. Ambas lo colmaban de elojios como a un gran capitan, i le decian que esperaban de su lealtad a la Corona su docilidad i buen comportamiento; pero nada que pudiera interpretarse como una aprobacion a su conducta. La palabra, si se hubiera soltado, era mui sagrada para haberla recojido despues: por eso no se pronunció.

Pizarro comprendió al punto su situacion, i se decidió por oponer a la diplomacia, la lanza.

Así pasaron hasta algunos meses; pero siempre sin tomar noticia de Pizarro, e Hinojosa creyendo que tenia preso al pacificador, i este esperando que la mision del fraile domínico surtiera sus efectos.

Gasca se los habia ganado a todos en Panamá, escepto a Hinojosa, pero todos los dias tenia propuestas de sus subalternos para entregarlo preso i adueñarse de los buques; propuestas que Gasca rechazaba de ordinario diciendo: que su mision era de paz, i que lo que no alcanzase por la voluntad no lo intentaria por la fuerza. I aun agregaba con una profundidad de talento que sus compañeros no comprendian:

—Que Hinojosa hacia bien en ser fiel a Pizarro, puesto que la fidelidad era el distintivo de las almas nobles.

I por supuesto que se cuidaba bien de decir estas cosas de manera que llegasen a oidos del sostenido capitan.

Habian llegado entretanto a Lima las cartas de Hinojosa i del rei. Gonzalo se sorprendió sobremanera de su contenido, i empezó a comprender que habia perdido un

tiempo precioso en danza, convites i versos; i se dispuso para repararlo.

Carvajal estaba distante, en las minas del Potosí; su hija Jilma no era adecuada para tomar consejo de ella: tales eran las perplejidades de Gonzalo, cuando se presentó en su busca el licenciado Cepeda, i díjole:

—Comprendo mui bien lo que está pasando en vuestro interior, pues yo tambien he recibido algunas cartas del pacificador; pero creo que hasta ahora no hai nada perdido.

—Esplicaos, repuso Pizarro con interes.

—Ved aquí mi plan. Gasca no es mas que un comisionado de Castilla a Lima, mandad vos uno de Lima a Castilla.

—I bien?

—Ese comisionado, hombre prudente i avesado en los negocios de la corte, puede llevar algunas gruesas sumas de oro: hablar al rei decididamente, i alcanzar la confirmacion de vuestro poder. Entretanto entretendremos aquí al señor inquisidor del modo que le sea mas agradable.

Pizarro comprendió al punto toda la importancia del consejo del oidor, i aún llegó a ofrecerle a él mismo la embajada; pero Cepeda, que tenia sus motivos para quedarse en el pais, se escusó diciendo que al que debia mandarse era al caballero Lorenzo de Aldana, personaje discreto i valiente, i acaso el mas decidido de sus partidarios.

Convino Gonzalo, i pocos dias despues salió Aldana para Castilla, acompañado del arzobispo de Lima, i de dos o tres caballeros mas de los mas notables de la ciudad.

Llevaban los comisionados, aparte de las cartas para el rei, una para Gasca firmada por setenta principales, en que le decian con mui buenas razones que ya su

mision no tenia objeto en el Perú por estar completamente tranquila la colonia, i que lo mas prudente que podia hacer, era volverse a la península a llevarle la nueva al rei. Que la continuacion de su viaje hasta Lima no podria ménos de suscitar embarazos entre él i Pizarro, i tal vez concluir con su muerte.

El redactor de esta carta fué el nuevo consejero de Pizarro, el licenciado Cepeda.

Escribió este tambien de su puño al inquisidor, i su carta estaba concebida en los siguientes términos:

Señor.

La carta firmada por los setenta vecinos ha sido dictada por mí, pues he dado a Gonzalo el consejo de la embajada a España para que descuide aquí i ganeis tiempo vos. Él creerá que el Emperador lo confirma i no levantará soldados para resistiros.

Aldana es el jefe de la comision; i lleva cincuenta mil pesos para compraros, e instrucciones para desembarazarse de vos caso que seais incorruptible. *Soi de opinion que recibais estos cincuenta mil pesos, pues al fin son de los fondos de la Corona, i pueden serviros para comprar al mismo embajador.*

Adios, señor Presidente, creo poder prestaros muchos i mui importantes servicios; i aunque quedo al lado del tirano, estad seguro que es para el mayor provecho de la monarquía.

DIEGO CEPEDA.

Adicion.—Olvidaba deciros que he dejado la profesion del foro por la de las armas; gano cada dia mas terreno en la privanza del usurpador, i creo que, llegado un caso decisivo, puedo prestaros un servicio bien grande.

Gasca leyó esta carta con un vivo interes, i aunque de mucha utilidad para él, no pudo ménos que despreciar la mano vil que la habia escrito.



—No hai duda, díjose, que Cepeda va a jugar dos papeles. Quedándose al lado de Pizarro, sigue la estrella de este hasta el momento de apagarse, i cuenta con buenos amigos en los representantes de la Corona....No importa, mi posicion es mui delicada, i yo tengo que aprovecharme de todos los recursos que se me presenten.

Dió despues una cita al caballero Lorenzo de Aldana, i en ella se espresó de la manera siguiente:

—Con otro que no fuérais vos, yo me cuidaria mucho de indicarle todo el valor de mi comision al Perú; pero vos estais en viaje para la corte; vuestra vida, como emisario de Pizarro corre un gran peligro, pues el Emperador lo sabe todo, i su indignacion ha sido tal, que me ha enviado aquí con poderes ilimitados para que haga en su nombre todo lo que me venga en voluntad i sea conforme con los intereses del reino. La vida de Pizarro, lo mismo que la de todos los que le han seguido en su traicion, está en mis manos, i basta solo que yo pronuncie una palabra para que mueran. Empero, yo no he venido a guerrear sino a pacificar, i el que reconozca sus errores i me siga, seguro puede estar de su favor con el rei.

Mostróle en seguida las cédulas en blanco que llevaba del monarca, i le habló en términos tan decididos i corteses, que Aldana no pudo ménos que acabar por admirar al que habia empezado por temer. La conferencia se prolongó mucho rato, i en ella supo Aldana cómo Gasca estaba ya informado de todos los puntos de su mision a España, de su gran prestijio i autoridad en toda la corte, i de su pensamiento incontrastable de no parar hasta la ciudad de los Reyes. Entrególe pues los papeles de que era portador, dióle el dinero con que debia comprarlo como en depósito; i sin salir de la estancia del inquisidor, escribió a Pizarro dándole cuenta de su sometimiento al representante del rei, i aconsejándole

que hiciese otro tanto porque de lo contrario estaba perdido.

La entrega de Aldana produjo una gran sensacion en Panamá; amaneció la escuadra cubierta con la bandera de Castilla, i las de Pizarro echadas a la agua i flotando en ella como aves muertas despues de una borrasca. Gasca recibió un pliego, i ese contenia la renuncia de Hinojosa i de todos sus oficiales de los empleos que tenian a bordo, i su adhesion a la Corona. Gasca no admitió estas dimisiones, i media hora despues se halló en capacidad de cruzar el océano e ir a vérselas cara a cara con Gonzalo Pizarro.

Tales fueron los primeros pasos del cleriguillo contrahecho que la mano jigantesca de Cárlos V habia lanzado sobre el ensoberbecido leon de la conquista.

Los secretos planes de Gasca habian madurado lo bastante, i este cambió enteramente de pensamiento. No era Pizarro uno de esos hombres a quien pudiese intimidarse con pliegos en blanco, astucias ni sangre fria: eso estaba bueno para sus subalternos, i ya los mas temibles de la costa estaban vencidos. A Gonzalo Pizarro habia que combatirlo con pura metralla, i Gasca pensó en organizar un ejército. Buscó fondos, levantó jente, i escribió a las autoridades de Méjico i Guatemala pidiéndoles ayuda. Poco tiempo despues se halló en una actitud respetable para embarcarse i envió adelante a Aldana con cinco velas a que se mantuviera a la capa delante de Lima, i prestara socorro a todos los buenos vasallos del rei que se refujiaràn a bordo.

Miéntras Aldana recruzaba las aguas del Pacífico en comision contra el hombre aquien hasta allí habia estado sirviendo, el fraile domínico ajente de Gasca, no se habia estado manicruzado. Las proclamas de Gasca i sus cartas a los principales señores del Cuzco i Lima, habian llegado sijilosamente a su destino. Los clérigos i

los frailes españoles eran los mas interesados en el buen suceso del inquisidor, i él mismo les habia escrito que, sin ellos, él se consideraba incapaz de salvar la Corona del inmenso riesgo que la amenazaba. He ahí porqué los claustros, las sacristías i los confesionarios eran otros tantos focos de sedicion; i la ola crecia rebramante sobre la cabeza i en torno de Pizarro, i este no la sentia venir ni zumbar.

El domínico estuvo personalmente a ver a todos los individuos principales. Les habló de Gasca i de sus tremendos poderes, acabando por arrancarles la promesa de no moverse ni darse por entendidos hasta que el Presidente se presentase en las puertas de Lima i diera él mismo la voz de ataque. I esta precisamente era la conducta que convenia a los conquistadores, pues no deberian sacar la cara sino hasta el último momento, i ellos la sacarian si Gasca se presentaba como vencedor; de lo contrario no. Hacian pues su juego, i no arriesgaban por lo pronto ni su vida ni su hacienda. Lo mas que se exijia de ellos era que se mantuvieran a la espectativa, miéntras Gasca acababa, a semejanza del terrible boa constrictor, de arrojar su aliento envenenado sobre Pizarro; i el sacrificio no era mui grande para unos hombres que se sentian criminales por su rebeldía, i que no tenian mas grito público que "viva quien venza."

Estaban ricos i querian conservar sus riquezas: el deseo no podia ser mas natural.

He ahí el secreto de la caida de todos los poderes del mundo. Los soldados rasos pelean como héroes, pero los mariscales se quejan de la gota i huyen de las batallas como el ciervo de la trahilla.

Carvajal fué el primero que penetró el tenebroso plan del Presidente, i dijo a Gonzalo " que se previniesen, puesto que para él eran mas de temerse las cartas i las

oraciones del fraile, que todas las buenas lanzas del rei de Castilla."

A esta sazon llegó a Lima el comisionado Paniagua con los pliegos de Gasca i del Emperador, i los consejeros de Pizarro se dividieron en dos bandos. Carvajal i los suyos opinaban porque se reconociese al Presidente. Este era el consejo leal de la amistad. Cepeda i sus compañeros, que tenian en mira otro interes, estuvieron por la resistencia armada.

Nació de aquí una acalorada disputa entre los dos privados, i en ella Cepeda acusó de cobarde a Carvajal. Este desistió pues de aconsejar el sometimiento, i mirando de reojo al oidor, díjole :

—A mí, señores, no me gusta la rebelion, pero si la quereis hagámosla ; mi pescuezo es tan bueno como el de Cepeda u otro cualquiera para una soga. Por otra parte, mis años pasados son muchos, i los porvenir ningunos. Pensadlo vosotros que sois jóvenes.

La verdad era que Cepeda queria perder a Pizarro, parte por envidia de poder, parte porque era el único medio de adueñarse de Jilma, a quien amaba entónces con mas idolatría que nunca.

Pizarro, por su parte, miraba el sometimiento al *clérigo*, como él decia, como la mas triste de todas las humillaciones, i queria luchar hasta el fin como buen corazon. Su conducta no era por cierto la mas prudente, pero era la mas conforme con su orgullo militar.

Se convino pues en negar la obediencia al pacificador, i los sucesos se precipitaron estraordinariamente. Un mes despues se supo en Lima la entrega de la escuadra. A esta nueva fatal siguióse la del asesinato de Puélles, teniente de Pizarro en Quito. Centeno volvió a levantar bandera por el rei, reunió mil hombres, tomó al Cuzco i fué a sentar sus reales sobre las estensas orillas del lago Chucuito.

Estos contratiempos no sirvieron mas que para alentar a Gonzalo, quien, de una naturaleza igual a la del águila, no gustaba remontarse a las nubes sino cuando rujia el viento i sacudia el rayo sus crines de fuego. Abrió pues sus arcas repletas del magnífico oro de América, i vistió a sus soldados de terciopelo i joyas. Eran sus comidas banquetes espléndidos, i sus paradas espectáculos de lujo capaces de eclipsar los mejores dias de Babilonia. Caballos, armas, trajes, todo era raro, i el Potosí vertía torrentes de plata líquida capaces de repeler el océano de fuerza que el inquisidor iba a arrojar sobre los rebeldes, como los jigantes arrojaban en otro tiempo un monte sobre otro para escalar los cielos.

El orgullo herido del héroe habia llegado a su colmo, i dando cabida al fin al pensamiento que siempre habia rechazado en su corazon, repartió una bandera nueva a cada batallon, donde se veían las armas de los Pizarros al pié de una corona de rei. Tambien mandó acuñar moneda con su busto i su nombre. La provocacion no podia ser mas violenta; Gasca o Gonzalo tenia que morir en medio del estridor de las batallas, que es el modo mas solemne de jugar sus destinos que tiene el hombre.

Cepeda mismo llegó a fascinarse con el valor, la enerjía i la opulencia desplegados por Pizarro, i acobardado de haberse puesto en relaciones secretas con el inquisidor, quiso dar un golpe maestro de adulacion a Gonzalo, i cierto dia se le apareció con un proceso firmado por él i otros licenciados, en que se condenaban a muerte a Gasca, Hinojosa i Aldana.

—I bien, señor oidor, dijo Carvajal con marcada chocarrería ¿qué objeto tiene vuestro proceso?

—Evitar dilaciones cuando cojamos a esos tunantes, pues ya no habrá mas qué hacer que cortarles la cabeza.

—Yo creía, repuso Carvajal, que ese proceso tenia

alguna virtud secreta para matarlos como rayo; de lo contrario reniego de él. Yo por mi parte os prometo, Cepeda, que si alguno cae en mis manos, no necesito de vuestro proceso para hacerlo picadillo.

Esta salida de Carvajal no pudo ménos de poner en ridículo al acucioso licenciado.

Entretanto Aldana habia llegado al Callao despues de haberse puesto en relacion con muchos capitanes notables, quienes se apresuraron a reconocer al enviado del rei, dándose cita para Cajamarca.

Pizarro salió de Lima con sus fuerzas i se acantonó a la vista del mar, de manera que al mismo tiempo que invijilaba los buques de Aldana, le impedia toda comunicacion con las jentes de tierra firme.

Cepeda no sabia cómo someter la opinion a pruebas decisivas, para resolverse a escojer entre el partido del rebelde i el de Gasca, i concitó a los parciales de Pizarro para que jurasen obediencia a sus banderas. Los soldados de Gonzalo estaban mui envalentonados para denegarse a reconocer a su amo, i todos se apresuraban a prestar el juramento exijido. Formalidad de que se reía Carvajal, diciendo a Cepeda:

—Cuánto tiempo pensais que durarán esos juramentos? Luego que salgamos de la ciudad, el primer viento que sople de la costa se los llevará.

El viejo batallador sabia bien que no se equivocaba. Aldana repartió escritos por todo el litoral, en que se hablaba de las tremendas facultades del pacificador i de sus deseos de perdonar a todos los que siguiesen la causa del rei. Esto solo bastó, i las lucidas tropas de Pizarro empezaron a desbandarse por centenares. Carvajal castigaba de muerte estas defecciones, pero su brazo usurpador era ménos fuerte que el brazo de Gas-

ca; i el antiguo soldado de Ravena se medio consolaba cantando delante de Cepeda con una voz bastante infeliz:

"Estos mis cabellicos, madre,
Dos a dos me los lleva el aire."

Pizarro llegó a encontrarse mui mal. Tenia por el frente a Aldana, cuya vijilancia le impedia toda operacion por el lado de los mares; por el norte a Gasca, que se avanzaba sobre Lima, i por el sur a Centeno, con numerosos soldados, que guardaban el paso de todos los desfiladeros de los Andes. No le quedaba ya mas pueblo fiel que Arequipa, i se retiró allá con las reliquias de su ejército. Llegaba este entónces a quinientos guerreros; pero Gonzalo no se desanimaba por esto, ántes bien decia, con todo el valor del hombre que cree que el mayor poder de la tierra está en la punta de una lanza bien afilada:

—Con solo diez hombres que me queden yo sabré reconquistarme el Perú.

Todo fué abandonar Gonzalo a Lima i ocuparlo Aldana: tanta así era la fuerza del juramento provocado por Cepeda!

En esta sazon el pacificador era contenido en las costas peruanas por la mas deshecha i prolongada borrasca. Los buques, rotos los mástiles i el velámen en jirones tendidos al viento, habian perdido rumbo i concierto. No parecia sino que un mar del cielo caía sobre un mar de la tierra, i los relámpagos eran tan continuos que las naos osadas parecian otros tantos pájaros náufragos revoloteando en una atmósfera de llamas. Dió el miedo valor a las tripulaciones, i en el mismo tono en que otros nautas, igualmente cobardes, habian pedido cincuenta años ántes a Cristóval Colon, sobre las ondas del mar de Alcídes, que se volviera atras, pidieron a Gasca que hiciera lo mismo; pero el inflexible

clérigo, apoderándose del timon, impuso con su valor a los costernados marineros, i dos dias despues entró en el puerto de Túmbez. Él habia dicho: "Morir, pero no retroceder," i lo habia cumplido.

Pronto no quedó a Pizarro mas recurso que una retirada. Operacion la mas difícil de la guerra, pues tiene no solo los caracteres de la derrota sino los de la dispersion. Pero estaba cercado i no podia hacer mas. Levantó en consecuencia bandera para Chile.

Era el 26 de octubre de 1547, i Centeno le salió al encuentro en las llanuras de Huarina. El encontron tenia que ser reñido, i en efecto lo fué.

Centeno mandaba mas de mil i tantos soldados, i su oficialidad se componia toda de nobles españoles.

Pizarro no tenia mas que cuatrocientos, escasos; pero las batallas eran el mejor elemento de su gloria. Vestia aquel dia el héroe cuyo astro empezaba su rápida declinacion, una cota cubierta con una túnica de terciopelo carmesí con acuchillados, i montaba un caballo cuyos ricos jaeces lo denunciaban al campo enemigo como el paladin de la jornada. Su puesto era, como de costumbre, en la primera fila de sus lanceros.

Carvajal, que debia conducir la infantería, estaba desairado en su traje, i la jaca que montaba, a semejanza de algunos caballos hijos del desierto, era de triste apariencia, pero de prendas rarísimas para la pelea.

Fué esta desesperada i sangrienta por una i otra parte, hasta el punto de haberse visto Gonzalo cercado varias veces por el enemigo i tenido que abrirse campo por entre la multitud con el hacha, del mismo modo que se lo abre un leñador al pié de las víjenes selvas de los Andes.

Cepeda sacó una cuchillada que le dividió en dos la cara interesándole la nariz; pero la victoria fué por

completo de Gonzalo. Todavía el sol de su fortuna vertia algunos rayos sobre su frente.

Los historiadores califican la batalla de Huarina como la mas cruel que habia ensangrentado hasta entónces el suelo del Perú.

Centeno logró huir con tiempo del campo de batalla i llegar a Lima por entre los bosques. Los otros compañeros, ménos dichosos que él, fueron pasados a cuchillo por Carvajal, pues "ántes habian militado bajo sus banderas, i era justo que pagarán su traicion."

Gonzalo Pizarro, desistiendo por completo de retirarse a Chile, se encaminó al Cuzco, donde entró a pié i sin pompa alguna, i fué a la catedral donde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias al Señor.

La noticia de la derrota de Centeno llegó al campo de Gasca tanto mas desastrosa, cuanto mayores habian sido ántes las esperanzas en contrario. Gasca mismo palideció i guardó un silencio entristecedor.

La opinion cambió de pronto, i ya todos pensaban que era una locura vencer por las armas al Marte moderno.

Empero, si Gasca palidecia en el rostro, su alma de acero no temblaba de espanto. Dictó providencias enérjicas; hizo traer los cañones que estaban a bordo, i el 29 de diciembre de 1547 levantó su campo de Xauja con direccion a la sagrada capital de los estinguidos incas. En el tránsito, que fué detenido, se unieron a Gasca, Centeno, Benalcázar, que ocurria desde Popayan al desagravio de la Corona, i Pedro Valdivia, el conquistador de Chile, i famoso soldado en las guerras de Italia. Valdivia habia sido en otro tiempo amigo i compañero de armas de Gonzalo, pero, leal vasallo, su partido estaba determinado al lado de las huestes del rei.

Aparte de esto, el pacificador no se descuidaba i mantenia a su lado a los obispos del Cuzco, Quito i Lima,

los cuatro jefes de la nueva Audiencia, i una infinidad de clérigos i frailes, que aunque inútiles como hombres de pelea, daban a la causa cierta incontrastable autoridad, i no sabemos qué de sagrado.

Durante la marcha a la capital del antiguo imperio no se presentó a Gasca ningun obstáculo por los soldados de Pizarro. Se hacia traicion por las tropas, o se habia olvidado por entero la defensiva.

Un simple cuerpo de observacion situado en cualquiera de las orillas del rio Abancai, hubiera sido bastante a detener las fuerzas realistas ; pero no se habia hecho mas que cortar el puente. I esto sin objeto, por que el rio era vadeable por aquel punto.

Despues del paso del rio, el camino cambiaba de aspecto. Era tortuoso i cubierto de bosques. El viento helado que soplaba de la cresta de los Andes era tan sutil que estremecia los cuerpos de los soldados. Multiplicábanse los abismos, i en partes se estrechaba tanto la via, que los jinetes tenian que apearse i conducir las bestias por la brida; presentando de esta suerte un cuerpo desorganizado, mui fácil de ser batido por un puñado de hombres resueltos. Pero nada ; ni un guerrero solo se presentaba a impedir el paso a las jentes del pacificador. El jénio militar de Gonzalo parecia dormido : era el sopor de la desgracia que se habia apoderado de él ? Dios habia pesado en su fiel balanza su causa i la habia hallado falta ? Debia caer, i él mismo daba los pasos para ello ? Tal fué la marcha activa del agresor i la inmovilidad del rebelde...

Los sucesos se habian precipitado i era ya tiempo de librar la batalla jeneral, dió pues Gasca el mando a Hinojosa, el prudente jefe de Panamá, hizo segundo al mariscal Alvarado, que lo habia acompañado desde España, i se convino en que Pedro Valdivia, con el

título de coronel, seria consultado en todos los negocios de entidad.

CAPÍTULO XXXV.

BATALLA DE XAQUINXAGUANA.

Despues del paso del Abancai el ejército de Gasca continuó su marcha sobre el Cuzco, i a nueve leguas no mas de esta ciudad tropezó con el Apurimac, uno de los mas opulentos tributarios del océano dulce i correntoso que llaman Marañon. El rio se presentaba formidable en todo lo largo de su corriente, pero en la direccion que llevaba el intrépido Gasca, se estrechaba entre dos cordilleras, presentando un vado apénas de 300 metros. En ese punto habia un antiguo puente colgante, pero habia sido destruido por los parciales de Pizarro; i en su lugar no se veía ahora mas que un piquete de arcabuceros españoles junto con algunos indíjenas, que huyeron al presentarse Valdivia, jefe por entónces de la vanguardia.

Gasca llegó al punto indicado, hizo construir un puente de mimbres i pasó al otro lado con toda su jente. Pero no era esto todo. El ejército acabó de pasar a las diez de la noche; esta se presentaba lóbrega, i despues del paso habia que emprender la subida de una cuesta casi perpendicular i de estrecha vereda, que en algunos puntos se elevaba a millares de piés. A cada paso creían verse sorprendidos por los peones del usurpador, i sus corazones podian haberse oído latir en la angustia i en la soledad de la noche, uniformes como las péndulas de mil relojes que se ajitasen con el mismo movimiento. Con los caballos del diestro i los cañones desmontados i a cuestas, cada fuego fatuo los paraba; cada una de esas chispas de luz que se llaman insectos volantes i que son tan comunes en los bosques de Améri-

ca, les parecia la abierta i vijilante pupila de un centinela contrario. El ruido del viento en el follaje i el sordo rumor de las apretadas olas del Apurimac llegaba a sus oídos, convertidos en escuchas del miedo, como ruidos disformes.

I no era que el ejército de Gasca fuese un ejército de cobardes, era que pisaban ya los umbrales del enemigo; i no se les ocultaba que bastaba lanzar una roca de cualquiera de esos despeñaderos para aplastarlos a todos.

Parecian una lejion fantástica remontando una montaña del infierno.

La noche, tan larga i tan penosa como fué para ellos, pasó al fin, i el primer rayo de la aurora los alcanzó triunfantes i felices sobre la cumbre peligrosa. Ellos, a semejanza del troyano valeroso, no pedian al cielo esfuerzo, sino luz.

Veamos entretanto qué era de Gonzalo Pizarro i de su impericia militar.

El héroe, que no habia sido vencido nunca, estaba satisfecho con su triunfo de Huarima. Creía que no habria ejército que le resistiese en campo abierto, i adormecido en las delicias del Cuzco como en otro tiempo el guerrero cartajines en las de Cápua, miraba la marcha del *capellan*, como llamaban a Gasca, como un absurdo. No quiso, pues, presentarle obstáculos en ella, i miró siempre su llegada al Cuzco como el momento de su victoria. No era el prudente Carvajal del mismo parecer, i frecuentemente importunaba a su jefe para que lo dejara marchar con cien hombres escojidos a pulverizar al fráile-presidente. Gonzalo no le dió nunca oídos, i el antiguo soldado de Borbon en Roma i de Cortes en Méjico, se contentó con montar todos los dias en su gran mula alazana i recorrer cuartel por cuartel, visitar las fábricas de armas, conferenciar con los jefes de cuerpos e instruir a los soldados. Tambien aconsejó Carva-

jal a Pizarro que licenciase los prisioneros cojidos a Centeno, que formaban, al mando especial de Cepeda, un cuerpo como de trescientos, i que por una i otra cosa no inspiraban ninguna confianza al viejo militar; mas Pizarro permaneció indiferente a estos consejos.

El enemigo pues continuó avanzando, i Pizarro salió a encontrarlo con toda su jente al valle de Xaquinxaguana, el mismo donde veinte años mas tarde fué quemado el jefe indio Challcuchima en la doble pira del fuego i de los sacrilejios del fraile Valverde; i "al fin, como dice el valiente escritor americano, el ejército real al llegar a la cresta de la elevada cadena que circunda el delicioso valle de Xaquinxaguana, divisó mas abajo i en el lado opuesto las brillantes filas enemigas, con sus blancos pabellones, que parecian bandadas de aves silvestres anidando entre las rocas de la montaña."

Una vez enfrente uno de otro los dos ejércitos, el de Gasca formó en batalla con tanta habilidad, e hizo evoluciones tan admirables, que Carvajal no pudo ménos que esclamar como conocedor:

—O Pedro Valdivia ordena las maniobras, o el diablo en persona viene con el *capellan.*

—Pues bien, díjole Gonzalo con esa prontitud propia solo de los grandes hombres, hacedle conocer vos a vuestra vez a Valdivia que estais aquí.

—No, respondió Carvajal con amarguísimo desden, confiad ese encargo a Cepeda, que ha opinado siempre por la guerra; en cuanto a mí, creo que es mui tarde ya para empezar esta campaña.

I como si la fortuna, ademas del justo despecho de Carvajal, quisiera dar tambien por su parte un aviso a Pizarro, una bala de cañon mató en aquel punto el caballo que debia montar durante la pelea, i que un paje mantenia por la brida a su lado. Paje i caballo desapare-



cieron en el espacio sin dar ni un quejido i como entre una nube de polvo.

Gonzalo, sin interrumpir por esto su conversacion con Carvajal, volteó i le dijo con la mayor calma del mundo, nobstante que su rostro i sus botas estaban salpicada con la sangre de aquellas dos primeras víctimas del dia :

—Es decir que no podré contar hoi con vos para nada?

—No, señor. Mi propósito es morir hoi como acaba de morir vuestro noble corcel : engalanado con los arreos de la victoria i hermoso de coraje i de sangre enemiga. Mas pelearé como simple soldado. Dejadme declinar en otro los azares del triunfo.

Pizarro, disgustado, se encojió de hombros i se alejó con el objeto de abrazar a su Jilma ántes de empeñar la batalla.

Sepamos ahora lo que pasaba con Cepeda a pocos pasos de allí. Vestia este un completo traje militar, i estaba doblemente feo con él i con la enorme cuchillada que le partia la cara en dos. A su lado, mudo i siniestro como el ejecutor del crímen, estaba un enorme pechero, antiguo bandido de las sierras de España.

—Ferran, decia Cepeda a este con ajitacion, Jilma debe quedarse en la tienda de Gonzalo durante el combate ; es preciso pues que te apoderes de ella i la lleves al Cuzco.

El bandido no respondió mas que estas breves palabras, que encerraban una grave dificultad:

—I si triunfa el capitan Gonzalo ?

Cepeda se sonrió imperceptiblemente i repuso :

—No, no triunfará ; te respondo con mi cabeza.

Ferran no se dió aun por satisfecho i dió algunos pasos con vacilacion.

—Bien, dijo Cepeda, te comprendo : es mui justo ; i sacando de su jubon de raso alamarado de plata un bolson lleno de oro, lo arrojó a los piés del bandido.

En seguida se alejaron ámbos por distinto camino.

Gonzalo penetró en la tienda donde estaba su hija, i tomando su hermosa cabeza i recostándola sobre su pecho, que empezaba a temblar como la copa de un roble con los primeros embates de la borrasca, díjole:

—¿Recuerdas, Jilma idolatrada, aquella noche en que llorosa i postráda a mis piés me confesaste en Lima que tú eras la que habias libertado al virei?

—Sí, padre, lo recuerdo.

—¿I recuerdas que en un momento de fiebre i de delirio, yo te llevé a un balcon i te hablé de un bosque circundado de soldados i con dos cadalsos siniestros?

—Sí; pero esa fué solo una aparicion ilusoria.

—No, hija, respondió palideciendo el soldado; i levantando la tienda con ajitacion, agregó: he aquí el bosque fatal! Las horcas deberán levantarse mañana!

—Parece que hubiérais perdido vuestra lanza, replicó fria i reconvencedora la doncella con un corazon enteramente espartano. Marchad sobre el contrario, i en jirones romped sus banderas cobardes.

—Mas, si la muerte encuentro en el combate, que será de tí? No me es desconocido el amor que te tiene Cepeda.....Júrame sacrificarte sobre mi tumba!

—Padre mio, si tal es vuestra suerte, despues de regar esa tumba sagrada con las primeras flores que despliegue el aura sobre sus frescos cálices, juro sacrificarme sobre ella para fecundarlas con la sangre que he heredado de vos.

I con esto, i despues de haber estampado el padre un último beso sobre la sonrosada frente de su hija, le dió su daga, i salió de la tienda para morir.

Lo esperaba a la puerta un hermoso caballo de pelea, castaño i enjaezado como el de un sátrapa. Tiróse sobre él, embrazó la lanza, i oprimiendo al bruto con su breve

acicate de oro, desapareció entre el humo de los combatientes.

El cañon dominaba ya las selvas con su metralla i su fragor.

Por una estraña coincidencia, Ferran era el que habia tenido el estribo a Gonzalo. Todo fué verlo partir i lanzarse dentro de la tienda como un oso del Jura sobre su presa descuidada.

Lo que se siguió es horroroso de describirse.

Jilma, con el cabello suelto i sus blancas manos en oracion, yacía casi muerta delante de un crucifijo de marfil. Las primeras balas del enemigo silbaban encima del frájil paño de su tienda, i los pristinos lamentos de los heridos llegaban a su oído como los desacordes de una melodía de Satan. Nada veía, nada oía, ni nada sentia. Su pensamiento i su palabra vagaban entre su padre i Dios ; nada mas quedaba en pié en el horizonte lúgubre de su dolor. Su Dios del cielo i su dios en la tierra. La relijion i el afecto ; dos misterios: el uno del alma, el otro del corazon.

Por su cara, pálida como la de una vírjen de mármol, rodaban dos lágrimas de cristal, brillantes i grandes a semejanza de esas gotas de agua que el aura deposita cada mañana en el follaje de alguna flor.

Ferran fué acercándose poco a poco a la infeliz, i tomándola con precípitacion i violencia por un brazo, díjole :

—Levantaos i seguidme !

Jilma, como volviendo en sí de un éxtasis profundo, respondió :

—Quién sois, i qué me quereis ?

—Yo soi Ferran, el *brazo fuerte*, i lo que quiero es llevaros conmigo.

—Cómo ? a dónde ? de órden de quién ?

—Cómo ? en mis brazos. A dónde ? al Cuzco. De ór-

den de quién? del oidor Cepeda, fué repitiendo i contestándose el bandido con una calma siniestra que heló a la princesa, quien no pudo ménos de esclamar aterrada:

—De Cepeda!

—Sí, dijo *brazo fuerte*; parece que el golilla no os quiere mal. Mas ¿por qué os asustais? yo creía que esto de la fuga era cosa convenida entre los dos.

—Entre los dos? repitió Jilma como un eco que devuelve el sonido que recibe pero sin conciencia de él; i reparando mas i mas en el rostro patibulario de su interlocutor, comprendió la inmensidad del riesgo que corria, i trató de escaparse llamando a Gonzalo.

—No hai que meter tanto alboroto, niña, dijo Ferran i se colocó en la puerta de la tienda para impedirle el paso; en cuanto a vuestro padre, es inútil que lo llameis, porque acaba de ser despedazado por una bala de cañon

—Él? Dios mio! i la pobre jóven sintió que iba a desfallecer.

El mercenario creyó llegada la ocasion, i avanzándose sobre Jilma la asió por la cintura con ánimo de llevársela de allí. La huérfana luchó por escaparse de los robustos brazos del bandido con la tenacidad de la liebre que se siente envolver en los frios anillos de la serpiente que la ahoga primero para devorarla despues.

Hasta allí Ferran no habia pensado sino en robársela para Cepeda; pero luego que la tuvo entre sus brazos, que sintió su pecho palpitante i turjente contra el suyo, i que respiró su aliento cálido de vírjen, tuvo mui distintos i siniestros designios. Jilma rogó, pero fué en vano. Las lágrimas, ese recurso estremo i poderoso de la belleza que se humilla, se helaron pues en sus pupilas; sus fuerzas se centuplicaron; ya no habló, sino rujió, i por un momento casi venció a aquel Júpiter de la fuerza que iba a deshonrarla. El momento era supremo, i habiendo tropezado su mano con el mango del puñal que

le habia regalado su padre, lo alzó en los aires i lo vibró como un rayo sobre su seno. Una pluma de sangre caliente i roja como el granate bañó el rostro del bandido, i vino a rodear a la doncella como una hoguera de llamas calcinadas. El acero salvador habia penetrado mas de una pulgada en el corazon real de la hija de Azucena, i sus ojos se plegaron a las sombras de la eternidad, como los pétalos de una flor a las sombras de la noche. Sus sienes dejaron de latir; sus labios, ántes sonrientes i húmedos, se crisparon con el estertor de la muerte; sus eburneos brazos cayeron descoyuntados al suelo, i Ferran, abandonándola atónito, huyó para ocultarse en los bosques.

Tal fué el fin doloroso de la estrella última de la dinastía de los hijos del sol. Su velo mortuorio fué un velo de sangre, i su canto de difuntos el tronar de cincuenta cañones que ensordecian el valle sagrado vomitando la muerte por sus bocas de bronce, entre los gritos opuestos de ¡ viva el rei ! ¡ victoria a Pizarro !

Sinembargo, Jilma habia muerto pura como las vestales antiguas.

Si entre los pliegues de la tienda de Jilma habia todo un negro horizonte de horror, afuera las cosas no eran mas halagüeñas para Gonzalo. Todo fué empezarse la batalla i pasarse Cepeda al enemigo. Lo mismo hizo Garcilaso de la Vega, padre del poeta famoso del mismo nombre ; i lo mismo hicieron todos los antiguos soldados de Centeno, segun lo habia temido Carvajal. A éstos señores siguió el grueso de todo el ejército, i Pizarro no tuvo mas recurso que cruzarse de brazos i someterse a su destino. Cierto que no faltó algun oficial jeneroso que dijo a su jefe sacando la espada: Ea, señor ! vamos a morir como romanos.

—No, respondió Pizarro con todo el estoicismo de los

héroes verdaderos, vamos a morir como cristianos; i entregó su espada al primer contrario que se le presentó.

Conducido a la presencia de Gasca, recibiólo el inquisidor con bastante frialdad, i luego lo mandó mantener en prision.

El poco resto del dia lo pasó el soldado infeliz sin chambergo i sentado sobre una piedra, mirando ácia la tienda donde habia dejado a su hija; pero la tienda no se ajitó siquiera. Parecia un sepulcro blanqueado, sobre un recodo en el desierto.

El desdichado padre habia pensado en su hija, i por la primera vez de su vida habia entrevisto la inmensidad del dolor. Pero ella ya estaba en el cielo, i lo esperaba con la ansiedad de los ánjeles.

CAPÍTULO XXXVI.

LA EJECUCION.

Carvajal habia presenciado la funesta desercion del ejército i desde una pequeña eminencia, i léjos de aflijirse, obedeciendo a su buen natural, se habia puesto a cantar como en otras veces:

Estos mis cabellicos, madre,
Mil a mil me los lleva el aire.

Cuando todo concluyó, se dejó cojer prisionero i llevar a donde el presidente con toda la batahola con que se conduce un javalí vivo por una docena de alegres cazadores. El primero con quien topó la entusiasta comitiva fué con Centeno, quien disgustado del modo como trataban a aquel Nestor de las batallas, reprendió ágriamente a los soldados.

—Ola! esclamó Carvajal, i hai quien se interese por mí?

—Sí, señor, dijo Centeno adelantándose.

—I quién sois vos? preguntó de nuevo el cano guerrero, finjiendo no conocer a Centeno.

—Pues qué ! no me conoceis ?

—Perdonad, pero como siempre os he visto de espaldas, no habia podido hacer memoria de vuestro rostro.

El mordaz viejo hacia alusion a las diferentes derrotas que habia dado al militar.

El pacificador no anduvo parco en su justicia, i al dia siguiente no mas se levantaron dos patíbulos sobre el mismo campo de batalla. En el uno debia ser decapitado Gonzalo Pizarro i en el otro descuartizado Carvajal. Cuando le notificaron la sentencia a este último, dijo :

—Yo bien sabia que la inventiva del *capellan* es tan corta que no podia hallar otro modo de vengarse que matándome.

Mucha jente habia concurrido a presenciar el efecto de la notificacion de la sentencia en Carvajal, i hubo un individuo entre todos que se adelantó hasta ofrecer sus servicios al veterano, diciéndole :

—En cierta ocasion me perdonásteis la vida, i creo de mi deber hacer algo por vos.

—Bien, dijo con prontitud Carvajal, pues dadme ahora la libertad.

—Oh ! por desgracia no puedo dárosla ; pero pedid lo que gusteis, pues ardo en deseos de pagaros el servicio que os debo.

El veterano cerró un poco los ojos, como cuando se quiere ver mas concentrando la vista, i despues de mirar detenidamente a su interlocutor, le dijo :

—I sabeis lo que estoi pensando ? que nada me debeis agradecer, pues si no os quité la vida en esa ocasion que decís, fué porque pensé que no merecia la pena el quitárosla.

Con lo que todo el mundo se rió a su sabor, i el protector se retiró amostazado hasta no poder mas.

El último amigo i el mas sincero de todos, el confesor, llamó en seguida a la puerta de la prision del guerrero. Carvajal lo recibió con respeto, pero no quiso confesarse, so pretesto de que no tenia de qué arrepentirse. Rogado i exhortado en demasía por el sacerdote, díjole:

—Ah! sí, perdonad, que os estoi engañando. Tengo una deuda sagrada que no he pagado: es medio real que quedé debiendo a una bodegonera de Sevilla. Ojalá vuestra paternidad se lo remitiera por la posta.

I el hombre fué inflexible hasta el fin. Marchando ya para el patíbulo, el sacerdote suplicante i ferviente le decia:

—Decid siquiera *Pater noster*, *Ave María*.

I Carvajal en vez de rezar esta oraciones comunes al cristiano, repetia simplemente *Pater noster*, *Ave María*, como burlándose del sombrío aparato de la muerte de afrenta que le esperaba.

Habiéndolo conducido al lugar del último suplicio en un seron o cesto de mimbres tirado por mulas, entró en él diciendo:

—En cuna vine al mundo, en cuna saldré de él para no faltar a mi destino.

Los últimos momentos de Pizarro fueron bien distintos en verdad.

Permaneció en su tienda paseándose muchas horas seguidas; no recibió a nadie, i cuando le notificaron la sentencia se acostó i durmió. Levantóse luego i pidió un confesor, i estuvo encerrado con él varias horas del dia. La ejecucion debia tener lugar al llegar el sol al meridiano, i en ese punto, i sin aguardar a que nadie lo llamase, salió Pizarro de su tienda, vestido con toda la pompa de sus mejores dias. Sobre el justillo llevaba una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro: el sombrero era de la misma tela. Habia peinado su barba caudal i negra como el ébano, i sus

cabellos, perfectamente rizados, hacian resaltar notablemente los ángulos convejos de su frente de héroe. Montó en la mula de la justicia, mas como para ir a dar un corto paseo, que para encaminarse al cadalso; i luego se dejó conducir por una tropa de frailes, que rezaban a sus costados i le presentaban crucifijos a su alrededor. Él por su parte no quitaba los ojos de una imájen de la Vírjen que llevaba en las manos i de quien habia sido devoto toda su vida. De cuando en cuando palidecia i suspiraba, pero no era por la muerte sino porque se acordaba de su hija idolatrada.

Subió al cadalso con pié seguro, i despues de dirijir una mirada imponente a la multitud, díjole:

—Si hai entre todos vosotros alguno que recuerde que fué amigo mio, que mande decir algunas misas por el bien de mi alma. Nada tengo que me pertenezca ya sino son las ropas que tengo encima, i eso ellas son del verdugo.

En seguida echó una mirada furtiva ácia el lado del valle donde habian estado sus reales, i todavía alcanzó a divisar la especie de sepulcro blanqueado, frio i solitario, que formaba su tienda, i sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas entregó su cuello al verdugo; este vibró el hacha en los aires,i todo concluyó para el *último de los Pizarros*. Su cuerpo, despues del golpe, aún permaneció por algunos segundos parado; parecia que el héroe daba a la multitud esa última prueba de su valor indomable!

Un sollozo jeneral fué la mejor plegaria que se levantó sobre su cadáver.

La cabeza del ajusticiado fué llevada a Lima i puesta en una escarpia en un camino público junto a la de Carvajal, con un tablero al pié, en que se leía:

Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se

hizo justicia de él en el valle de Xaquinxaguana, donde dió la batalla campal contra el estandarte real, queriendo defender su traicion i tiranía: ninguno sea osado de quitarla de aquí, so pena de muerte natural.

EPÍLOGO.

Cepeda no tuvo mucho tiempo para disfrutar de su negra traicion. Mandado poner preso por el licenciado sobre el mismo campo de batalla, fué remitido a España en calidad de tal, i allí murió en la cárcel pública despues de haber hecho los mayores esfuerzos i puesto en juego las mas grandes astucias para salir bien ante la Corona.

Su traicion pues no sirvió sino para perder a Pizarro, sin ser bastante a salvarlo a él.

Refieren las crónicas de aquel tiempo que fueron mui crueles sus últimos momentos. El amor le habia sido contrario en Jilma, i la política amarga en el desenlace de todos sus intentos.

Murió pues como los infames, i no hubo una lágrima siquiera para su memoria ni una modesta flor para su tumba. Sobre ella no vinieron a cantar las aves ni a detenerse los céfiros; pero sí sopló el huracan, i la rodeó el yermo glacial de los lugares malditos.

Hinojosa murió asesinado a los dos años; i Pedro Valdivia, despues de haber dado asunto a la epopeya con sus inauditas hazañas en Chile, fué muerto por los indios indómitos de la Araucania, con una muerte mejor que todas las inventadas por los griegos en sus fantasías admirables sobre el Olimpo. Le hicieron tragar un crisol de oro derretido.

Esa muerte no es envidiable sino por los avaros.

En cuanto al Presidente Pedro de la Gasca, despues de haber marcado su paso en el Perú con la huella de

sangre de sus ejecuciones, arregló el gobierno de las colonias segun los consejos de una sabia política—sabia segun los sistemas i los alcances de entónces, i regresó luego a España envuelto en el mismo manto con que habia pasado a las Indias, a los cuatro años de haber salido de San Lúcar, i conduciendo nada ménos que diez i nueve buques cargados de oro. Apesar de esto, Gasca no llevaba para sí ni un sólo ducado. Los caciques peruanos i los caballeros de Lima le habian ofrecido a su salida enormes cantidades de plata i oro, pero él las habia rehusado siempre con el mayor desprendimiento. . . . . . .

Llegado a España pasó a Flándes donde estaba el Emperador, quien lo recibió con los mas lisonjeros como justos elojios, nombrándolo despues obispo de Palencia, silla que dejó en 1561 por la de Sigüenza, para venir a morir luego (año de 1567) en Valladolid despues de una vida ejemplar i ajustada siempre a los mas sanos principios de la relijion verdadera. Fué enterrado en Santa María Magdalena, iglesia que habia hecho construir a sus espensas i dotado mui liberalmente. Su estátua, colocada en este templo en hábito sacerdotal, llama la atencion del viajero por la belleza de su ejecucion.

Sobre su sepulcro fueron colocadas las banderas que ganó a Gonzalo Pizarro, i de las cuales no queda ya, como no queda del Pacificador, sino el polvo de la memoria entre los hombres. . . . . .

. . En cuanto a la desolada Florazul, sabida la muerte de Candia, sacó los tesoros de Luque en compañía del fiel Perico, i pasó a España, donde los invirtió en fundaciones piadosas despues de haber tenido la desgracia de perder a su hijo Francisco de una enfermedad comun.

. . . .

INDICE.

Pájinas.

